

Camilo José Cela

# **Viaje a la Alcarria**



## LA CONFUSA ANDADURA DE UN LIBRO SENCILLÍSIMO

Quizás mi libro más sencillo, más inmediato y directo, sea el *Viaje a la Alcarria*; también es el de más confusa andadura, el que presenta mayor número de variantes. De él hay tres versiones y ésta que aquí ofrezco y que doy por definitiva, hace la cuarta: la de Revista de Occidente, que sigue Espasa Calpe, la de Destino, con los versos de su cancionero, cada uno en su debido lugar, que sigue Philip Polack, aun sin hacer la aclaración dicha, y la de los Papeles de Son Armadans, en la que sus frecuentes cambios y añadidos vinieron determinados, con frecuencia, por motivaciones más tipográficas que necesarias al hilo de la narración, más estéticas que literarias. Debo aclarar un poco lo que acabo de decir. Uno de los motivos de ornato de la edición de los Papeles, fueron las elegantes y airoas capitulares que grabó el artista catalán Jaume Pla para encabezar cada uno de los doce grandes apartados del libro (la dedicatoria y los once capítulos en los que el libro se divide). Pues bien: al enfrentarnos, Pla y yo, con la realización de la idea que entendíamos conveniente y que terminamos realizando, nos dimos cuenta de que en el libro, que había sido redactado, claro es, sin preocupación alguna a este respecto, figuraba la letra E como inicial de seis capítulos y la letra A como inicial de otros tres. Esta circunstancia —y el lógico deseo de que todas las capitulares fueran diferentes, ya que lo contrario no tendría sentido— me obligó a cambiar el arranque de varios capítulos, curiosa experiencia —o adiestramiento— que me enseñó, entre otras cosas, a ser más humilde y a huir de la estúpida y tan generalizada idea de la última perfección de los logros terrenales. También alargué o acorté líneas, según se iba precisando, e hice mangas y capirotos con mi texto en el mejor servicio, repito, de la belleza tipográfica.

Ahora, al releer aquella versión encorsetada, me doy cuenta de que le sobran no pocas ligas y afeites, pero también me entero —y ahí la lección— de que varias, y aun bastantes, de las correcciones hechas con tan inusual motivo, se vuelven a favor de la belleza, o de la claridad, o de la mejor terminación y remate del texto, lo que me hace pensar muy seriamente en la provisionalidad de la forma literaria. Si después de no creer en los géneros literarios, caigo en el escepticismo ante la expresión, es posible que me encuentre, aun sin saberlo, en el gozoso y saludable camino de entender a la literatura como un temblor íntimo y afable que se desentiende de ropajes, marbetes y otras suertes de constreñidoras policías. Los animales, los eficaces y bellísimos animales, viven en análogo estado de angélica pureza. Lo curioso, en este caso mío de hoy —curioso al menos para mí, que sigo muy de cerca el proceso—, es que llego a estas desnudas consecuencias no por adivinación (o inspiración) sino tras haber lidiado al morlaco del orgullo y a la lechuza de la perfección formal con sus propias armas. Si la literatura fuera un cúmulo de sabidurías, la literatura dejaría, automáticamente, de interesarme. Por el contrario, pienso que la literatura es un camino —nítido, a veces, y a veces, borroso y desdibujado— que no se camina jamás. De ahí mi entrega, cada día con menores reservas y mayor y más viciosa fruición, a su menester.

En la versión de mi *Viaje a la Alcarria* que aquí ofrezco y que es la que, desde este momento, doy por buena, he procurado recoger las enseñanzas de todo orden que coseché en la preparación de las tres anteriores. Si

acerté o me equivoqué, es cosa que no me compete dilucidar, aunque mi ilusión fuera el haber atinado con buen pulso y mejor suerte.

Tomé como base las iguales ediciones de Destino, que siguen a la de Revista de Occidente con los versos del Cancionero de la Alcarria embudidos donde mejor pensé que habían de caber, y tras haber lavado el texto de los inevitables cortes, cambios y añadidos que se le fueron pegando a su paso por las imprentas, tuve presentes las ediciones de la Revista de Occidente y de los Papeles de Son Armadans —y el original manuscrito, cuando lo precisé—, para fijar el texto con cierta calma y no pocos buenos deseos de cumplir, lealmente, con el leal lector.

No consideré las ediciones de Espasa Calpe ni las de Philip Polack porque, de haberlo hecho, el cúmulo de notas hubiera resultado innecesariamente agobiador.

Y aquí termina, si los dioses se me muestran clementes y piadosos, la confusa andadura de este libro sencillísimo y de vida llena de misterio y de atroces (y también dolorosos) vaivenes. La seta del bosque y la tímida flor que crece a la sombra de la más olvidada tapia, tampoco viven en paz (aunque se muestren como la insignia de la paz).

Palma de Mallorca, 21 de diciembre de 1963

To him who in the love of nature holds Communion with her visible forms,  
she speaks A various language.

WILLIAM CÜLLEN BRYANT

Vanffe Fenares arriba quanto pueden andar, Trocen las Alearías ryuan  
adelant.

Cantar de Mío Cid. vs. 542 y 543

## DEDICATORIA

*Mi querido don Gregorio Marañanón Estoy en deuda con usted. Hay en mí muchas cosas que no podrían explicarse sin su generosa y aleccionadora amistad. No intento saldar mi deuda con estas páginas que hoy le ofrezco. Entre mis defectos no está, creo yo, el de no saber ver las cosas como son, sobre todo cuando, como en este caso, son claras como la luz de una bombilla. Yo le envío este libro con otra intención. Cuando las deudas no se pagan porque no se puede, lo mejor es no hablar de ellas y barajar. Yo le dedico mi "Viaje a la Alcarria" porque sé que es usted aficionado a los libros de viajes.*

*La Alcarria es un hermoso país al que a la gente no le da la gana ir. Yo anduve por él unos días y me gustó. Es muy variado, y menos miel, que la compran los acaparadores, tiene de todo: trigo, patatas, cabras, olivos, tomates y caza. La gente me pareció buena; hablan un castellano magnífico y con buen acento y, aunque no sabían mucho a lo que iba, me trataron bien y me dieron de comer, a veces con escasez, pero siempre con cariño. Hasta hubo un pueblo donde me hicieron huésped de honor del ayuntamiento y me pagaron la fonda; en otro, como para compensar, me encerraron por orden del alcalde, que era un albino borracho y medio tartamudo, y me tuvieron un día con su noche metido en un sótano maloliente y alimentado con unas sopas de ajo y un par de venencias de esperriaca. En el calabozo estaba un gitano, de mi edad poco más o menos, que había robado una mula. Se creyó, vaya usted a saber por qué, que yo era cómico, y no hacía más que preguntarme: si usted es artista, ¿por qué no lo quiere decir? Al hombre no le cabía en la cabeza que no es que no lo quisiera decir, sino que, simplemente, lo que pasaba es que no era artista. De este pueblo no hablo en el libro porque pocas cosas agradables podría decir de él.*

*Cuando me soltaron seguí caminando, y después, cuando me cansé, me vine otra vez para Madrid. Por la Alcarria fui siempre apuntando en un cuaderno todo lo que veía, y esas notas fueron las que me sirvieron de cañamazo para el libro. No vi en todo el viaje nada extraño, ni ninguna barbaridad gorda —un crimen, o un parto triple, o un endemoniado, o algo por el estilo—, y ahora me alegro, porque, como pensaba contar lo que hubiera visto (porque este libro no es una novela, sino más bien una geografía), si ahora, al escribirlo, me caigo pintando atrocidades, iban a decir que exageraba y nadie me había de creer. En la novela vale todo, con tal de que vaya contado con sentido común; pero en la geografía, como es natural, ya no vale todo, y hay que decir siempre la verdad, porque es como una ciencia.*

*Pues bien, mi querido don Gregorio: esto es todo lo que hay. Poco es; pero, en fin, menos da una piedra. Le mando también una flor que arranqué de una cuneta; la tuve todo este tiempo metida en un libro y ya está disecada. Yo creo que es bonita.*

*Le ruego que acepte usted este regalo que le ofrece, con la mejor intención del mundo, su devoto*

C. J. C.

## I UNOS DÍAS ANTES

El viajero está echado, boca arriba, sobre una chaise-longue forrada de cretona. Mira, distraídamente, para el techo y deja volar libre la imaginación, que salta, como una torpe mariposa moribunda, rozando, en leves golpes, las paredes, los muebles, la lámpara encendida. Está cansado y nota un alivio grande dejando caer las piernas, como marionetas, en la primer postura que quieran encontrar.

El viajero es un hombre joven, alto, delgado. Está en mangas de camisa fumando un cigarrillo. Lleva ya varias horas sin hablar, varias horas que no tiene con quién hablar. De cuando en cuando bebe un sorbo —ni pequeño ni grande— de whisky o silba, por lo bajo, alguna cancioncilla.

En la casa todo es silencio; la familia del viajero duerme. En la calle sólo algún taxi errabundo rompe, muy de tarde en tarde, la piadosa intimidad de los serenos.

La habitación está revuelta. Sobre la mesa, cientos de cuartillas en desorden dan fe de muchas horas de trabajo. Extendidos sobre el suelo, clavados con chinchetas a las paredes, diez, doce, catorce mapas con notas y acotaciones en tinta, con fuertes trazos de lápiz rojo, con blancas banderitas sujetas con alfileres.

—Después, nada de esto sirve nunca para nada. ¡Siempre pasa igual!

A caballo de una silla duerme la chaqueta de dura pana. En la alfombra, al lado de un montón de novelas, descansan las remachadas botas de andar. Una cantimplora nueva espera su carga de espeso y saludable vino tinto. Suena en el noble, en el viejo reloj de nogal, la última campanada de una alta hora de la noche.

El viajero se levanta, pasea la habitación, pone derecho un cuadro, empuja un libro, huele unas flores. Ante un mapa de la península se para, ambas manos en los bolsillos del pantalón, las cejas casi imperceptiblemente fruncidas.

El viajero habla despacio, muy despacio, consigo mismo, en voz baja y casi como si quisiera disimular.

—Sí, la Alcarria. Debe ser un buen sitio para andar, un buen país. Luego, ya veremos; a lo mejor no salgo más; depende.

El viajero enciende otro cigarrillo —a poco más se quema el dedo con el mixto—, se sirve otro whisky.

—La Alcarria de Guadalajara. La de Cuenca, ya no; por Cuenca puede que ande el pinar; o la Mancha, ¡quién sabe!, con sus lentos caminos.

El viajero hace un gesto con la boca.

—Y tampoco importa que me salga un poco, si me salgo. Después de todo, ¿qué más da? Nadie me obliga a nada; nadie me dice: métase por aquí, suba por allí, camine aquel ribazo, esta laderilla, esta otra vaguada tierna y de buen andar.

El viajero revuelve entre los papeles de la mesa buscando un doble decímetro. Lo encuentra, se acerca de nuevo a la pared y, con el pitillo en la boca y el entrecejo arrugado para que no se le llenen los ojos de humo, pasea la regla sobre el mapa.

—Etapas ni cortas ni largas, es el secreto. Una legua y una hora de descanso, otra legua y otra hora, y así hasta el final. Veinte o veinticinco

kilómetros al día ya es una buena marcha; es pasarse las mañanas en el camino. Después, sobre el terreno, todos estos proyectos son papel mojado y las cosas salen, como pasa siempre, por donde pueden.

Busca unas notas, consulta un cuadernillo, hojea una vieja geografía, extiende sobre la mesa un plano de la región.

—Sí; sin duda alguna, las regiones naturales. Los ríos unen y las montañas separan, es la vieja sabiduría; no hay otra división que valga.

El viajero se distrae un instante y toma, de la estantería, el primer libro que alcanza: la *Historia de Galicia*, de don Manuel Murguía, encuadernado en rojo cartoné ya desvaído por el tiempo. No lo necesita para nada; en realidad, lo coge sin darse cuenta.

—Es gracioso este libro..., es un libro lleno de paciencia.

El viajero está medio dormido y da un par de cabezadas mientras pasa las hojas. Se despierta de nuevo del todo, cuando lee al pie de una lámina: Cromlech que existe en Pontes de García Rodríguez. Lo devuelve a su sitio y piensa que, realmente, tiene los libros bastante mal ordenados. La *Historia de Galicia* queda entre una *Fisiología e Higiene*, del bachillerato, y el *The sun also rises*, de Hemingway.

El viajero vuelve ante el mapa.

—Las ciudades las bordearé, como los buhoneros y los gitanos, igual que el jabalí y el gato garduño.

Se rasca una ceja y arruga la frente. El viajero no está muy convencido.

—O no, no las bordearé. Las ciudades hay que cruzarlas, a media tarde, cuando las señoritas salen a pasear un rato, antes del rosario.

El viajero sonrío. Tiene los ojos semicerrados, como de estar soñando.

—Bueno, ya veremos.

Se queda un rato en silencio, pensando muy confuso, muy precipitadamente. Es ya muy tarde.

—¡Qué barbaridad!

El viajero —que se cansa de golpe, igual que un pájaro herido— piensa, al final, que ya sólo falta empezar, que quizás esté dándole demasiadas vueltas en la cabeza a un viaje que se quiere hacer un poco a rumbo, un poco como el fuego en una era: a la buena de Dios y a la que salga.

De la misma botella bebe el último trago.

—No. Estas son las cuentas de la lechera; lo mejor será coger el macuto y echarse a andar.

Se desnuda, desdobra la manta de pelo, apaga la luz y se echa a dormir sobre la chaise-longue forrada de cretona.

Fuera se oye el distante golpear del chuzo contra la acera. Por las rendijas de la persiana se cuele un hilito de claridad. Pasan lentos, entumecidos, los carros de los primeros traperos. El viajero se ha dormido al tiempo de nacer el día como un pollo que sale, un poco avergonzadamente, del derrotado y tibio cascarón.

## II EL CAMINO DE GUADALAJARA

La del alba sería... No; no era aún la del alba: era más temprano.

El viajero, a los pocos días, se levanta a la última noche, la más negra, antes incluso que los grises, menudos pájaros de la ciudad. Se viste con luz eléctrica, en medio del silencio. Hacía años ya que no madrugaba tanto. Se siente una sensación extraña, como de sosiego, como de descubrir de nuevo algo injustamente olvidado, al afeitarse a estas horas, cuando todos los vecinos duermen todavía y el pulso de la ciudad, como el de un enfermo, late quedamente, como avergonzado de dejarse sentir.

El viajero está alegre. Silba, aproximadamente, la coplilla de una película y habla, poco más tarde, con su mujer, que se ha levantado a calentarle el desayuno. El viajero está casado. Los viajeros casados, cuando se echan a andar, tienen siempre, a última hora, una persona que les calienta el desayuno, que les da conversación mientras se afeitan a la estremecida luz eléctrica de la mañana.

El viajero, una hora antes de la salida del tren, baja las escaleras de su casa. Antes, se ha ido a despedir de su niño pequeño, que duerme, tumbado boca abajo, como un cachorro, porque tiene calor.

—Adiós. ¿Llevas todo?

—Adiós. Dame un beso. Creo que sí.

El viajero, al llegar a la calle, va cantando por lo bajo. Tiene mal oído y las canciones no sabe sino empezarlas. El metro está cerrado aún y los tranvías, lentos, distantes, desvencijados, parecen viejos burros abultados, amarillos y muertos.

El viajero tiene su filosofía de andar, piensa que siempre, todo lo que surge, es lo mejor que puede acontecer. Se va mejor a pie, andando por el medio de la calle, oyendo cómo rebota sobre las casas el sonar de la clavazón del calzado. Las casas tienen las ventanas cerradas y las persianas bajas. Detrás de los cristales —¡quién lo sabe!— duermen su maldición o su bienaventuranza los hombres y las mujeres de la ciudad. Hay casas que tienen todo el aire de alojar vecinos felices, y calles enteras de un mirar siniestro, con aspecto de cobijar hombres sin conciencia, comerciantes, prestamistas, alcahuetas, turbios jaques con el alma salpicada de sangre. A lo mejor, las casas de los vecinos venturosos no tienen ni una sola matita de yerbabuena o de mejorana en los balcones. A veces, las casas de los vecinos ahogados por la desdicha, señalados con el hierro cruel del odio y la desesperación, presumen de un balcón de geranios o de claveles rompedores, gordos como manzanas. Es algo muy misterioso la cara de las casas, daría qué pensar durante mucho tiempo.

El viajero, dándole vueltas a la cabeza, va por las tapias del Retiro, llegando a la Puerta de Alcalá. Ve muy claro todo lo que piensa, y un poco confuso, quizá, todo lo que ve. El día fuerza por levantarse, cauto, desconfiado, sobre los cables más altos, sobre las últimas azoteas de la ciudad, mientras los gorriones recién despiertos chillan, en los árboles del parque, como condenados. En el parque también, sobre la yerba, la república de los gatos cimarrones, dos docenas de gatos sin fortuna, sin amo, dos docenas de gatos grises, malditos, sarnosos; de gatos que, sin un sitio al lado de ningún hogar encendido, deambulan en silencio, como



aburridos presos sin esperanza o enfermos incurables, dejados de la mano de Dios.

Los portales siguen cerrados, como las bolsas avaras y miserables, y los serenos de nuevos, relucientes galones de oro, miran, con cierta desconfianza, para el viajero que pasa, camino de la estación, con la mochila al hombro y el andar despreocupado, casi sin compostura incluso.

El viajero va lleno de buenos propósitos: piensa rascar el corazón del hombre del camino, mirar el amia de los caminantes asomándose a su mirada como al brocal de un pozo. Tiene buena memoria y quiere deshacerse de la mala intención, como de un lastre, al dejar la ciudad. De dentro de su pecho salen en voz alta, rodando sobre las baldosas de la acera, los versos de don Antonio —el hombre de cuerpo más sucio y alma más limpia que, según alguien dijo ya, jamás existió.

—Quisiera poder decir, al volver, las verdades de a puño que se explican, como el río que marcha, por sí solas. Rodeado de las gentes honestas que ahorran durante meses enteros, quién sabe si aun durante años enteros, para comprarse una alfombrita para los pies de la cama, quisiera poder repetir, con los ojos afables y el gesto como resignado, las sabias palabras de don Antonio:

*En todas partes he visto  
caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos  
borrachos de sombra negra  
y pedantones al paño  
que miran, callan y piensan  
que saben, porque no beben  
el vino de las tabernas.  
Mala gente que camina  
y va apestando la tierra...*

Diciendo sus versos, el viajero llega hasta la Cibeles. Las últimas golfitas del cabaret de las llamas, a los primeros, inciertos claros del día, venden su triste anís a los señoritos juerguistas que van de retirada. Son jóvenes estas muchachas, muy jóvenes; pero tienen ya en la mirada todo el único, santo dolor de las bestias al punto, llevadas y traídas por la mala suerte y por la mala sangre.

El viajero toma por el paseo del Prado. En los soportales de correos, la cochambre de la golfemia duerme a pierna suelta sobre la dura piedra. Una mujer pasa, presurosa, el velo sobre la cabeza, camino de la primera misa, y una pareja de guardias fuma aburridamente, sentados en un banco, con el mosquetón entre las piernas. Los misteriosos tranvías negros de la noche portan de un lado para otro su andamiaje sobre ruedas; van guiados por hombres sin uniforme, por hombres de boina, callados como muertos, que se tapan la cara con una bufanda.

—También quisiera decir, que de todo hay en la viña del Señor, la otra verdad;

*Y en todas partes he visto  
gentes que danzan o juegan,*

*cuando pueden, y laboran  
sus cuatro palmos de tierra.  
Nunca, si llegan a un sitio,  
preguntan a dónde llegan.  
Cuando caminan, cabalgan  
a lomos de mula vieja,  
y no conocen la prisa  
ni aun en los días de fiesta.  
Donde hay vino, beben vino;  
donde no hay vino, agua fresca.  
Son buenas gentes que viven,  
laboran, pasan y sueñan,  
y en un día como tantos  
descansan bajo la tierra.*

A las verjas del Jardín Botánico, el viajero siente —a veces le pasa— un repentino escalofrío. Enciende un pitillo y procura alejar de su cabeza los malos pensamientos. Dos tranviarios pasan con las manos en los bolsillos, la colilla entre los labios, sin decir ni palabra. Un niño harapiento hozca con un palito en un montón de basura. Al paso del viajero levanta la frente y se echa a un lado, como disimulando. El niño ignora que las apariencias engañan, que debajo de una mala capa puede esconderse un buen bebedor; que en el pecho del viajero, de extraño, quizá temeroso aspecto, encontraría un corazón de par en par abierto, como las puertas del campo. El niño, que mira receloso como un perro castigado, tampoco sabe hasta qué punto el viajero siente una ternura infinita hacia los niños abandonados, hacia los niños nómadas que, rompiendo ya el día, hurgan con un palito en los frescos, en los tibios, en los aromáticos montones de basura.

Camino del matadero pasan unas ovejas calvas, mugrientas, que llevan una B pintada en rojo sobre el lomo. Los dos hombres que las conducen les pegan bastonazos, de cuando en cuando, por entretenerse quizás, mientras ellas, con un gesto en la mirada entre ruin y estúpido, se obstinan en lamer, de pasada, el sucio, estéril asfalto.

Cae por la cuesta de Moyano un alegre carrito de hortalizas. Los puestos de libros de lance guardan, herméticamente, su botín inmenso de vanas ilusiones que fracasaron, ¡jay!, sin que nadie se enterase.

En la bajada de la estación, algunas mujeres ofrecen al viajero tabaco, plátanos, bocadillos de tortilla. Se ven soldados con su maleta de madera al hombro y campesinos de sombrero flexible que vuelven a su lugar. En los jardines, entre el alborotar de miles de gorriones, se escucha el silbo de un mirlo. En el patio está formada la larga, lenta cola de los billetes. Una familia duerme sobre un banco de hierro, debajo de un letrero que advierte: Cuidado con los rateros. Desde las paredes saludan al viajero los anuncios de los productos de hace treinta y cinco años, de los remedios que ya no existen, de los emplastos porosos, los calzoncillos contra catarros, los inefables, automáticos modos de combatir la calvicie.

El viajero, al pasar al andén, nota como un ahogo. Los trenes duermen, en silencio, sobre las negras vías, mientras la gente camina sin hablar, como sobrecogida, a hacerse un sitio a gusto entre las filas de vagones. Unas débiles bombillas mal iluminan la escena. El viajero, mientras busca su

tercera, piensa que anda por un inmenso almacén de ataúdes, poblado de almas en pena, al hombro el doble bagaje de los pecados y las obras de misericordia.

El vagón está a oscuras. Sobre la dura tabla los viajeros fuman, adormilados. De cuando en cuando se ve brillar la punta de un cigarro, se oye el chasquido de una cerilla que ilumina, unos instantes, una faz rojiza y sin afeitar. Unos obreros se sientan, con la chaqueta al hombro, la fiambarrera envuelta en un pañuelo sobre las rodillas. Sube al vagón un grupo de pescadores —el cestillo de mimbre en bandolera— que colocan, con todo cuidado, las largas cañas de pescar. Entran mujeres de grandes cestas al brazo, campesinas que han bajado a Madrid a vender huevos y chorizo y queso, a comprar una tela estampada para un traje de domingo, o una gorra de visera para el marido. Dos guardias civiles se acomodan, uno enfrente del otro, en un extremo del departamento, al lado de la puerta, debajo del timbre de alarma y de la placa de loza con el extracto de la legislación de ferrocarriles.

Se apagan las luces del andén y la oscuridad es ya absoluta. A última hora aparecen, subiéndose al tren de un salto, soldados de caballería que van a Alcalá de Henares, que hacen todos los días el mismo viaje.

El tren sale; son ya las siete. De repente, al escapar de la marquesina, el viajero descubre que ya es de día. Dos trenes salen a la misma hora y corren, paralelos, hasta que el otro tira para abajo, camino de Getafe. Es gracioso verlos correr, uno al lado del otro, mientras los viajeros se agolpan en las ventanillas para mirarse. Algunos se saludan con la mano y dan gritos como animando al tren a correr más. En el fondo —no se sabe por qué—, los viajeros de un tren envidian siempre un poco a los viajeros de otro tren; es algo que es así, pero que resulta difícil explicar. Quizá sea, aunque no lo vean muy claro, porque un viajero de tercera se cambiaría siempre por otro viajero, aunque fuera de tercera también.

Sobre la ciudad brilla un violento cielo sonrosado, terso como un espejo, un cielo que parece de cristal de color. Durante mucho tiempo el tren corre entre vías y entre montones de carbón. Se ven máquinas fuera de uso, viejas locomotoras ya jubiladas, que semejan caballos muertos en la batalla y puestos a secar al sol. En un vagón sin enganchar, en un vagón solitario, se agolpan docena y media de vacas negras, de largos cuernos y ubre peluda y escasa, que esperan estoicamente la hora de la puntilla y del ancho cuchillo de sangrar. El viajero piensa que los animales estarán muertos de sed, sin saber demasiado a ciencia cierta qué es lo que les pasa.

El sol aparece sobre el horizonte al cruzar el último cambio de vías de la estación, la última señal, el último disco. Aún no hay niños jugando por los barrios extremos. A lo lejos, al sur, se ve, aislado, el cerro de los Ángeles. El campo está verde y crecido; no parecen los alrededores de Madrid. Entre dos sembrados, un campo sin cuidar, un campo de amapolas meciéndose, suaves, a la ligera brisa de la mañana. El tren marcha ya por la vía libre cuando el viajero se aparta de la ventanilla, se sienta, enciende un cigarro y echa la cabeza atrás.

Al pasar por el apeadero de Vallecas se rompe violentamente el silencioso aire del vagón. Un hombre, con una americana color lila, un

pañuelo al cuello y un diente de oro, ofrece a voz en grito unas tiras de cartas de baraja que llevan un numerito por detrás.

—¡A probar la suerte, señoras y caballeros, un paquete especial de caramelos finos o una bolsita de almendras, a elegir! ¡A perra chica, la carta! ¡Después rifaré, en honor del respetable, la muñeca Manolita, el juguete sensación!

El viajero quiere tentar fortuna. Compra una tira y se queda con ella en la mano, un sí es no es indeciso. El viajero tiene poca práctica en el juego. Levanta la cabeza y mira por la ventanilla. Hacia el norte, en el horizonte, se ve la sierra de Guadarrama con algunas crestas —la Maliciosa, Valdemartín, las Cabezas de Hierro— todavía cubiertas de nieve.

El hombre del diente de oro ha dicho lo de la mano inocente y ha descubierto una carta.

—¡El dos de espadas! ¿Dónde está el dos de espadas? ¡A ver el agraciado!

Al viajero no le tocó; sus dos reales los tenía en sotas, en caballos y en reyes. El dos de espadas lo tiene un hombre que ni sonríe siquiera. Coge el paquete especial de caramelos finos sin mirar a nadie, casi con displicencia, como para dar a entender que está acostumbrado a recibir noticias importantes sin inmutarse. Todos le miran, y es posible que alguien le admire también. ¡Vaya manera de encajar!

El viajero siente un poco de obligación de quedar bien. Nota algo así como una súbita iluminación, y levanta la voz:

—Déme los treses; ahora tocan treses.

Por Vicálvaro pasó el revisor picando los billetes.

—¡Así se habla! ¡Este caballero se va a llevar el premio por dos gordas! ¡Ahí van los treses!

El viajero entorna los ojos y espera. Confía en oír, dentro de poco: ¡El tres de...! El viajero piensa responder, cortándole: No siga, tengo los cuatro. Se ven, a la derecha, unas colinas verdes con hendiduras rojas, de arcilla. Un compañero de viaje lee un semanario taurino. Una avispa vuela sobre el cristal, para arriba y para abajo. La voz del hombre de la chaqueta color lila retumba por todo el vagón:

—¡El siete de copas! ¿Quién tiene el siete de copas?

El viajero tiembla de pies a cabeza, nota latir el corazón con violencia, siente la boca seca, aprieta los ojos. El viajero teme que todas las miradas estén fijas en él, clavadas como dardos, sonriendo con malicia, como diciendo: ¿Dónde echó usted sus treses? El viajero piensa, no sabe por qué, quizá para distraerse, en el agua de un río pasando por debajo de un puente. Cuando abre los ojos, poco a poco, ve que nadie le mira.

En San Fernando de Jarama se apean los pescadores. Se cuelgan la caña al hombro, como si fuera un fusil, y tiran, uno detrás de otro, por un sendero que les acerca hasta el río. Al otro lado del río pastan unos toros de lidia, negros, solitarios, silenciosos, gordos, relucientes, llenos de majestad. El día está diáfano y el campo luce como una postal, con su trigo verde, sus flores rojas y amarillas y azules.

En Torrejón de Ardoz hay un factor de estación que usa gafas para el sol; es un hombre moderno. El viajero se da cuenta de que Ardoz, estación y sol, son asonantes. Entonces piensa un ratito y dice, entre dientes:

*Está el vagón de tercera  
enfrente del W. C.  
En un letrero se lee  
esto: Torrejón de Ardoz;  
y por el andén pasea,  
con sus gafas para el sol  
y su gorra de visera,  
el factor de la estación.*

El viajero se ríe por lo bajo. Se suben al tren unos obreros que parecen indios pieles rojas. Tienen la cara llena de surcos, hondos como navajazos, y el pelo negro, pegado a la frente. Se sube también un hombre gordo, con aire de feriante, que va fumando un puro. Son las siete y media de la mañana. El viajero hace un sitio a su lado al hombre del puro.

—Agradecido.

—No hay de qué.

El hombre se quita el sombrero y se pasa el pañuelo por la cabeza.

—Va a hacer calor.

—Sí.

—¡Como no tengamos tronera!

El hombre resopla mientras se acomoda. Se saca el puro de la boca y lo mira. Tiene los dientes de color tierra y grandes como los de los burros.

—Y lo que yo digo, ¡como no acabe viniendo la piedra!

—¡Ya, ya!

El hombre saca el librito de papel de fumar, aparta dos o tres papeles y se los pega al puro con saliva.

—Así, con camiseta, queda mejor.

—Claro.

—Es que si no, no tira, ¿sabe usted? Estos puritos suelen salir un poco duros.

Al viajero le vienen doliendo los pies desde que salió de Madrid. Las botas nuevas es lo que tienen, que a veces hacen daño y crían ampollitas. Revuelve en el morral y saca otro par de botas, un par de botas de lona con suela de cáñamo.

—Parece que lleva malos los pies.

—Sí, algo.

—Es natural: las botas nuevas.

—Claro; ya lo dice el refrán.

El hombre del puro mira para el viajero. Parece que va a preguntar: ¿Qué refrán? Pero al final no dice nada.

Con un maletín en la mano va por el pasillo otro hombre fumando otro puro. Éste tiene aire de practicante; es un chico fino que lleva una camisa a rayas, salmón y blancas.

Por Alcalá de Henares pasa el tren a las tapias del cementerio. Sobre el río flota, como siempre, una tenue neblina. En Alcalá de Henares se apea mucha gente, queda el tren casi vacío: los pescadores que no se echaron abajo en San Fernando, los soldados de caballería, los hombres de la negra visera; las gruesas, tremendas, bigotudas mujeres de las cestas. Una señorita rubia, con aire de llamarse Raquel, o Esperancita, o algo por el estilo, con un peinado lleno de ricitos y de fijador, y un jersey de franjas

verdes y coloradas, coquetea con un guardia civil joven que lleva el bigote recortado en forma, como dicen los peluqueros. El viajero piensa en el amor. El viajero tiene, en su casa de Madrid, un grabado francés que se titula: *L'amour et le printemps*. Por el andén pasa un mendigo barbudo recogiendo colillas. Se llama León y lleva unas alpargatas color azul celeste. Un hombre le dice: Ven, León, que te tengo mucho cariño. ¿Quieres un pitillo? Cuando León se le acerca, le da una bofetada que suena como un trallazo. Todos se ríen mientras León, que no ha dicho ni una palabra y que lleva los ojos llenos de lágrimas, como un niño, se marcha silencioso, mirando para el suelo, agachándose de trecho en trecho para recoger una colilla. Desde el final del andén, León vuelve la cabeza. En sus ojos no hay ni cariño ni odio; parecen los ojos de un ciervo disecado, de un buey viejo y sin ilusión. Va sangrando por la nariz.

En Meco, el carro de un lechero espera, en el paso a nivel, que termine de pasar el tren. Unas mujeres de luto llevan cubos de agua. El campo sigue verde, florecido. El viajero va comiendo albaricoques, que saca del morral.

—¿Usted gusta?

—Que aproveche.

El hombre del puro no tiene, efectivamente, aire de comer albaricoques.

En Azuqueca, cuatro muleros aran la tierra. A los de Azuqueca, según le explica al viajero el tío del puro, les llaman cluecos, de mote, porque se cuenta que acostaron una gallina clueca con doce huevos y, por más esfuerzos que hicieron, no consiguieron sacar trece pollos.

El tren marcha, a orillas del Henares, ya hasta Guadalajara. Al final va rápido; parece como si llevara prisa.

Poco antes de llegar a Guadalajara, la gente carga con sus bultos y se agolpa en las plataformas y en los pasillos. El viajero baja el último; lo que tiene que hacer, se hace lo mismo un cuarto de hora antes que después. También se puede dejar sin hacer; no pasa nada.

El viajero se echa el morral a la espalda, se cuelga la cantimplora de la hebilla del cinturón y tira cuesta arriba, camino de la ciudad. Cruza el río Henares, que baja turbio y embarrado, y pasa por delante de un cuartel. Algunos soldados, sentados a la puerta, lo miran al pasar. Ya en el caserío, a mano izquierda según se sube, el viajero entra a refrescar en una taberna que tiene un hermoso nombre. La taberna se llama: Lo mejor de la uva.

El viajero deja su impedimenta en un café que hay al lado del lugar de salida de los autobuses de la estación, y va a telégrafos a poner un telegrama a su mujer. El Electricque Brillíe, que cuelga de unas cadenas doradas en el centro de la nave, marca las nueve y diez.

De vuelta al café, el viajero compra los periódicos a un niño pequeño, listo como un ratón de sacristía.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo cinco y medio.

—¿Cómo te llamas?

—Paco, para servir a Dios y a usted.

—¿Vendes muchos periódicos?

—Sí, señor; todos. A las doce ya he vendido siempre todos. El año pasado, ¿sabe usted?, no. ¡Como era más pequeño y corría menos!

El viajero lee los periódicos mientras desayuna otra vez. Después se va a dar una vueltecita por la ciudad; tiene que cambiar algún dinero en el banco.

El palacio del duque del Infantado está en el suelo. Es una pena. Debía ser un edificio hermoso. Es grande como un convento o como un cuartel. Por el centro de la calle pasa un tonto con una gorra de visera amarilla y la cara plagada de granos. Va apresurado, jovial, optimista. Va muerto de risa, frotándose las manos con regocijo; es un tonto feliz, un tonto lleno de alegría.

El viajero entra en una tienda donde hay de todo.

—¿Tienen ustedes algo típico de aquí, algo que me pueda llevar como recuerdo de Guadalajara?

—¿Algo típico, dice?

—Pues, sí... Eso digo.

—No sé... ¡Como no busque usted bizcochos borrachos!

El viajero, en una talabartería pequeña, que huele a cuero y a grasa, y que tiene un amo orondo y bien nutrido, que casi no cabe dentro, compra una testera de cuero.

—¿Es para mula?

El viajero duda un momento.

—Sí, señor, para mula; un muleto portugués que es una alhaja. Lo quiero enjaezar de primera. Ya volveré por aquí. Se lo voy a regalar a un tío de mi señora, que es cura. En mi país los curas montan en mula, ¿sabe usted?, no es como aquí, que se suben a los coches de línea. El tío de mi mujer se llama don Rosendo y es canónigo ya. Al muleto le puse Capitán; el otro día me daban el doble de lo que di por él.

El viajero, cuando termina su discurso, se da cuenta de que no hubiera hecho falta mentir tanto. El talabartero ni le escuchó.

—Ésta es buena; es la mejor.

—Muy bien; pues ésa... Oiga: ¿me quiere poner por detrás la firma y la fecha? Es para que el tío de mi señora vea que no le engaño, que es verdad que la compré en Guadalajara.

—Sí, señor. ¡Luisito! ¡Luisito!

De la negra trastienda llega una voz infantil, quebrada.

—¡Va!

—Oye, hijo, firma aquí esto; es para este señor.

El niño mira para el viajero, saca del cajón la pluma y la tinta, y, con una hermosa caligrafía de pendolista bisoño, pone detrás de la testera, sobre el crudo cuero: Casa Montes. Guadalajara, 6 de junio de 1946.

III  
DEL HENARES AL TAJUÑA

El viajero, de Guadalajara sale a pie por la carretera general de Zaragoza, al lado del río. Es el mediodía, y un sol de justicia cae, a plomo, sobre el camino. El viajero anda por la cuneta, sobre la tierra; el asfalto es duro y caliente, y estropea los pies. A la salida de la ciudad el viajero pasa por un merendero que tiene un nombre sugeridor, lleno de resonancias; por un merendero que se llama Los misterios de Tánger. Antes ha entrado en una verdulería a comprar unos tomates.

—¿Me da tres cuartos de tomates?

—¿Eh?

La verdulera es sorda como una tapia.

—¡Que si me da tres cuartos de tomates!

La verdulera ni se mueve; parece una verdulera sumida en profundas cavilaciones.

—Están verdes.

—No importa; son para ensalada.

—¿Eh?

—¡Que me es igual!

La verdulera piensa, probablemente, que su deber es no despachar tomates verdes.

—¿Va usted a Zaragoza, por un casual, a cumplir una promesa?

—No, señora.

—¿Eh?

—¡Que no!

—Pues antes iban muchos a Zaragoza; llevaban también el equipaje colgando.

—Antes sí, señora. ¿Me da tres cuartos de tomates?

El viajero no puede gritar más fuerte de lo que lo hace. Tiene la garganta seca; por un tomate hubiera dado un duro. La puerta de la verdulería está llena de niños que miran para el viajero; de niños de todos los pelos, de todos los tamaños; de niños que no hablan, que no se mueven, que miran fijamente, como los gatos, sin pestañear.

Un niño pelirrojo, con la cara llena de pecas, advierte al viajero:

—Es sorda.

—Ya lo veo, hijo.

El niño sonrío.

—¿Va usted a Zaragoza, de promesa?

—No, querubín; no voy a Zaragoza. ¿Tú sabes dónde puedo comprar tres cuartos de tomates?

—Sí, señor; venga conmigo.

El viajero, con veinte o veinticinco niños detrás, sale en busca de los tomates. Algunos niños corren unos pasitos para ver bien al viajero, para ir siempre a su lado. Otros se van aburriendo y se van quedando por el camino. Una mujer, desde la puerta de una casa, pregunta en bajo a los niños: ¿Qué quiere? Y el niño de la pelambreira roja contesta, complacido: Nada; vamos buscando tomates. La mujer no se conforma, vuelve a la carga: ¿Va a Zaragoza? Y el niño se vuelve y contesta seco, casi con indignación: No. ¿Es que por aquí no se va más que a Zaragoza?



Al pasar por delante del merendero, el hombre que —¡también es casualidad!— no va a Zaragoza, siente como si acabaran de sacarlo de un estanque donde se estuviera ahogando. El viajero va con su ayudante, con el niño del pelo de azafrán al lado. El niño le había dicho:

—¿Me permite usted que le acompañe unos hectómetros?

Y el viajero, que siente una admiración sin límites por los niños redichos, le había respondido:

—Bien; te permito que me acompañes unos hectómetros.

Ya en la carretera, el viajero se para en un regato, a lavarse un poco. El agua está fresca, muy limpia.

—Es un agua muy cristalina, ¿verdad?

—Sí, hijo; la mar de cristalina.

El viajero descuelga la mochila y se desnuda de medio cuerpo. El niño se sienta en una piedra a mirarle.

—No es usted muy velludo.

—Pues, no... Más bien, no.

El viajero se pone en cuclillas y empieza por refrescarse las manos.

—¿Va usted muy lejos?

—Psche...; regular... Dame el jabón.

El niño destapa la jabonera y se la acerca. Es un niño muy obsequioso.

—¡Pues, anda, que como vaya usted muy lejos, con este calor!

—A veces hace más. Dame la toalla.

El niño le da la toalla.

—¿Es usted de Madrid?

El viajero, mientras se seca, decide pasar a la ofensiva.

—No, no soy de Madrid. ¿Cómo te llamas?

—Armando, para servirle, Armando Mondéjar López.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—¿Qué estudias?

—Perito.

—¿Perito..., qué?

—Pues perito..., perito.

—¿Qué es tu padre?

—Está en la diputación.

—¿Cómo se llama?

—Pío.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Somos cinco: cuatro niños y una niña. Yo soy el mayor.

—¿Sois todos rubios?

—Sí, señor. Todos tenemos el pelo rojo; mi papá también lo tiene.

En la voz del niño hay como una vaga cadencia de tristeza. El viajero no hubiera querido preguntar tanto. Piensa un instante, mientras guarda la toalla y el jabón y saca de la mochila los tomates, el pan y una lata de foie-gras, que se ha pasado de rosca preguntando.

—¿Comemos un poco?

—Bueno; como usted guste.

El viajero trata de hacerse amable, y el niño, poco a poco, vuelve a la alegría de antes de decir: Sí, todos tenemos el pelo rojo; mi papá también lo tiene. El viajero le cuenta al niño que no va a Zaragoza, que va a darse una

vueltecita por la Alcarria; le cuenta también de dónde es, cómo se llama, cuántos hermanos tiene. Cuando le habla de un primo suyo, bizco, que vive en Málaga y que se llama Jenaro, el niño va ya muerto de risa. Después le cuenta cosas de la guerra, y el niño escucha atento, emocionado, con los ojos muy abiertos.

—¿Le han dado algún tiro?

El viajero y el niño se han hecho muy amigos y, hablando, hablando, llegan hasta el camino de Iriépal. El niño se despide.

—Tengo que volver; mi mamá quiere que esté en casa a la hora de merendar. Además, no le gusta que venga hasta aquí; siempre me lo tiene dicho.

El viajero le alargó la mano, y el niño la rehuye.

—Es que la tengo sucia, ¿sabe usted?

—¡Anda, no seas tonto! ¿Qué más da?

El niño mira para el suelo.

—Es que me ando siempre con el dedo en la nariz.

—¿Y eso qué importa? Ya te he visto. Yo también me hurgo, algunas veces, con el dedo en la nariz. Da mucho gusto, ¿verdad?

—Sí, señor; mucho gusto.

El viajero echa a andar y el niño se queda mirándole, al borde de la carretera. Desde muy lejos, el viajero se vuelve. El niño le dice adiós con la mano. A pleno sol, el pelo le brilla como si fuera de fuego. El niño tiene un pelo hermoso, luminoso, lleno de encanto. Él cree lo contrario.

*Armando Mondéjar López  
es un niño preguntón;  
tiene el pelo colorado  
del color del pimentón.*

*(La naranja ya está seca,  
amarillo está el limón.*

*La sandía está llorando,  
está riendo el melón.)*

*Armando Mondéjar López*

*se queda parado al sol;*

*su pelambreira rebrilla*

*como arde su corazón,*

*y en su mirada se enciende,*

*poco a poco, la ilusión.*

*Tiene el pelo colorado*

*del color del pimentón.*

Poco más adelante, el viajero se sienta a comer en una vaguada, al pie de un olivar. Bebe después un trago de vino, desdobla su manta y se tumba a dormir la siesta, bajo un árbol. Por la carretera pasa, de vez en cuando, alguna bicicleta o algún coche oficial. A lo lejos, sentado a la sombra de un olivo, un pastor canta. Las ovejas están apiñadas, inmóviles, muertas de calor. Echado sobre la manta, el viajero ve de cerca la vida de los insectos, que corren veloces de un lado para otro y se detienen de golpe, mientras mueven acompasadamente sus largos cuernos, delgaditos como un pelo. El campo está verde, bien cuidado, y las florecitas silvestres —las rojas

amapolas, las margaritas blancas, los cardos de flor azul, los dorados botones del botón de oro— crecen a los bordes de la carretera, fuera de los sembrados.

Pasan unas muchachas que se adornan el amplio sombrero de paja con ramitos de aciana; llevan unas batas de cretona y andan sueltas, ligeras, graciosas como corzas. El viajero las ve marchar y cierra los ojos. El viajero prefiere dormir bajo el recuerdo de una última sensación agradable: una cigüeña que vuela, un niño que se chapuza en el restáño de un arroyo, una abeja libando la flor del espino, una mujer joven que camina, al nacer del verano, con los brazos al aire y el pelo suelto sobre los hombros.

El viajero, de nuevo sobre la carretera, recién descansado, piensa en las cosas en las que no pensó en muchos años, y nota como si una corriente de aire le diese ligeramente al corazón.

Al llegar a Taracena llena su cantimplora de vino blanco.

*A la tierra color tierra  
le maduró un sarpullido.  
Bajo el sol de Taracena  
cuelga la vida de un hilo.*

En Taracena no hay vino tinto, noble como la sangre de los animales, oloroso y antiguo como una medrosa historia familiar. En Taracena tampoco hay parador. Ni posada. En Taracena hay una taberna fresca, limpia, con el suelo de tierra recién regado. La tabernera tiene una niña muy aplicada, una niña de diez años que se levanta de la siesta, sin que nadie la avise, para ir a la escuela.

Taracena es un pueblo de adobes, un pueblo de color gris claro, ceniciento; un pueblo que parece cubierto de polvo, de un polvo finísimo, delicado, como el de los libros que llevan varios años durmiendo en la estantería, sin que nadie los toque, sin que nadie los moleste. El viajero recuerda a Taracena deshabitado. No se ve un alma. Bajo el calor de las cuatro de la tarde, sólo un niño juega, desganadamente, con unos huesos de albaricoque. Un carro de mulas —la larga lanza sobre el suelo— se tuesta en medio de una plazuela. Unas gallinas pican en unos montones de estiércol. Sobre la fachada de una casa, unas camisas muy lavadas, unas camisas tiesas, rígidas, que parecen de cartón, brillan como la nieve.

El viajero habla con la tabernera.

—¿Hay agua en el pueblo, señora?

—Sí, señor, mucha agua. Y muy buena. Aquí tenemos la misma agua que en la capital. Y toda la que queremos.

El viajero sale de nuevo al camino; como es el primer día, lleva las piernas algo torpes y cansadas. La tabernera se asoma a la puerta, a despedirlo.

—Adiós, que tenga usted suerte. ¿Va usted a Zaragoza?

—Adiós, señora, muchas gracias. No, le aseguro que no voy a Zaragoza.

El viajero piensa en la despedida de los hombres que van de camino, que es un poco la despedida a las gentes a las que no se volverá a ver jamás. El adiós, que tenga usted suerte, que dice la campesina, o la tabernera, o la lavandera, o la arriera, o la pastora, es una despedida para siempre, una despedida para toda la vida, una despedida llena, aun sin saberlo, de dolor:

un adiós, que tenga usted suerte, en el que se ponen el alma y los cinco sentidos.

Media legua escasa más arriba, de donde sale el camino que va a Tórtola y a Fontanar, el viajero da alcance a un carro. El viajero supo más tarde —en Cifuentes, pueblo donde aprendió muchas cosas— que a los de Tortola les llaman moros en la Alcarria, y a los de Fontanar, troncheros, porque una vez pusieron un troncho de berza por ojo a la imagen de San Matías, que es el patrón del pueblo. El carrero va dormido, y las mulas, de vez en cuando, meten una rueda sobre los montones de grava de la cuneta. Entonces el carrero se despierta, blasfema, endereza el carro y se echa otra vez a dormir.

—Buenas tardes.

—Y calurosas, digo yo.

—Usted ahí va bien.

—Sí, no se va mal. ¿Quiere usted montar, si le hace avío?

—Bueno, ¡si usted se empeña!

El carrero detiene las mulas y el viajero salta al carro. El carro lleva un toldo bajo, de lona, que da un calor sofocante. El viajero invita al carrero a un trago de su cantimplora.

—Buen vino.

—No es malo; lo compré ahí abajo, en Taracena.

Después encienden un pitillo. La llama del mechero, ni se mueve.

En el carro van unas puertas de madera y una cama de hierro. El viajero no puede ni cambiar de postura; lleva las piernas dobladas y la cabeza echada hacia atrás, con el morral por almohada.

—¿Hasta dónde va usted?

—Voy a Trijueque. Por las mañanas bajo con leña a Guadalajara. ¿Usted va muy largo?

—No; yo me quedo en Torija; yo quisiera dormir esta noche en Torija.

—¿Y mañana?

—Mañana, Dios dirá.

El carrero se queda un momento pensativo.

—¡Pues anda, que si se tira usted todo este chorizo andando!

—Ya, ya...

El carrero es un hombre joven, pequeño, curtido por el sol. Se llama Martín Díaz y es natural de Trijueque. Cuando toma confianza invita al viajero a cebolla y pan blanco.

—Esto es bueno para la sangre.

Por la carretera pasa, en sentido contrario, un hombre viejo cabalgando una mula torda, de patas finas y grupa recogida. El hombre lleva la cabeza y las espaldas tapadas con una manta.

—¡Buena mula!

—Eso parece.

Martín Díaz es un carrero estoico y optimista, un carrero que todo lo encuentra bien. Desde Trijueque a Guadalajara y vuelta, Martín Díaz ha aprendido a ver el lado bueno de las cosas.

—Estas dos mulas que llevo, ya van algo trabajadas, pero aún dan su juego.

Martín mira para sus mulas.

—Salieron baratas. Ahora han subido mucho; ahora una mula vale un dineral.

El viajero mira andar a las mulas, tirante el aparejo en la cuesta arriba, flojo y como descansado en la cuesta abajo. Las mulas andan moviendo las orejas a compás, haciendo sonar las campanillas de bronce del pretal. Martín llama pretal al collarejo.

—Esta se llama Catalana; el delantero se llama Pantalón.

Por Valdenoches, los picapedreros parten la piedra. Están negros como tizones y llevan un pañuelo debajo de la gorra para empapar el sudor. Trabajan despacio, rendidamente, y se defienden los ojos con un cuadradito de tela metálica, atado con unas cintas a la nuca. No levantan la cabeza cuando pasa el carro.

Desde los montes de Sotorija y del Tío Negro, el carro camina entre olmos por una gran avenida.

—Aquí ya se respira, ¿eh?

—Ya lo creo.

—Pues ya es todo el camino igual hasta Torija.

A la derecha de la carretera se empiezan a ver huertas bien atendidas. Los viejos van en mangas de camisa, con el botón del cuello cerrado, con faja al vientre y pantalón de pana. Algunos jóvenes llevan mono de mahón azul.

A la entrada de Torija unas mujeres cantan mientras lavan la ropa. Al ver pasar el carro, paran un momento en la faena y dicen adiós con alegría, sonriendo.

Torija es un pueblo subido sobre una loma.

*Un parador.*

*Tres casas.*

*Cuatro mulas.*

*Cinco damas.*

*Seis hidalgos.*

*Siete zagalas.*

*El camino de Brihuega*

*va a la derecha.*

*Por el de Zaragoza*

*bajan dos mozas.*

Desde esta entrada tiene un gran aspecto, con su castillo y la torre cuadrada de la iglesia. Desde la pared de una casa, un letrado advierte: A Algora, 39 kilómetros. A Zaragoza, 248. Es un letrado azul con grandes letras en blanco, que se verían también muy bien, con toda claridad, aunque se pasase muy de prisa, en un automóvil.

En Torija, el viajero se tira del carro delante del parador, a la salida del pueblo. Antes de decirle adiós, el viajero se ha tomado un vaso de vino con Martín y ha estado hablando con él del tiempo, de lo crecido que está el trigo, de lo que vale un par de mulas, de lo que dura una chaqueta de pana, de lo que presumen las criadas de Madrid, que no son nadie, que son como todas, pero que tienen unos humos que parecen condesas. El arriero y el viajero acuerdan que lo mejor es ni mirarlas a la cara y casarse con una

chica del pueblo, con una chica de la que se sepa en qué trotes ha estado metida.

—De las que se van a Madrid, ya ve usted, nada se sabe. Igual vuelven como Dios manda, que con más julepe que una cuadrilla de cómicas.

Sentado en un banco de piedra que hay a la puerta del parador, el viajero ve marchar a Martín Díaz camino de Trijueque. El carrero ha quitado ya la toldilla de lona y arrea a las mulas, que marchan listas al olor de la cuadra.

Antes que doblen el recodo de la carretera, el viajero mira por última vez para el carro, para Martín Díaz, para Catalana y para Pantalón, que mañana por la mañana, muy temprano, bajarán otra vez con su carga de leña, camino de Guadalajara.

El viajero se lava en el zaguán, en una palangana colocada en una silla de enea. Un niño llora sin demasiadas ganas. Las gallinas empiezan a recogerse. Un perro escuálido husmea los pies del viajero. El viajero le da una patada, y el perro huye, con el rabo entre las piernas. Se ve que es un perro acostumbrado a recibir patadas. Una niña juega con un gato blanco y negro, y otra niña la ve jugar, con cara de mala uva y sin quitarle el ojo de encima. Un burro pasa, solo, camino de la cuadra; empuja la puerta con el hocico y se cuelga dentro.

El viajero habla con la mujer del parador.

—¿Cómo se llama este parador?

—No tiene nombre. Mi madre se llama Marcelina García.

El viajero no se desanima.

—¡Buen castillo tienen ustedes ahí!

La mujer mira a los ojos del viajero.

—Sí, es muy antiguo. Según dicen, está ahí desde los moros.

Un mozo pasa con una mula parda.

—¡Tó, Generosa! ¡Arre, Generosa!

La hija de Marcelina García habla con el viajero:

—¿Va a tomar vino?

—Sí.

La mujer del parador levanta la voz.

—¡Niña, ve por vino!

La niña va a la cocina y sale con una botella vacía en la mano. El parador de Torija es un parador donde no hay vino, un parador donde la niña tiene que ir a buscarlo, cuando a un viajero se le pregunta: ¿Va a tomar vino?, y contesta que sí.

—¿Lo quiere tinto o blanco?

—Tinto.

El viajero entra en el comedor a arreglar un poco el equipaje. La mesa tiene un hule a rombos blancos y de color de rosa. El aparador llega hasta el techo. En la pared hay un mapa en relieve de la Península Ibérica y una litografía en colores del Regalo de Pascua, de Pears. Un reloj de pared, con medallón de nácar, marca la hora de la cena. Del techo cuelgan cuatro latas redondas, de escabeche, rodeando a la bombilla. En las latas crece una planta enredadera que forma guirnaldas y que se llama el amor del hombre. La bombilla está apagada.

—¿Y la luz?

—La luz viene más tarde.

El viajero cena alumbrado por un candil de aceite. Judías con chorizo, tortilla de patatas con cebolla y carne de cabra, dura como el pedernal. De postre toma un vaso de leche de cabra. Cuando llega la luz, ya con noche cerrada, el filamento de la bombilla no hace más que enrojecer un poco, como un ascua. Entre la enredadera, la bombilla encendida parece una luciérnaga.

—Cuando viene la luz bien, con toda su fuerza, poco antes del amanecer, luce como un sol, ya verá usted.

La mujer del parador sonrío al hablar. Es una mujer amable, llena de buena intención. El viajero sube a la alcoba. La cama es de hierro, grande, hermosa, con un profundo colchón de paja. El viajero deja dada la luz y se desnuda a oscuras. Cuando, poco antes de la amanecida, la luz coge toda su fuerza, se extiende por la habitación un resplandor opaco, como para revelar fotografías, al que difícilmente se podría leer.

Un mozo canta a grito pelado; da unas voces tremendas, que se deben oír muy lejos:

*Si buscas novia en Teruel,  
búscatela forastera;  
mira que matan de amor  
las mujeres de esta tierra.*

Al servirle el desayuno, la mujer del parador advierte al viajero:

—Ese que cantó a la madrugada es mi hermano.

Canta al estilo de Aragón. Anduvo por Zaragoza, de soldado, y se le pegó mucho el estilo de Aragón. Tiene buena voz, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

Es aún muy temprano cuando el viajero sale otra vez al camino. La mañana está más bien fresquita y el cielo aparece algo cubierto. Poco más tarde, cuando el sol empuje, las nubes desaparecerán y el aire se irá calentando. A poco de andar, el terreno empieza a ondularse ligeramente. Hacia el norte se ve Trijueque, de donde habrá salido ya Martín Díaz con sus mulas. No hay ni un árbol. Un hombre pasa, caballero en una mula grande.

—Adiós; buenos días.

—Buenos días nos dé Dios. ¿Va usted a Brihuega?

—Sí, señor; allá voy.

—Pues aún hay su camino. En otra mula le llevaría a usted el saco.

—Muchas gracias; qué le vamos a hacer. Aún voy bien.

—Mejor iría. Pero con ésta no me atrevo. Es una mula poco legítima, una mula medio griega. Como se harte y le dé la vena, empieza a tirar coces y no hay quien la sujete. Mire que le llevo dado palos, ¡pues como si nada!

El viajero sigue, con su morral a costillas, por la carretera adelante. A cada hora de marcha, a cada legua, se sienta en la cuneta a beber un trago de vino, a fumar un pitillo y descansar un rato. Por el campo se ven labriegos arando la tierra con su yunta de mulas. A veinte pasos del viajero levanta su vuelo un bando de palomas zuranas. Entre una nube de polvo pasan dos coches de línea abarrotados de gente, uno detrás del otro, muy seguidos.

A la legua larga de Torija aparecen los robles, sueltos al principio, formando manchas más tarde. Un pastor camina sin prisa detrás de las ovejas, por la ladera de una loma. No se oye más que el piar de las golondrinas y el canto de las alondras. Poco más tarde se ven las casas de Fuentes, con la torre de la iglesia en medio.

Fuentes de la Alcarria está a la derecha del camino. El bosquecillo de robles se ha hecho más espeso. El campo huele con un olor profundo, y en los arbustos del espino, cuajados de florecillas blancas, liban las abejas.

*Tímida, peluda doncella flor del espino.*

*Un monje recoleto, cada tomillo.*

*Pájaros voladores, flor de aliaga.*

*Sangre de sobresalto, cada retama.*

*Caballo desbocado, flor del romero.*

*Una niña desnuda, por cada espliego.*

*Cien lobos te defienden, flor de la jara.*

*Como cien cárdemelos, la mejorana.*

Dos conejos miran para el viajero, un instante, moviendo las orejas, sentados sobre el rabo, y huyen después, veloces, a esconderse detrás de unas piedras. Un águila vuela trazando círculos, no muy lejos. Una mujer, subida en un burro, se cruza con el viajero. El viajero la saluda, y la mujer ni le mira ni le contesta. Es una mujer joven, pálida y hermosa, vestida de luto, con un pañuelo sobre la cabeza y unos grandes, profundos ojos negros. El viajero se vuelve. La mujer va inmóvil, dejándose llevar del trote del burro entero, poderoso. Podría pensarse que es una muerta sin compañía, que va sola a enterrarse, camino del cementerio.

El viajero echa un trago fuera de tiempo, por consolarse, y se va a sentar al pie de un árbol, a las tapias del palacio de Ibarra, que está al borde de la carretera. El palacio de Ibarra es un caserón semiderruido, con un jardín abandonado, lleno de encanto; parece un bailarín rendido, cortesano y enfermo, respirando el aire saludable de los campesinos. El jardín está ahogado por la maleza. Una cabra atada a una cuerda dormita, rumiando, tumbada al sol, y un asnillo retoza coceando al aire como un loco. Entre la maraña se yergue un pino japonés, alto y esbelto, lleno de empaque, de gracia y de señorío; un pino que semeja un viejo y derrotado hidalgo, ayer aún arrogante y hoy deudor de todos los criados.

A la otra legua termina el bosque y vuelve la sembradura. En el campo se ven algunos charcos. Un viejo se lamenta con el viajero.

—Sí. No crea usted. Ha llovido demasiado. La Alcarria, ¿sabe usted?, quiere su agua, ni más ni menos.

El viajero piensa que aquel hombre, hablando así, está siempre expuesto a tener la razón.

La carretera describe una gran curva, y después de pasar el cruce, el viajero se encuentra de golpe ante Brihuega, que está en un hoyo. Del cruce salen dos carreteras, además de la que camina el viajero; la de la izquierda, que va a Utande, y la de la derecha, que va a Algora, otra vez en la carretera general.

Para bajar a Brihuega hay un atajo por el que se corta bastante. El viajero tira por el atajo, lleno de piedras, que parece el cauce seco de una



torrentera. A algo más de la mitad del camino se encuentra con un pastorcito que está sentado sobre una piedra, al lado de un muro partido en pedazos, de un muro que no acota nada.

—Niño, ¿cómo se llama esta bajada?

El niño no contesta.

—Oye, que te estoy hablando. Digo que cómo se llama esta bajada.

El niño está azarado y no sabe lo que hacer. Mira para los pies del viajero, se pone colorado hasta las orejas y se pasa una mano por la rodilla. Después, con un hilo de voz, se decide a contestar:

—No tiene nombre.

El viajero da unas perras al niño. El niño, al principio, no quería cogerlas.

Desde el atajo, Brihuega tiene muy buen aire, con sus murallas y la vieja fábrica de paños, grande y redonda como una plaza de toros. Por detrás del pueblo corre el Tajuña, con sus orillas frondosas y su vega verde.

Brihuega tiene un color gris azulado, como de humo de cigarro puro. Parece una ciudad antigua, con mucha piedra, con casas bien construidas y árboles corpulentos. La decoración ha cambiado de repente, parece como si se hubiera descorrido un telón.

#### IV BRIHUEGA

Quien sí sabía el nombre del atajo era un tartamudo que preparaba cebollinos para la siembra, a la sombra de un olmo añoso, al lado de la fonda de las Eras. Cuando el viajero pregunta, el tartamudo se ríe.

—Tiene un nombre muy feo, ya ve usted.

El viajero le da un pitillo.

—Pero se podrá decir, dijo yo.

—Sí, señor; decir sí que se puede.

El hombre habla con mucha dificultad. Entre la tartamudez y la risa casi no se le entiende.

—Hacia medio camino hay una fuente que le decimos la fuente Quiñoneros.

—¿Y el atajo se llama así?

—No, señor; no se llama así.

El tartamudo está muerto de risa. Una mujer, con un niño colgado de los pechos, le dice:

—¡Anda, que pareces bobo! ¿No lo quiere saber? ¡Pues dílo!

A la mujer sólo le hubiera faltado añadir:

—¡Que se fastidie! ¡Pues anda, con tanto preguntar!

No lo dijo; pero probablemente lo pensó. El tartamudo ladea la cabeza y se decide.

—Pues el atajo se llama, vamos, le decimos nosotros, el camino de la fuente Caga.

El viajero piensa que el hombre de los cebollinos es un tartamudo muy fino; la cosa no era para tanto. El tartamudo, cuando el viajero se aleja, todavía se ríe solo, mientras corta con una navaja tallos del cebollino que por la tarde plantará.

El viajero se mete en la fonda, a comer. Antes se da un baño de pies, un baño de agua caliente con sal, que le deja como nuevo. En el comedor están una señorita de pueblo y su mamá.

—Buenos días, que aproveche.

—Buenos días tenga usted. ¿Usted gusta?

La señorita bebe vino blanco y toma tricalcine. Es una chica pálida, con las manos bien dibujadas y el pelo castaño, peinado en ricitos que le caen sobre la frente. De cuando en cuando, tose un poco.

En las paredes del comedor hay un reloj de pesas, un canario que se llama Mauricio, metido en su jaula de alambre dorado, y tres cromos de colores violentos, chillones, con marco de metal. Un cuadro representa el cuadro de Las lanzas; otro, Los borrachos, y otro La Sagrada Familia del pajarito. Dos gatos rondan, a lo que caiga. Uno es rubio y se llama Rubio, otro es moreno y se llama Moro. No hay duda que quien los bautizó era un imaginativo.

Al viajero le sirve una muchacha mona, un poco coqueta, que lleva un vestido de percal.

—¿Cómo te llamas?

—Merceditas, para servirle. Me dicen Merche.

—Es un nombre muy bonito.

—No, señor; es un nombre muy feo.

—¿Cuántos años tienes?  
 —Diecisiete.  
 —Eres muy joven...  
 —No, señor; ya no soy muy joven.  
 —¿Tienes novio?  
 —¡Huy, cuánto quiere saber!

La muchacha se pone colorada y huye a la cocina. Cuando vuelve, viene muy seria y cambia el plato al viajero sin mirarle.

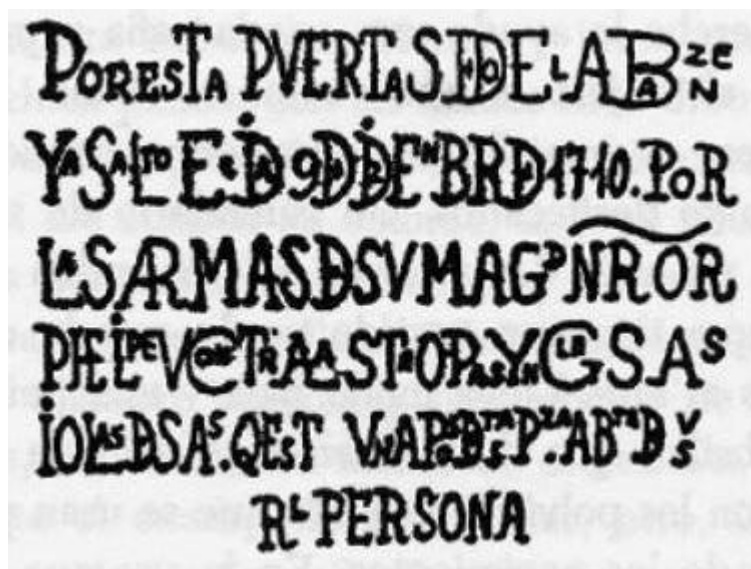
—¿Qué tienes?  
 —Nada.

A Merche le ayuda una criada zafia y pueblerina, que el viajero no sabe cómo se llama. El hule de la mesa es amarillo, con el color ya comido y los bordes algo desflecados. Un calendario de señorita, anuncia un anís. La señorita es una rubia de ojos negros que tiene un vestido verde que le deja los hombros al aire. Lleva moño bajo y una peineta de mucho brillo, que destaca en seguida; una peineta hecha con los polvitos de plata que se usan para las estrellas de los nacimientos. En la ventana del comedor hay una reja de balcón puesta de lado.

El viajero, cuando termina de comer, sale a la calle. Había pensado descansar un rato, después del café, pero entraron en el comedor dos señoras que le impacientaron y prefirió levantarse y salir.

Al lado de la fonda, el viajero se encuentra con la puerta de la Cadena, por la que se mete en el pueblo. La puerta de la Cadena tiene una hornacina con una Purísima, y debajo una lápida de mármol blanco que dice: 1710-1910. La villa de Brihuega en el segundo centenario de su memorable bombardeo y asalto. Y más debajo todavía, otra lápida de piedra de la que sólo se entiende parte. El viajero copia las letras en un papel. Tarda bastante, porque a veces se equivoca. La gente le rodea. Al viajero le hace una ilusión tremenda que lo tomen por un erudito.

La lápida, poco más o menos, era así:



No está muy bien copiada, bien es cierto; pero tampoco falta ninguna letra, esa es la verdad. Casi todo está bastante claro, pero también hay algo, al final, que ya no lo está tanto, por lo menos para el viajero. En el penúltimo

renglón, hacia la mitad, entre la T y la V, hay un agujero que debe ser un metrallazo.

El viajero entra, ya se dijo, por la puerta de la Cadena, y anda vagando algún tiempo por el pueblo. Fuera de la puerta queda una alameda umbría, acogedora. Unas muchachas charlan en un banco. Ríen a grandes voces, y se dan palmadas en las piernas. Después se levantan y van a beber agua a la fuente.

Unos trasquiladores, muralla adentro, pelan ovejas en una cuadra que da a la calle. El vellón sale entero, como una camiseta, lleno de grasa, y las ovejas se quedan en cueros vivos, flacas, ventradas, desgarradas. Unos niños miran, viciosamente, mientras sonríen en silencio. El ver trasquilar ovejas, en una cuadra más que tibia, ardorosa, y llena de un olor acre, profundo, es sin duda un espectáculo adormecedor, una incitación ancestral que ayuda a poner los mocitos en sazón cuando, sin pararse a ver por qué, se mezclan la cachondería y la crueldad en un remoto, inconfesable hervor de la sangre.

El sol está en la media tarde. Hay un momento en que el viajero ve hermosas a todas las mujeres. Se sienta sobre una piedra y mira, lleno el corazón de pesar, para un grupo de ocho o diez muchachas que lavan la ropa. El viajero está absorto, abstraído, y su memoria se puebla de tiernas, paganas nubecillas, mientras desempolva los frescos versos del cancionero:

*Madre, las mozuelas,  
las de aquesta villa,  
en agua corriente  
lavan sus camisas;  
sus camisas, madre.  
Madre, las mozuelas.*

Las chicas están remangadas. Alguna canta un trozo de zarzuela; alguna otra un cuplé algo pasado de moda, un cuplé de hace cuatro o cinco años.

Una muchacha que no canta, lleva unas flores azules en el pelo castaño. No se le ve bien, pero así, por la espalda, parece Merche, la de la fonda.

—Mi nombre es muy feo... Yo ya no soy tan joven...

El viajero, al día siguiente, cuando, otra vez en el camino, piensa en lo que ya pasó, cierra los ojos un momento para sentir la marcha del corazón.

Un buey rubio y viejo, de largos cuernos y cara afilada, como un caballero toledano, bebe, no más que acariciando el agua con el morro cano, en el pilón de una fuente fecunda, en el pilón de una fuente que hay al lado mismo del lavadero. Cuando termina de beber levanta la cabeza y pasa, humilde y sabio, por detrás de las mujeres. Diríase un eunuco leal, aburrido y discreto, guardador de un harén bullicioso como el levantarse de la mañana. El viajero sigue, con la mirada llena de perplejidad, el lento, resignado andar del animal. El viajero, a veces, se queda parado ante las cosas mas inexplicables.

Dos perros se aman a pleno sol, tercamente, violentamente, descaradamente. Una clueca pasa, rodeada de polluelos amarillos como la mies. Un macho cabrío asoma, erguida la cabeza, profundo el mirar, orgullosa y desafiadora la cuerna, por una bocacalle. El viajero mira, por

ultima vez, para las lavanderas, se levanta y se va. El viajero es un hombre con una vida tejida de renunciaciones.

El viajero baja por unas callejas y se fuma un pitillo, a la puerta de una casa, con un viejo.

Parece hermoso el pueblo.

—No es malo. Cuando había que verlo era antes de la aviación.

Las gentes de Brihuega hablan de antes y después de la aviación como los cristianos hablan de antes y después del diluvio.

—Ahora no es ni sombra de lo que fue.

El viejo está pensativo, elegiaco. El viajero mira para los guijos del suelo y deja caer las palabras con pausa, como distraídamente.

—Y de guapas chicas, según veo.

—¡Bah! No haga caso; no valen un real. ¡Si hubiera usted conocido a las madres!

El viejo, que tiene la cabeza temblona, da un suspiro y cambia la conversación.

—Aquí fue donde empezaron a correr los italianos, ¿no sabe usted?

—Sí, ya sé.

—¡Fue buena aquélla!

El viejo se levanta y entra en la casa. Vuelve al poco rato, torpemente apoyado en su bastón.

—Usted sabrá dispensar; fui a ver cómo iba la olla.

El viejo se sienta de nuevo y apoya una mano en la mejilla.

—A mis años ya no se sirve para nada, ya no valemos más que para mirar por la olla. Yo soy ya una ruina, ¡pero si usted me hubiera visto de mozo!

El viajero piensa que a su amigo el viejo le pasa como a Brihuega —que antes, ¡había que verla!—, y como a todo el mundo y a todas las cosas. El viajero, que hoy prefiere no entristecerse, se levanta, se despide del viejo y tira hacia adelante, por la cuesta abajo. Pasa unos soportales —vigas de madera, como columnas, y un adoquín de piedra, de base— y llega hasta un tenducho abigarrado, vario, tentador, que parece puesto por el Patronato del Turismo.

El dueño es un viejo zorro, bizco, retaco, maleado, que sabe muy bien dónde le aprieta el zapato. Habla de todo y sobre todo y se las da de poeta y hombre cultivado.

—Sea usted bienvenido a la casa Portillo.

—Muchas gracias.

—La casa Portillo es una casa muy seria.

—No lo dudo.

El hombre habla con grandes aspavientos, dando gritos, arrugando la cara, levantando los brazos.

—Yo soy el célebre cicerone que enseña la población.

—Muy bien.

—Aquí son todos muy ignorantes, no saben distinguir.

—Hombre, habrá de todo.

—No, señor; no hay de nada. Aquí son todos muy ignorantes, no saben distinguir.

—Bueno, bueno.

—Mi nombre es Julio Vacas, aunque me llaman Portillo. En este pueblo cada hijo de vecino tiene su apodo, aquí no se libra nadie. Aquí tenemos un Capazorras, un Tamarón y un Quemado. Aquí hay un Chapitel, un Costelero, un Pincha y un Caganidos. Aquí hay un Monafrita y un Cabezón, un Mahoma y un Padre Eterno, un Caldo y Agua y un Caracuesta, un Chil y Huevo y un Cabrito Ahumado, un Fraysevino, un Insurrecto, un Píoloco y un Mancobolo, un Taconeo, un Futiqui y un Pilatos; aquí, señor mío, no nos privamos de nada.

—Ya veo, ya.

—Y a todos juntos nos dicen bufones y borrachos los de los pueblos de al lado.

El hombre dice sus frases muy de prisa, como si recitara una lección de memoria, parando sólo un instante para respirar y reírse con una risita de conejo. El hombre sabe que tiene que colocar sus

Palabras, sea como sea, y no le importa nada que rengan o no a cuento.

—Pero, ¿sabe usted lo que le digo?, pues le digo que eso es la vida.

El hombre sonrío, se echa un paso atrás y toma un ademán muy estudiado de actor dramático:

*En esta choza modesta  
verá usted todas las cosas:  
desde el zapato y la cesta  
hasta la loza más hermosa,*

Julio Vacas está radiante de gozo, se le ve en la cara. Verdaderamente, el aguante del viajero es algo que no debe encontrar todos los días.

—¿Le gusta este verso?

—Sí, ya lo creo; es muy bonito.

—Pues lo hice yo sin ayuda de nadie. Sé más; hice también más versos.

—¿Sí?

—Sí, señor, ¿o cree usted que soy un ignorante?

—¿Yo? ¡Dios me libre!

El hombre vuelve a sonreír.

—Pues sí, señor, hice más, muchos más; los tengo todos apuntados. Sin orden no se va a ningún lado, ¿verdad usted?

—Claro.

—Pues escuche éste dedicado a la Santísima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

—A ver.

Portillo volvió a transfigurarse.

*Brihuega es dichosa  
desde que encontró  
y a su morenita  
un templo le alzó.*

El viajero va a decir algo, pero el chamarilero le interrumpe con el ademán, como indicando; Espere un poco, sólo un momento. Levanta otra vez los brazos, y se arranca diciendo:

Tres monumentos existen en esta gran población:

Nuestra Virgen, San Felipe y puerta del Cozagón.  
Cuando termina, se rasca violentamente la cabeza.

—¿Eh?

—Ya, ya.

El viajero entra en la tienda con Julio Vacas detrás. En la tienda hay de todo, parece la tienda de un moro: quinqués de porcelana, escupideras de loza, tinteros de cristal, duros de plata, cuadros, libros, arneses de caballería, candiles de bronce, pieles de carnero, plumas de pavo real, hermosas fuentes lañadas, chaquetas viejas, una colección de sellos argentinos, dos paquetes de medio kilo cada uno de marcos alemanes de la guerra del 14, Julio Vacas, alias Portillo, habla con el viajero.

—¿Es usted aficionado a leer?

—Sí; a veces leo algo.

—Pues le voy a regalar a usted dos libros que tengo en mucha estima. Son muy antiguos, son dos libros de sabios. Por ellos no quiero nada: haz bien y no mires a quién. Se los voy a regalar. Son dos libros para la salud; está usted muy blanco.

El viajero, mientras el trapero busca los libros, se entretiene mirando para las paredes.

—Aquí están.

—Pues muchas gracias.

El viajero busca dos pesetas en el bolsillo.

—No; yo estas cosas no las cobro.

—Perdón, estas dos pesetas no son por los libros, ya sé que valen más, estas dos pesetas son un obsequio.

—Ese ya es otro cantar.

Julio Vacas se guarda sus dos pesetas y el viajero hojea los libros. Uno se titula Tratado práctico de la gota, y está fechado en Alcalá, en 1791, en la Oficina de la Real Universidad. Fue escrito en lengua francesa por M. Coste, consejero y médico más antiguo de los Guardias de S. M. el Rey de Prusia; la traducción al castellano es de don Ramón Tomé, profesor de Cirugía en la Corte, quien le añadió un Tratado de Aguas Minerales. El otro se llama La Medicina Curativa o la Purgación, y está escrito por M. Le Roy, cirujano consultor de París. La portada lleva dos versitos que dicen: Lleva el médico consigo, quien me lleva en el bolsillo. El libro está fechado en Valencia, en 1828, en la Oficina de José Ferrer de Orga, y lleva un retrato del autor, con media orla en letra inglesa que dice: M. Le Roy, Propagador de la Medicina Curativa.

—¿Qué, le gustan los libritos?

—Sí; parecen interesantes.

—Pues ahí los tenía, esperando encontrarme con alguien que se mereciese llevárselos. Déjemelos, que se los voy a firmar.

El viajero mira para Julio Vacas y Julio Vacas enseña unos dientecllos afilados, verdes, diminutos, mientras firma los libros con todo cuidado. Julio Vacas ha estado sonriendo.

—Yo he enseñado la villa a todos los visitantes ilustres.

—¿Y vienen muchos?

—Sí, señor. Y muy importantes. Hace ya años, antes de la aviación, yo anduve enseñándole el pueblo al rey de Francia.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, señor, ¡como lo oye! Fue en un viaje que hizo de incógnito, de riguroso incógnito. ¡No se enteró ni Dios!

Julio Vacas baja la voz, enarca las cejas y habla al oído del viajero.

—Fue cuando eligieron a don Niceto Alcalá Zamora. Le voy a decir una cosa que quizá no sepa, algo que ha trascendido muy poco. Usted lo sabe, pero como si nada, ¿eh?

—Bueno.

—Pues que él y don Niceto eran primos.

—¡Caramba!

—Sí, señor. Y claro, como don Niceto era republicano, pues él, por eso del qué dirán, tuvo que hacer el viaje de incógnito. Todo esto lo sé de muy buena tinta.

Julio Vacas vuelve a levantar la voz después de hacer un guiño al viajero.

—Era un hombre con el que daba gusto hablar; un hombre muy listo, alto, bien vestido. En seguida se echaba de ver que era un rey del extranjero.

—Ya, ya...

—Y cuando se marchó, me dijo; Portillo, toma para que agarres una borrachera a mi salud. Y fue y me dio dos duros. ¡La que cogí fue de pronóstico, se lo juro!

—¡Ya lo creo!

—A él no había más que verlo para conocer que era un hombre de posibles.

Julio Vacas entorna los ojos, como recordando.

—Cuando le dije aquello de Nuestra Virgen, San Felipe y puerta del Cozagón, se echó mano a la cartera y me largó otra peseta.

El viajero piensa que no debe competir con el rey de Francia. Julio Vacas, que ignora el pensamiento del viajero, sigue perorando.

*Una vieja se comió  
ciento y pico de sardinas,  
y toda la noche estuvo  
del recto sacando espinas.*

—¿Eso también se lo dijo al rey de Francia?

—No, señor; eso no, eso lo inventé después.

—¿Eso lo inventó usted?

—Sí, señor, se lo juro. Se ha difundido mucho y con la velocidad de la luz, pero el primitivo inventor fue este humilde servidor de usted.

Julio Vacas dice las últimas palabras mirando para el suelo.

—Pues fue lástima que no se lo dijese, porque a lo mejor le daba a usted otra peseta.

—Lo más seguro...

Portillo cambió el tono de voz, como queriendo enlazar con algo que quedaba atrás.

—Oiga, ¿se ha fijado usted que en el verso digo recto?

—Sí, sí; ya me di cuenta.

El chamarilero se queda pensativo y habla como consigo mismo, olvidadamente.



—¡Qué buen recuerdo guardo de don Luis!

—¿Se llamaba don Luis?

—Sí, señor: don Luis Capeto.

Después, con las manos en los bolsillos del pantalón y los hombros levantados, pregunta, mientras pasea.

—¿Sabe usted algo de lo que habrá sido de él?

—No, ni una palabra; yo me entero poco de lo que pasa en Francia.

—A mí me pasa lo mismo...

Julio Vacas se asoma a la puerta y mira para la calle.

—¡Qué gran caballero! ¡No parecía francés!

Julio Vacas, que tiene cierto vago aire de instigador de guerrillas, se coge la frente con las dos manos, como un tenor de ópera. Su figura tiene una ridiculez que impresiona, una ridiculez que llena de pavor.

—¡Qué gran figura de la historia!

Julio Vacas mira de reojo, disimuladamente, para el viajero. El viajero ni se mueve al oír lo de la figura de la historia.

El chamarilero vuelve a su sonrisa.

—En fin, ¡pelillos a la mar! ¡Ante la parca, todos somos lo mismo!

—Verdaderamente.

—Hablemos de otra cosa. ¿Ha visto usted ya el jardín de la fábrica?

—No; aún no lo he visto.

—Pues no lo deje. Algo soberano, ya verá usted.

El viajero se despide de Julio Vacas, alias Portillo, mano sobre mano, ante dos vasos de vino, en una taberna. Julio Vacas había gritado al salir, con un vozarrón retumbador como un trueno.

—¡María! ¡María!

Y al asomar María por una calleja, le había advertido:

—Echa un ojo por el negocio, que yo me voy un rato con este señor.

El viajero, ya en la taberna, trató de disuadir a Julio Vacas.

—Muchas gracias, pero no se moleste. Al jardín puedo ir muy bien solo. Yo soy, a veces, ¿cómo le diría?, un hombre un poco solitario.

Julio Vacas se quedó con la vista clavada en el mostrador, y con una voz triste, opaca, llena de amargura, se limitó a decir muy quedo.

—Como guste.

El viajero que, como siempre, se enteró tarde de que fue cruel, le dio otras dos pesetas. Julio Vacas las guardó, casi sin moverse.

—Muchas gracias.

—De nada. Yo no soy el rey de Francia.

Julio Vacas, con el vaso de vino blanco en la mano, dejó caer las palabras.

—Es que como aquél, siempre lo digo, hay pocos.

El viajero sigue su camino con Julio Vacas haciéndole piruetas en el recuerdo.

*Portillo, chamarilero  
de Brihuega, campeón  
del buen decir, corazón  
de oro en cuerpo de dinero  
escaso, leal cicerón  
y amigo del rey de Francia.*

*(La memoria, una fragancia  
tras dos ojos de ratón.)  
Sobre el cuenco de latón  
recuentas la calderilla  
—de la abundancia, semilla—  
y una furtiva ladilla,  
de puro flaca, amarilla,  
te pica en el esternón.  
¡Si se entera el rey de Francia,  
el de las flores de lis!  
¡Ay, si lo sabe don Luís!*

Sentada en un banquillo de tabla, a la sombra de los soportales, una vieja de lentes hace media. A su lado un niño llora desconsoladamente y da patadas en el suelo. Parece que acaba de recibir una gran paliza.

—¿Qué le pasa?

—Nada; que tiene calor.

Un viejo come sardinas ahumadas y un trozo de pan. Está sentado al pie de una columna, con un burro al lado. El burro es también viejo, con el pelo gris, los ojos tristes y meditados. Tiene una sangrante matadura, comida de moscas, en el cuello peludo, y el espinazo, bajo la albarda, se le adivina doblado ya por los años. El viejo levanta la cabeza al ver pasar al viajero. El viajero le saluda.

—Buenas tardes.

—Nos las dé Dios.

El viejo tiene el pelo blanco y los ojos azules y brilladores. Va derrotado, con las carnes pobre y escasamente cubiertas, pero sin aire de mendigo.

El viajero piensa en estos pobres que no van caracterizados de mendigos, en estos pobres de los que podría decirse que todos son altos señores caídos, orgullosos y resignados como héroes en desgracia.

*¡Mozas de Torrebeleña,  
mozas de Fuencemillán!  
Un hidalgo derrotado  
se muere buscando pan.  
Tiene los ojos azules,  
muy antiguo el ademán,  
y camina los caminos  
con aires de capitán.  
Mira como una paloma,  
también como el gavilán,  
y es dulce con quienes piden  
y altivo con quienes dan.  
Por el cielo, un avefría  
se escapa del alcotán,  
¡Mozas de Torrebeleña,  
mozas de Fuencemillán!*

El viajero siente curiosidad ante el viejo del burro. El viajero no está acostumbrado a los mendigos de ojos azules y vieja cabalgadura, a los

errabundos mendigos que andan de un lado para otro, sin cansarse jamás, y que hoy comen sardinas ahumadas en Brihuega; ayer, a lo mejor, ayunaron en un robledal o se almorzaron con cecina o sopas de ajo en Villaviciosa o en Valdesaz, y que mañana, como los pájaros del cielo, confían en que Dios proveerá.

—¿Va usted de camino?

—Sí, señor.

—¿Muy lejos?

—¡Psche! Según como lo quiera mirar; no llevo prisa.

El viejo se pone una mano en la frente para hablar con el viajero.

—¿Usted también?

—Sí, también. Esta noche saldré.

—Dios mediante...

—Eso, Dios mediante.

Al jardín de la fábrica se llega, rodeado de altas tapias de bardas erizadas, por una calleja pina, luminosa, desierta. El viajero entra y un perro le ladra. Un hombre sale.

—¿Quería ver los jardines?

Parece un hombre acostumbrado a enseñar la casa; la pregunta debió de hacerla muchas veces ya, a lo largo de su vida. Dice los jardines en vez del jardín, que siempre hace más ordinario, y cede el paso al viajero cada vez que cruzan un umbral. La fábrica no fabrica nada. En otro tiempo, según el viajero cree haber entendido, fabricaba paños. En una nave grande, vacía, duerme una limusina cubierta de polvo y telarañas. El viajero y el guarda cruzan un patio cuadrado, enlosado, conventual, con zarzales y ortigas en los rincones, y un pilón de agua verde que suelta burbujitas. El pilón está rodeado de lirios. Unas palomas pican por el suelo. A la salida del patio, en un prado con barandilla, en un prado que cae, como un balcón, sobre la ciudad, pastan, a la sombra de unos frutales, dos vacas suizas. Tienen los cortos cuernos romos y la mirada perdida, estúpida, imprecisa.

Del patio se pasa al jardín por una puertecilla. El jardín es deslumbrador. Tenía razón Julio Vacas, es un jardín soberano. El guarda muestra con mimo su jardín.

—Este es el invernadero, pase usted.

El viajero no pasa, a los invernaderos les tiene cierta prevención.

—Y ahora con tanta agua, no se pueden tener limpios los caminos, por todas partes crece la yerba.

El guarda ignora que el jardín tiene mayor encanto con algo de yerba creciéndole por los senderos.

—Mire usted qué laurel más hermoso.

El jardín de la fábrica es un jardín romántico, un jardín para morir, en la adolescencia, de amor, de desesperación, de tisis y de nostalgia. Al lado del gracioso almendro, que parece una señorita muerta, crece el ciprés solemne, que semeja un penitente vivo. Tras los podados, recortados bojés, florecen las paganas rosas de Jericó. Frente al mirto perenne, palidece la montaraz madreselva. El viajero pasea entre los rododendros y, sin poderlo evitar, se le llena la mente de tiernos, insalubres versos de Shelley: el vino, la miel, un capullo lunar, la zarzarrosa...

*Alto mirador*

*de boj vestido,  
mirador alto  
vestido de boj.  
Silba en el ciprés  
el mirlo herido,  
en el ciprés silba,  
herido de amor,  
aroma la rosa  
de Jericó,  
un aire diáfano  
de roja color.  
Temblorosa sube  
gentil zarzarrosa.  
Sube temblorosa  
zarzarrosa gentil.  
Recortado mirto  
y azucena ociosa.  
Mirto recortado  
con figuras mil.*

—No, mejor será que no.

El viajero se pasa una mano por la frente y se frota los ojos.

—En este estanque, antes de la aviación, siempre había peces de colores.

El viajero no escucha. Se asoma al alto mirador, con su guirnalda de rosas de té, y mira para el valle. Al fondo corre el Tajuña y, a sus orillas, el camino que el viajero andará a la caída del sol, aguas arriba, detrás de Masegoso, o aguas abajo, detrás de la carretera de Budia.

## V DEL TAJUÑA AL CIFUENTES

El viajero, a la caída de la tarde, baja hasta el río. A la izquierda, Tajuña arriba, va el camino de Masegoso y de Cifuentes; a la derecha, Tajuña abajo, el de Archilla o el de Budía. El viajero está indeciso y se sienta en la cuneta, de espaldas al pueblo, de cara al río, a esperar el momento de la decisión. Recostado sobre la mochila, está cómodo y descansado. La mochila le coge justo la espalda, hasta los riñones, y le hace un respaldo alto, acogedor, un poco duro quizás.

Por poniente cruzan, lentas, alargadas, como culebrillas, unas nubecitas rojas, de bordes precisos, bien dibujados. Dicen que las nubes de color de fuego, a la puesta del sol, presagian calor para el día siguiente. El río corre rumoroso, rápido, por la vega, y a su orilla silban los pajaritos de la tarde, croan las últimas ranas de la tarde. Se está fresco, sentado al borde de la carretera, a la sombra de un olmo. después de un día caluroso en el que se han caminado algunas leguas y se ha pateado, de un lado para el otro, un pueblo grande y recién descubierto. Cruza, con su vuelo cortado, un caballito del diablo. Pasan dos chicas jóvenes subidas en un burro manso, castrado, que anda despacio, con la cabeza inclinada hacia adelante. Van muy juntas, riéndose a carcajadas, con el pelo adornado con amapolas. Algún campesino que se ha pasado el día trabajando la tierra —cavando las judías, escardando el cebollino, regando las lechugas— vuelve, camino de Brihuega, con la azada al hombro, la tez curtida por el sol y el aire, la noble, antigua frente, sudorosa. Ante el viajero, al borde del río, una mujer corta juncos con un cuchillo. La mujer llegó con una niña pequeña de la mano. La niña va descalza, con los brazos al aire y lleva un lazo morado, grande como un murciélago, sobre la despeinada cabeza rubia. Al llegar a la orilla, mientras la madre apila las varitas de junco, la niña corta lirios en silencio. Llega a tener un montón tan grande como ella misma, un montón con el que no podrá cargar. Zumban los enjambres dentro de las colmenas, en el colmenar que hay a diez pasos del viajero, y el campo huele con un olor profundo, penetrante, distante, casi hiriente.

Al viajero le pesan los párpados. Quizás, incluso, haya dormido algún instante, con un sueño ligero, sin darse cuenta. Está inmóvil, a gusto, sin sentir las piernas, en la misma postura que tomó al sentarse. No hace ni frío ni calor.

Un perrillo de rastrear conejos pasa por la cuneta. El viajero enciende un puro que compró en Guadalajara. El humo sube despacio, derecho, formando, a veces, tenues volutas azules. Un gato rubio mira al viajero desde un árbol. No se mueve una brizna de aire.

Por la cuesta abajo viene, con calma, distraídamente, un hombre que camina detrás de un burro. El hombre anda como un caballero en derrota. Lleva la cabeza erguida y el mirar vago, como perdido. Tiene los ojos azules. El burro es un burro viejo, con el pelo gris y el espinazo en arco. Fijándose bien, podría vérsese una sangrante matadura, negra de moscas, en el cuello afelpado.

Al viajero le da un salto el corazón en el pecho. Al acercarse el viejo, le grita:

—¡Eh!

Y el viejo, que lo ha reconocido, para el burro con la voz.

—¡So, Gorrión!

El burro se para y el viejo se sienta al lado del viajero.

—Buena tarde quedó.

—¡Ya, ya!

El viajero ofrece su petaca al viejo.

—¿Un cigarro?

—Eso nunca se desprecia.

El viejo lía un pitillo grueso, abundante, un pitillo de amigo, que envuelve parsimoniosamente, como recreándose. Está callado unos momentos y, mientras apaga con los dedos la larga mecha color naranja, pregunta, casi indeciso:

—¿Va usted a Cifuentes?

—No sé; no acababa de echar a andar. ¿Usted, sí?

—Sí, allá me acercaré. Cifuentes es un pueblo bueno, un pueblo con mucha riqueza.

—Eso me han dicho.

—Pues es la verdad. ¿Usted no ha estado en Cifuentes?

—No; no he estado nunca.

—Pues véngase conmigo; son buena gente para los que andamos siempre dando vueltas.

El viejo pronunció sus palabras mirando vagamente para el horizonte.

—¡Buen tabaco!

—Sí; cuando se tienen ganas de fumar, no es malo.

Los dos amigos echan un trago de la cantimplora, y se levantan. El burro Gorrión lleva la mochila del viajero. Caminan hasta la noche, poco ya, comen un bocado y buscan, con las últimas temblonas luces de la tarde, un sitio para dormir.

Sobre la yerba, al pie de las tapias de adobe de una harinera —la manta gris de algodón del viajero, debajo, la gruesa manta de lana a cuadros del viejo, por encima— los amigos se echan boca arriba, hombro con hombro, con la boina puesta y las cabezas reclinadas sobre el morral y la alforja. El viejo tiene un olor que alimenta, un olor tibio, pastoso, que hace propicio el sueño. El burro Gorrión, con las manos trabadas con una correa, está inmóvil, igual que muerto, indiferente, como una estatua perdida entre las sombras de un jardín.

*Duérmete, burrillo manso,  
que ya es la hora.*

*Ya te has comido la flor  
de la amapola,*

*Ya has bebido en el restañ  
del agua sola.*

*Duérmete, burrillo manso,  
que ya es la hora.*

Cantan los grillos y un perro ladra sin ira, prolongadamente, desgadamente, como cumpliendo un mandato ya viejo. Por la carretera pasa un carrito tirado por una mula ligera que va al trote, haciendo sonar las

campanillas. Se oye, distante, la aburrida esquila de una vaca mansa. Un sapo silba desde la barbechera, al otro lado del camino.

El viajero se duerme como un tronco hasta la madrugada, cuando cantan los gallos por segunda vez y el viejo le despierta pasándole unas yerbas por la cara.

—Ave María.

—Sin pecado concebida.

—¿Andamos?

—Bueno.

El viejo se levanta y estira los brazos. Dobla la manta con cuidado, la carga sobre el burro y bosteza.

—Yo siempre ando después de las doce, cuando canta el gallo. Parece que se va mejor, ¿no cree usted? Yo digo que la mañana se ha hecho para andar, la tarde para mirar y la noche para dormir.

—Sí, eso pienso yo.

Es aún la noche oscura. Hace fresquito y se camina bien.

—Y si hemos dormido una noche bajo la misma manta, cambiando los calores, es que ya somos amigos, ¿no le parece?

El viejo se para, cuando añade:

—Vamos, ¡digo yo!

El viajero piensa que sí, pero no responde.

—Porque, ¿usted sabe de fijo cuándo nos vamos a separar?

—No.

Los amigos comen, mientras marchan, un bocado de pan y de chorizo. El viajero va en silencio, oyendo al viejo, que canta, en voz baja, un aire alegre y despreocupado que empezaba: Mozas de Torrebeleña, mozas de Fuencemillán. El burro Gorrión va unos pasos delante, suelto, moviendo las orejas a compás. A veces se para y arranca con sus dientes inmensos un cardo o una amapola de la cuneta.

El viajero y el viejo hablan del burro.

—Para bestia es ya tan viejo como yo para hombre. Pero sólo Dios sabe quién ha de morir antes.

En la oscuridad, con la manta por los hombros, el viejo filosofa, con la voz ligeramente velada y el aire fantasmal.

—Y siempre va suelto, ya lo ve usted, y unos pasos delante.

El viejo aprieta un brazo del viajero.

—Y la noche que me quede, igual que un perro, tirado en el camino, le diré con las fuerzas que aún me resten: ¡Arre, Gorrión!, y Gorrión seguirá andando hasta que el día venga y alguien se lo tope. A lo mejor todavía dura cuatro o cinco años más.

El viejo se calla un instante y cambia la voz, que ahora tiene unos agudos extraños.

—En la albarda lleva cosido un papel que dice: Cógeme, que mi amo ha muerto. Me lo escribió con letra redondilla el boticario de Tenebrón, cerca de Ciudad Rodrigo, dos años antes de la guerra.

Se callan otro rato y el viejo suelta una carcajada.

—Echemos un traguito, que por ahora aún estoy muy duro, aún nadie ha de leer la letra del boticario.

—¡Que sea verdad!

—Y usted que lo vea.

Un perro sale gruñendo de unas huertas. El viejo le tira unas piedras y el perro huye. Tenía la cabeza gorda y llevaba una carlanca de clavos sobre la que sonó, fuerte como una herradura sobre el empedrado, uno de los cantazos del viejo.

—Ahí queda Barriopedro, a la orilla de ese arroyo. A veces trae algo de agua; ahora vendrá bien, lo más seguro. Nace en unos terrenos que llaman del Villar.

Poco más adelante, cerca de la carretera, queda Valderrebollo.

—De aquí sale un camino que lleva a Olmeda del Extremo.

Está amaneciendo. El cielo se aclara sobre unas lomas secas, de color tierra, casi rojizo, que quedan por detrás de Valderrebollo.

—A esas les dicen las Morras.

Los amigos llevan andando ya un largo rato —un largo rato de tres o cuatro horas— cuando cruzan por Masegoso.

—Por mí nos quedamos, yo no tengo prisa.

—¿Se cansa?

—No, yo no. Si quiere, nos llegamos hasta Cifuentes.

Masegoso es un pueblo grande, polvoriento, de color plata con algunos reflejos de oro a la luz de la mañana, con un cruce de carreteras. Los hombres van camino del campo, con la yunta de mulas delante y el perrillo detrás. Algunas mujeres, con el azadillo a rastras, van a trabajar a las huertas.

El burro Gorrión, el viejo y el viajero cruzan el puente sobre el Tajuña. Un pescador pasea por la orilla del río. El pueblo queda a un lado, con el sol por detrás.

Los amigos, a eso de las ocho y media o nueve, hacen un alto, a la vista ya de Moranchel. Moranchel queda a la izquierda del camino de Cifuentes, a dos centenares de pasos de la carretera. Es un pueblo pardo, no hecho para estar rodeado de campos verdes. El viejo se sienta en la cuneta y el viajero se acuesta de espaldas y se queda mirando para unas nubecillas, gráciles como palomitas, que flotan en el cielo. Una cigüeña pasa, no muy alta, con una culebra en el pico. Unas perdices se levantan de un tomillar. Un pastorcito adolescente y una cabra pecan, con uno de los pecados más antiguos, a la sombra de un espino florecido de aromáticas florecitas blancas como la flor del azahar.

Tumbado boca arriba, el viajero se duerme al sol pensando en el Viejo Testamento.

Pasa un camión estruendoso, sucio, deforme, que levanta una nube de polvo. El viejo, cuando el viajero se pone en pie, está cosiendo un botón de la chaqueta.

Al mediodía los amigos entran en Cifuentes, un pueblo hermoso, alegre, con mucha agua, con mujeres de ojos negros y profundos, con comercios bien surtidos que venden camas niqueladas, juegos de licorera y seis copas con bandeja de espejo, y cromos saludables, gozosos, de cien colores, que representan La Sagrada Cena o un molino del Tirol rodeado de altas cumbres nevadas.

Atrás se ha quedado el cerro de la Horca, un altozano que termina en una meseta lisa como un plato. Según le explican al viajero, antiguamente; cuando para entretener a las gentes sencillas, que lo que piden es un poco



de sangre, aún no se habían inventado las corridas de toros, se usaba la mesetilla del cerro de la Horca para ajusticiar a los condenados a muerte. El viajero piensa que el sitio no está mal elegido; sin duda alguna el cerro de la Horca tiene una hermosa perspectiva. El viajero piensa también que es lástima que en el cerro de la Horca no se levante la fiera silueta del rollo; hubiera hecho muy hermoso.

A la entrada del pueblo, cerca del río, está la albardería del Rata, un taller pequeño, abigarrado, lleno de encanto; un taller medieval, optimista y abierto a todos los vientos como un mercado. El Rata se llama Félix Marco Laina. El Rata es un hombre de talento, un hombre que supo aprovechar un apodo, exprimirlo como un limón. En su tienda, rodeado de bastas, de enjalmas y de aceruelos, el Rata es un cónsul de la Alcarria y su casa un registro general del ir y venir de las gentes. Las gentes, tarde o temprano, siempre acaban pasando por la albardería del Rata en busca de una cincha o un lomillo, detrás de un ataharre, en pos de un debajero o una cangalla.

El viajero regala una carona de almohadilla al burro Gorrión, y el burro Gorrión mueve el rabo, nervioso como un niño, mientras lo visten.

Los amigos tiran por la vega, en sentido contrario del pueblo. Van a comer y echarse, después, un ratito de siesta en la fuente del Piojo, que tiene un agua clara, muy fresca, famosa en la comarca.

Entre la fuente del Piojo y el río verdean las huertas. Por encima de la carretera de Gárgoles se ven los muros de un castillo en ruinas. El viejo no sabe de quién fue el castillo. Una mujer que pasa, tampoco lo sabe.

—Ahora es de una señora marquesa.

El viajero, a las tres de la tarde, vuelve sobre sus pasos y entra en Cifuentes, donde tiene un amigo al que quiere visitar. El viejo se queda en la fuente del Piojo, haciendo la digestión a la sombra.

—Luego nos vemos.

—Bueno.

El amigo que el viajero tiene en el pueblo se llama Arbeteta. Arbeteta es un hidalgo recio, cincuentón, ya sesentón quizás, fornido, lleno de salud, con media docena de hijos más que mozos y una casa con tres balcones franceses, airosos como plateas de un teatro de ópera.

—Cifuentes es la capital de la Alcarria. La Alcarria se distingue por la miel, y donde más miel se da es en el partido de Cifuentes, en Huéter, en Ruguilla, en Oter y en Carrascosa.

El amigo del viajero habla con orgullo de Cifuentes. Mientras pasean por el pueblo, le va explicando su antigüedad. El viajero aprende que el castillo lo hizo don Juan Manuel y la iglesia una querida de Alfonso el Sabio que se llamaba doña Mayor. El viajero recuerda, vagamente, que en un libro que leyó, hace años, llamaban a don Juan Manuel turbulento y pendenciero. De doña Mayor, el viajero no había oído hablar en su vida.

En el pueblo hay muchas puertas con herrajes bonitos, muy artísticos, con aldabones y picaportes de hierro negro, con ojos de cerradura que forman dibujos: un corazón, un trébol, una flor de lis, un arabesco.

El río Cifuentes nace debajo mismo de las casas. Nada más nacer mueve un molino; el pueblo está levantado sobre un manantial. El Cifuentes es un río precoz, de poco tamaño y mucha agua, que va a caer al Tajo en Trillo; no tiene mucho más de dos leguas de curso, pero va lleno de agua; más lleno, sin duda, que muchos ríos más largos. En el corto camino que corre, el

Cifuentes va de cascada en cascada: salta lo menos medio centenar de veces por encima de las piedras.

En la balsa del molino, se baña una bandada de patos domésticos, graciosos, que tienen una plumita arqueada y brillante en la cola, una plumita de color gris con reflejos verdes y azules y colorados. Algunos patos duermen en la orilla, unos de pie y otros echados, con la cabeza escondida en el ala. Otros pasean graznando y moviéndose para los lados, como marineros. El viajero se asoma al pretil del puente, a vara y media del agua, y les echa unas migas de pan. Los patos acuden, presurosos, batiendo las alas sobre el agua. Los patos de la orilla, los patos que dormían, se despiertan, se esponjan, miran un instante y se echan también a nadar.

Arbeteta va contando al viajero, mientras vagan por el pueblo de un lado para otro, la leyenda de la fuente del Oro, al pie del cerro de San Cristóbal, en el camino de Ruguilla. Es una historia muy literaria, demasiado literaria, quizás, de moros y de cristianos, de pepitas de oro grandes como cerezas y de princesas vírgenes, bellas, blancas y misteriosas como la luna. La historia tiene un hermoso sabor de fábula, y el viajero piensa, en contra de su costumbre, en los juglares de la Edad Media, que tocaban el laúd en el patio de las Damas, en cada castillo, y eran azotados hasta la sangre, en el patio de los Caballeros, cuando desafinaban.

Un niño enfermo lee, sentado al sol, los cuentos de Andersen en un libro hermoso, encuadernado en cartón. Cuando pasa el viajero, levanta la cabeza y mira. Es un niño moreno, de pelo rizo, con los ojos oscuros, la tez pálida y la sonrisa elegante, prematuramente amarga. Está baldado de cintura abajo, sentado siempre en su silloncito de mimbre. El viajero le dice que qué tal está y el niño le responde que bien, muchas gracias, que tomando un poco el sol. La madre sale a la puerta. El viajero pide agua y la madre del niño enfermo le invita a pasar y le ofrece un vaso de vino. Después le explica que el niño se llama Paquito; que nació muy bien, muy lucido, pero que pronto se torció, que tiene parálisis infantil, y que algunas noches, cuando lo meten en la cama, se le oye llorar en voz baja, durante mucho tiempo, hasta que se duerme. Le explica también que ella procura llevarlo lo mejor posible, pensando que es una cruz que el Señor le envió.

—Otros dos tuvimos y los dos murieron, ya mayorcitos. Mi marido dice que qué pecado habremos hecho.

La mujer tiene los ojos tristes. Se queda mirando fijo para la pared, y añade:

—Después de todo, ésta es la que me ha tocado.

Al llegar a la plaza, el viajero ve a su amigo el viejo, con el burro Gorrión al lado.

—Le estaba esperando.

—¿Sí?

—Sí, señor; quería despedirme.

—Pero, ¿adonde se va usted?

—No me voy, me quedo. Me ha salido una chapuza y me quedaré hasta que termine, tres o cuatro días. Usted, me figuro que seguirá andando.

El viajero está un momento indeciso.

—Sí, yo seguiré andando; a mí no me ha salido ninguna chapuza.

El viejo habla fingiéndose distraído, mirando para la cabeza de Gorrión, como para quitarle importancia a sus palabras.

—Poco es, pero, si usted quiere, la mitad es suya.  
—No, se lo agradezco igual, no están los tiempos para repartir.  
—Como guste.

El viejo y el viajero se miran.

—¿Hacia dónde va a tirar?

—Había pensado bajar a Trillo.

El viejo y el viajero se dan la mano y se dicen adiós.

—A ver si nos vemos.

—Será lo que Dios quiera.

—Y si no nos vemos...

—Si no nos vemos, que haya suerte.

El viejo, que se había levantando, se sienta de nuevo mientras el viajero sube, ¿por qué no decirlo, un poco pesaroso, por una calleja por donde van dos mujeres con sus cantarillos al brazo.

El amigo de Cifuentes le pregunta al viajero:

—¿Quién es éste?

Y el viajero le responde:

—Una antiguo amigo mío, buena persona. Se llama Jesús, es de la parte de Belmente, de un pueblo que dicen Villaescusa, y anda a lo que vaya saliendo, como ahora ando yo.

En la parroquia del Salvador hay un pulpito de jaspe, o de alabastro, que debe valer un dínaral; es un pulpito de mucho mérito. Tiene unas esculturas muy cuidadosamente esculpidas y lo remata, por abajo, una cabeza con dos caras, como la de Jano, sólo que de hombre y mujer. El cura le cuenta al viajero la última historia del pulpito.

—Después de la guerra me costó mucho trabajo encontrarlo. Fue a aparecer en Madrid, en un museo. Al principio no querían dármele, querían darme otro en vez. Un día me fui con un vecino que tiene una camioneta, me planté a la puerta del museo y les dije: Venga ese pulpito, que es mío. Lo cargué en la camioneta y ahí lo tiene usted.

El cura es un cura valiente, decidido, un cura simpático y trabajador que está orgulloso de su pulpito y, en cuanto lo encontró, se lo trajo y en paz.

La iglesia tiene una puerta que da a un patio con un emparrado y algunos árboles. El patio da también a la casa del cura.

—Así estoy mejor. ¿Que quiero tomar un poco el fresco? Pues me doy un paseo por aquí y no tengo que salir a la calle más que en caso de necesidad.

La casa del cura es limpia, clara, con los suelos de tabla bien fregada y las paredes pintadas de cal. El cura acompaña al viajero hasta la puerta. Hay que bajar bastantes escaleras porque el terreno tiene desnivel; la puerta a ras del patio coincide con las ventanas del primer piso, por el lado de la calle. A la puerta se despiden.

—Bueno, señor cura, adiós, tanto gusto.

—Adiós, hombre, no es para tanto; el gusto es el mío, que le vaya bien.

El viajero se aleja con su amigo y al doblar la esquina vuelve la cabeza. El cura, en medio de la calzada, le dice adiós con la mano.

Un perro husmea en un montón de basura. Dos inmensas tinajas de barro están tumbadas en el suelo, vacías, en una rinconada, a pleno sol.

—Ahora vamos a merendar, si le parece, y después iremos a la casa que dicen de la Sinagoga. Es muy antigua, ya la verá usted.

Al viajero, como era de esperar, le parece muy bien lo de la merienda. Tiene hambre y en casa de Arbeteta se toma un vaso de leche espesa, de color de manteca, y un pedazo de pan blanco, macizo, tierno, de dos palmos de tamaño. Con la barriga llena, el viajero se toma sentimental. Lo nota y corta por lo sano.

—¿Vamos a lo de la Sinagoga?

—Vamos, si usted gusta.

El viajero empezaba a pensar, después de la merienda, en pajaritos silbadores, mariposas gentiles, niños errabundos y otras zarandajas. Las panzas llenas es lo que tienen: que pueblan la mente de ideas de señorita catequista.

La casa de la Sinagoga es una casa de dos plantas, con las ventanas más bien pequeñas y un patio de columnas. En el patio hay un pozo de alto brocal, tapado con unas tablas. Unas gallinas pican el estiércol mientras un cerdo hoza el suelo, gruñendo.

El amigo del viajero llama, en voz alta.

—María, sal, que venimos a ver tu casa.

El ama sale secándose las manos con el delantal.

—Poco tiene que ver. Es muy pobre esta casa, ya ve usted.

Unas golondrinas cruzan, veloces como rayos, el aire del patio. En las vigas y debajo de los capiteles de las columnas tienen sus nidos. Hay también, un poco más arriba de la media pared, las señales de otros nidos que un día, sin que nadie los empujara, se vinieron abajo.

—Es que las golondrinas son como las personas, que las hay listas y tontas. ¡Mire usted como esos otros nidos no se cayeron!

El ama, después de explicar lo de las golondrinas, saca de dentro dos banquetas para que se sienten el viajero y su amigo. Al fresco de la tarde se está a gusto, sentado en un patio, fumando, de charla con la dueña de una sinagoga.

—¿Usted sabe que esto estuvo en otro tiempo lleno de judíos?

—Es mi pena, ¡mal rayo los parta! ¡Los verdugos de Nuestro Señor!

El viajero, como siempre, se da cuenta de que ha metido la pata cuando lleva ya el agua por el vientre. Entonces piensa, para consolarse, que la mujer no puede ignorar que a los de Cifuentes —y a los de Alovera, a los de Taracena, a los de Torija y a los de Uceda— llaman en la comarca, judíos por mal nombre. Y perjuros, que es todavía peor, a los de Romaneos. El viajero piensa también que, cierto o no cierto, esa es la costumbre.

Se levanta y habla, entonces, de la cosecha, que este año es buena conversación, del tiempo que hace y de lo hermosas que encuentra a las gallinas, que van ya de retirada, subiendo por unos palos hasta el gallinero. Dos palomas descansan en lo alto de un montón de leña. Un niño entra, con la cartilla debajo del brazo.

—¡Niño, saluda a este señor!

—Buenas tardes tenga usted.

El viajero, para congraciarse un poco, le da una perra gorda al niño.

—Niño, ¿qué se dice?

—Muchas gracias tenga usted.

El niño está a un palmo escaso del viajero, mirándole fijamente, respirándole encima. Su aliento huele a ternera fresca, a ternerillo mamón.

—¿Sabes las letras?

- Sí, señor.  
—¿Qué letra es ésta?  
—Una e.  
—¿Y ésta?  
—Una eme.  
—Muy bien. ¿Sabes las reglas?  
—No, señor, las reglas no las sé.

Ya en la calle otra vez, la luz es otra. El sol se ha puesto por las lomas de más allá de la fuente del Piojo, y las casas empiezan a tomar un tono más tenue, más opaco. Atado a la argolla de un portal, moviendo el rabo con alegría, está el burro Gorrión, que hoy lleva un día bastante descansado. Por el abierto portalón se ve el patio donde el viejo con que el viajero se topó en Brihuega, comiendo pan con sardinas ahumadas al pie de una columna de los soportales, vacía un pozo negro: la chapuza.

La noche cae, con bastante rapidez, sobre Cifuentes. Encima del pueblo se recorta, solitario, el cerro de la Horca. La campana del Salvador, en la torre que una bomba partió por la mitad, como un cuchillo, hace ya rato que tocó a oración.

Una torre partida  
por gala en dos;  
el sol suena en la esquila  
del Salvador.

El viajero piensa que mañana será otro día.

VI  
CON EL CIFUENTES HASTA EL TAJO

A la mañana temprano el viajero sale de Cifuentes, por el camino de Trillo, dejando el río a la derecha y el castillo de don Juan Manuel a la izquierda.

A poco de andar se ven en el horizonte, chatas, aisladas, las Tetas de Viana. No mucho más tarde, al coronar un resayo suave, se ve también Gargolillos, con su torre en punta, y Gárgoles, con su torre cuadrada. A Gargolillos le llaman algunos Gárgoles de Arriba y a Gárgoles, Gárgoles de Abajo. Los dos están a orillas del Cifuentes; Gargolillos, un poco desviado de la carretera, al final de un camino muy bonito que va entre tapias y zarzales.

Hace algo de fresco y se camina a gusto. Sobre el río se extiende una tenue cinta de niebla casi imperceptible. Vuelan los estorninos y los vencejos; una urraca blanca y negra salta de piedra en piedra mientras una alondra silba sobre los sembrados. El vientecillo de la mañana corre sobre el campo, y el aire está limpio, lúcido, transparente, diáfano.

No más remontado un zopetero, Cifuentes desaparece. El camino va entre choperas aisladas, no muy tupidas. Entre el camino y el río verdean las huertas de tomates. Al otro lado, el terreno aparece otra vez seco, duro, de color pardo. En el terreno seco se ven rebaños de ovejas blancas y ovejas negras —mejor, castaño oscuro—, todas revueltas, y en el de agua se ven mujeres y niños trabajando la tierra.

El camino está desierto, nadie sube ni baja. El viajero pasa al lado de un caserón de piedra, que parece abandonado. Tiene alrededor unas huertas y un pequeño jardín. A la puerta hay un letrero que dice: Prohibido el paso. Finca particular.

Sentado sobre un mojón, un hombre arregla una bandeja de baratijas.

—¿Viene de Cifuentes?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Pues... ¡Muy bien!

El hombre hace un gesto de desagrado

—Pues ya no voy.

—¡Pero, hombre!

—Sí, ¡qué quiere usted! Ya no voy. A mí nadie me dice la verdad.

El buhonero tiene los párpados mondos y lirondos, sin una pestaña, y lleva una pata de palo, mal sujeta al muñón con unas correas. Tiene una cicatriz que le cruza la frente y una nube en un ojo, una nube color azul celeste, casi blanca. Es bajo y estrechito como un alfeñique, y tiene malas pulgas.

—A mí nadie me dice la verdad, me tienen asco. ¿Sabe usted cómo me llaman en Guadalajara?

—No.

—Pues me llaman el Mierda, ¿que le parece?

—Pues, hombre, me parece mal, ¡qué quiere que le diga!

—¡Los arrastrados! ¡Así los arrastrasen hasta pelarlos! Oiga, ¿me da un poco de tabaco para la pipa?

El viajero le ofrece su petaca.

—Sí, muy gustoso, cójalo usted.

—¿Por qué dice muy gustoso?

El viajero duda antes de responderle.

—Porque es verdad. Ande, encienda su pipa.

—Bueno, hombre, bueno, no se incomode, ¡caray con la gente! ¡A ver si se ha creído que por darme un poco de tabaco se va a poder poner así! Oiga, ¿usted es de Aranzueque?

—No, ¿por qué?

—No sé, me parecía que tenía usted cara de hambrón.

El hombre mira para su bandeja y ordena un poco las cintas de colores, los papelitos de la buena suerte y los peinecillos de metal dorado, bien pulido, relucientes como espejos.

—¡No se vende una escoba!

—Sí, los tiempos están malos...

El hombre levanta la cabeza y clava sus ojos en el viajero.

—¿Y usted se queja, siendo alto y teniendo dos patas?

El viajero empieza a pensar que el hombre de las cintas de colores tiene una dialéctica desconcertante.

—A mí me robaron una gran fortuna, una herencia.

—¿Sí?

—Sí, señor, ¿o es que no me cree?

—Sí, sí, ¿no he de creerle?

—Pues fue la fortuna del Virrey del Perú. ¿Usted ha oído hablar del Virrey del Perú?

—Sí, mucho.

—Pues me dejó todos sus bienes. En el lecho de muerte llamó al notario y delante de él escribió en un papel: Yo, don Jerónimo de Villegas y Martín, Virrey del Perú, lego todos mis bienes presentes y futuros a mi sobrino don Estanislao de Kostka Rodríguez y Rodríguez, alias el Mierda. Me lo sé de memoria. El papelito está guardado en Roma porque yo ya estoy muy escarmentado, yo ya no me fío de nadie más que del Papa.

El buhonero se puso en pie y continuó:

—La herencia me la robaron, y a mí me dejaron en la mayor indigencia.

El viajero tardó unos instantes en entender que había querido decir indigencia.

—Pero lo que yo digo, ¿de qué les ha de valer si en el valle de Josafat saldrá toda la verdad a relucir?

—Verdaderamente.

—¡Pues claro, hombre, pues claro! Los de Guadalajara, que lo que dicen por la noche por la mañana no hay nada. ¡Pero ya veremos en el valle de Josafat! Oiga, ¿quiere que andemos?

—Bueno.

El hombre anda mal, renqueando.

—Es que la pata me está algo larga... Oiga, ¿no le pesa mucho el morral?

—Sí, algo.

—¿Y por qué no lo tira?

A una hora de camino aparece Gárgoles de Arriba, a orillas del Cifuentes, un poco apartado de la carretera. Un hombre de boina y dos mujeres jóvenes esperan el paso del autobús. Son los únicos habitantes de

Gargolillos con los que se topa el viajero, y tienen cara de buena gente, aunque les digan lañas, que significa tanto como adrones, los de los otros pueblos.

El viajero escucha cómo el buhonero perdió la pata.

—Ya le digo. El día de San Enrique del año de la República, me dije: Estanislao, esto hay que acabarlo. Eres un desdichado, ¿no ves que eres un desdichado? Hacía un calor que no se podía aguantar. Yo estaba en Camporreal, me acerqué hasta Arganda y me acosté en la vía. Cuando venga el tren —pensé—, Estanislao se va para el otro mundo. Pero, ¡sí, sí! Yo estaba muy tranquilo, se lo juro, pero era mientras no venía el tren. Cuando el tren asomó yo noté como si se me soltara el vientre. Aguanté un poco, pero, cuando ya estaba encima, me dije: ¡Escapa, Estanislao, que te trinca! Di un salto, pero la pata se quedó atrás. Si no es por unos de la fábrica de azúcar que me recogieron, allí me desangro como un gorrino. Me llevaron a la casa del médico y allí me curaron y me pusieron el mote al ver cómo tenía los pantalones. Uno de los que me cogieron llevaba la pata en la mano, agarrada por la bota, no hacía más que preguntar: Oiga, ¿qué hago con esto? El médico se conoce que no sabía qué hacer, porque lo único que le contestaba era: Eso se llama pierna, mastuerzo, eso se llama pierna.

El viajero cree más prudente interrumpirle. El buhonero, hablando de la pierna que se dejó en Arganda, había adquirido un aire triste, un ademán cabizbajo.

—¿Quiere usted encender otra vez la pipa?

—Bueno. Oiga, ¿usted entiende de pipas?

—No mucho.

—Pues entonces no merece la pena que le explique nada. Bástele saber que es una Camelia de Luxe, de París de la Francia. ¡Caray con tanto ignorante! Oiga, ¿sabe usted quién me la regaló?

—No.

—Pues apréndalo. El general Weyler, un día en el paseo de Rosales de Madrid.

El hombre miró al viajero con aire de triunfador y sonrió.

—¡Je' je! ¿Con quién se había creído usted que estaba tratando?

Son ya las once de la mañana y el viajero siente hambre.

—¿Me jura usted que no es de Aranzueque?

—Sí, hombre, se lo juro,

—¡Huy!

El gorgotero se sentó en la cuneta, se desató la pata de palo y encendió la pipa.

—Bien. Comamos entonces un bocado. ¿Qué quiere usted, mezclamos o cada cual come de su macuto?

—Es mejor que mezclemos, ¿no le parece?

—A mí, sí. Yo creo que usted hace un mal avío, ¡pero bueno! Yo no llevo más que un pellizco de cecina.

Los dos hombres comieron y bebieron del morral y de la cantimplora de quien tenía las dos patas sanas. Parece que no pero, en el campo, sentados al borde de un camino, se ve más claro que en la ciudad eso de que, en el mundo. Dios ordena las cosas con bastante sentido.

El buhonero comió como un león, mientras el viajero pensaba si el hombre no sería de Aranzueque.



—A mí esto del embadurnen me gusta a bocados —decía el de las cintas mientras devoraba una lata de foiegras—. Deje usted el pan para luego, no vaya a ser que le falte.

El hombre, con la comida, se tornó aún más inquisitivo.

—Oiga, ¿usted a qué se dedica?

Pues..., ¡ya ve usted! Yo ando a la que salte.

—No, no, como si se lo preguntase la guardia civil. ¿Usted a qué se dedica?

El viajero no sabía qué contestar.

—¡Dígalo, hombre, dígallo! Yo no soy un voceras, y además, si vamos a ver, todos nos quedamos con lo que se tercie, si se tercia a modo. Vamos, ¡es un suponer! Por aquí el que no espabila, ya sabe lo que le espera. Si vas a Aleas, pon la capa donde la veas, porque si vienen los de Fuencemillán, te la quitarán. Ahora, si usted no quiere hablar, pues no hable. ¡Por mí...!

El buhonero se calló un momento, volvió a echar un trago de vino y continuó:

—Decía mi madre que, en este mundo, todo el que come, roba, y el que no roba es porque no sabe. ¿Usted a qué se dedica?

Poco antes de entrar en Gárgoles de Abajo, después de caminar otro rato, el buhonero se despidió de repente.

—¿Sabe usted una cosa?

—¿Cuál?

—Pues que yo no doy un paso más, yo ahí no entro.

—¿Se cansa?

—No, no me canso. Hoy ya he comido y no quiero tentar a Dios. Yo no entro en los pueblos más que para comer. Cuando abuso, Dios me castiga y me hace echar sangre por la boca... Oiga, ¿puede usted socorrerme?

En Gárgoles el viajero se encuentra con unas cuevas con puerta y con candado, que usan para guardar el vino y las patatas. A su amigo Estanislao de Kostka Rodríguez y Rodríguez, sobrino del Virrey del Perú, no hacían más que ponerle trabas en todas partes.

El viajero, para que no se le olvide cómo era, apunta en un papel la media filiación del Mierda.

*Don Estanislao de Kostka*

*tiene una pata de palo.*

Buhonero del camino de la Alcarria

—*cintas,*

*alfileres,*

*vidrios de color,*

*horquillas,*

*peinetas,*

*papeles de olor—,*

*tienda de esperanzas para gente sabia.*

*Don Estanislao de Kostka*

*lleva, a hombros, un ángel malo.*

Gárgoles es un pueblo huertano, con el terreno bien trabajado y la gente aplicada a su labor. En Gárgoles la carretera se pega al río y así marchan los dos ya hasta Trillo. Unos niños que están sentados en una cerca miran

para el viajero. Los campesinos desdoblan el espinazo, se incorporan y miran también. El viajero se mete en el parador, un parador sin nombre, como el de Torija, a descansar un rato, a lavarse y a esperar la hora de la comida. El viajero averiguó en este pueblo que en la Alcarria no conocen la palabra mesón. Preguntó por el mesón y ni le entendían. Fue cuando preguntó por la posada cuando le dijeron que posada no había, pero que sí había parador. El parador de Gárgoles, a la izquierda de la carretera, como todo el pueblo, viniendo de Cifuentes, tiene una gran puerta claveteada, noblemente antigua, que parece la puerta de un castillo. El viajero cuelga su espejo de un clavo, en la puerta misma, y se afeita las barbas. Por el espejo ve que lo contemplan, desde lejos, quince o veinte personas.

Por el zaguán sale un mulero tirando de dos mulas. Unas palomas pican en un montón de paja menuda. Dos perros duermen estirados al sol. Un niño sin pantalón está en cuclillas, haciendo sus necesidades encima de un tejado. Las golondrinas entran y salen, chillando como locas, en el zaguán, que está lleno de nidos. Las puertas del parador no se cierran jamás.

El viajero entra en el comedor, una habitación cuadrada con el techo muy alto, y en el techo, las desnudas vigas de castaño al aire. Decoran los muros media docena de cromos con pajaritos vivos y multicolores, grises conejos muertos colgados de las patas, rojos cangrejos cocidos y truchas de color de plata, con el ojo vidriado. A la mesa sirve una criada guapa, de luto, con las carnes prietas y la color tostada. Tiene los negros ojos profundos y pensativos, la boca grande y sensual, la nariz fina y dibujada, los dientes blancos. La criada del parador de Gárgoles es hermética y displicente, no habla, ni sonríe, ni mira. Parece una dama mora.

Un galgo negro ronda al viajero mientras el viajero come sus sopas de ajo y su tortilla de escabeche; es un perro respetuoso, un perro ponderado con dignidad, que come cuando le dan y, cuando no le dan, disimula. A su sombra ha entrado también en el comedor un perro rufo y peludo, con algo de lobo, que mira entre cariñoso y extrañado. Es un perro vulgar, sin espíritu, que gruñe y enseña los colmillos cuando no le dan. Está hambriento y, cuando el viajero le tira un pedazo de pan duro, lo coge al vuelo, se va a un rincón, se acuesta y lo devora. El galgo negro lo mira con atención y ni se mueve.

El viajero, después de comer, enciende un pitillo, se levanta y lee, en las enjalbegadas paredes, algunos letreros escritos a lápiz, como los de los retretes de los institutos de segunda enseñanza. Los hay para todos los gustos y de todos los colores. Uno de ellos, escrito en bien perfilada letra de molde, dice: Compañía de Teatro y Variedades. Compañía Olivares. Dos funciones, 600 pesetas. Exitazo. 13-3-45. Es un letrero satisfecho, optimista, un letrero lleno de euforia. Hay también una cabeza de mujer, con larga melena, firmada por Fermín González, de Cuenca, hombre que tiene una rúbrica hermosa, pomposa, elegante, una rúbrica notarial y desafiadora.

El viajero se suelta las botas, pone el morral por almohada, se emboza en su manta y se echa a dormir en el suelo, en un rincón. A su lado, el galgo negro se ha echado también, como para vigilar su sueño. El perro rufo se marchó a la calle; era un perro sin carácter, un perro al que le faltaba sabiduría y que no aguantaba estar mano sobre mano, durante una hora o una hora y media, sin hacer nada.

Desde Gárgoles sale una carretera que va directamente a Sacedón y que corre varias leguas a orillas del Tajo. El viajero duda entre salir a Trillo, siguiendo el Cifuentes, como pensaba, y enterrando el río que vio nacer, o tomar el nuevo camino y desviarse un poco para, a la noche, dormir en Gualda.

A la salida de Gárgoles, hacia Trillo, un hombre apalea a un burro grande y negro, que tira unas coces tremendas y levanta el labio de arriba, enseñando los dientes. Una mujer explica al viajero que el burro parece de Hita. Los burros de Hita, por lo visto, tienen mala fama en la región; les pasa como a las mujeres de Fraguas.

Poco más abajo, dos hombres cambian la rueda pinchada de un camión cargado hasta los topes. El viajero se pasa el día en el camino, y no suele cruzarse con más de dos o tres coches de línea y algún turismo o alguna camioneta, de cuando en cuando.

Gárgoles, que ya queda a la espalda, ha desflecado su gente por las huertas. La gente de Gárgoles es trabajadora, decidida, quizás algunos un poco huraños. Según cuenta al viajero un comerciante de tejidos que va de un lado para otro en su carrito, uno de Gárgoles, que quería hacerse rico en dos años, se vino en bicicleta desde La Puerta, unas cinco leguas sobre poco más o menos, cargado con trece cabritos encima. Al llegar a Gárgoles murió reventado, se le habían despegado el hígado y el corazón.

—Ya ve usted lo que son las cosas —dice el comerciante al viajero—, la avaricia rompe el saco. ¡Y después llaman brutos a los de Alcocer porque tiraron el Cristo al río!

Al llegar a Trillo el paisaje es aún más feraz. La vegetación crece al apoyo del agua, y los árboles suben, airosos como en Brihuega. Esta tierra, con agua, parece una tierra muy buena; hasta se ve algún que otro castaño, de vez en cuando. A la entrada del pueblo hay una casa muy arreglada, toda cubierta de flores; en ella vive, ya viejo y retirado, cultivando sus rosales y sus claveles y trabajando su huerta, un veterano alpinista que se llama Schmidt. Schmidt, que piensa construirse una casa enfrente de la cascada del Cifuentes, poco antes de caer en el Tajo, fue un montañero famoso; en la sierra de Guadalajara hay un camino que lleva su nombre.

La cascada de Cifuentes es una hermosa cola de caballo, de unos quince o veinte metros de altura, de agua espumeante y rugidora. Sus márgenes están rodeadas de pájaros que se pasan el día silbando. El sitio para hacer una casa es muy bonito, incluso demasiado bonito.

El viajero busca un sitio para pasar la noche, deja su equipaje y se va a dar una vuelta por el pueblo. Desde el puente ve correr el Tajo, sucio, terroso, con las márgenes imprecisas. En sus orillas, unos pescadores de caña con aire de campesinos o de muleros, con traje de pana, faja negra y camisa con botón en el cuello, esperan pacientemente a que pique alguna trucha. Poco más abajo, unas mujeres lavan la ropa.

*Sobre la cascada  
canta el ruiseñor.  
A orillas del Tajo  
pesca el labrador.  
En la tierna huerta  
labra el pescador.*

*Granán los geranios  
sobre albo verdor.  
Los árboles tienen  
aire de señor.  
Desde Trillo huele  
el mundo a otro olor.*

El viajero se toma unas yemas y unos pastelitos de hojaldre en una tienda que hay al lado del puente y después se fuma un pitillo, a la puerta, con algunos hombres que han vuelto ya de trabajar. El grupo llega a hacerse grande y el viajero habla de que le gustaría ver el pueblo. Le acompañan tres o cuatro hombres de su edad. Las tabernas de Trillo tienen un aire jaranero, alegre, siempre un poco al borde del tumulto. El viajero encuentra a la gente amable, obsequiosa, con deseos de agradar. Así se lo dice a sus amigos, y uno de ellos le responde, sonriendo:

—Pues por ahí nos llaman la gente mala, ya ve usted.

A la salida de una taberna, el grupo se encuentra con un hombre joven. Uno de los acompañantes del viajero le dice:

—Le voy a presentar a usted al señor alcalde.

El viajero y el alcalde se saludan.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío.

—¿Qué? ¿Anda usted viendo esto?

—Pues, sí... Dándome una vuelta.

El viajero y el alcalde no saben lo que decirse.

—¿Necesita usted algo?

—No, muchas gracias.

El alcalde de Trillo representa andar por los treinta o los treinta y tantos años y es sastre, de oficio. Tiene también una tienda de tejidos y de confecciones.

Caminando por el pueblo de un lado para otro pronto surge en la conversación el tema de la leprosería.

—Al principio andábamos un poco escamados con esto de la lepra; ahora ya nos vamos haciendo.

Un hombre viejo, tercia;

—La pena fue que se perdieran los baños de Carlos III, que eran famosos en toda España. Ya sabrá usted lo que decía el refrán: que Trillo todo lo cura, menos gálico y locura.

—¿Pero ustedes no tienen miedo a que les peguen la lepra?

Los hombres se miran antes de responder:

—Pues no, eso no. Vamos, unos tendrán y otros no tendrán...

Antes de volver a la posada el viajero va apuntando apellidos, los apellidos de la Alcarria. Por todos estos pueblos se ha ido encontrando con los Batanero, los Gamo, los Ochaíta, los Bachiller, los Arbeteta, los Bermejo, los Rodrigo, los Alvaro, los Laina, los Romo, los Bodega, los Poyatos.

—Unos son de un lado y otros son de otro, no vaya a creer que están todos mezclados.

—No, no, ya me figuro.

Ya en la posada, esperando la cena, el viajero lee lo que dice de las aguas de Trillo, en el libro que le regaló Julio Vacas en Brihuega, don

Ramón Tomé, traductor del Tratado práctico de la gota, y autor del Tratado de Baños y Fuentes de Aguas Minerales, que va al final. Don Ramón Tomé explica brevemente la situación de la villa —a dos leguas de Cifuentes, a orillas del Tajo, en la provincia de Guadalajara y obispado de Sigüenza—, y repite el testimonio de don Eugenio Antonio Peñafiel, médico de Trillo, ya reseñado en la relación de las aguas escrita por don Casimiro Ortega, sobre el curioso caso del barón de Mesnis, primer teniente de Reales Guardias Walonas, hombre que, por lo visto, llegó baldado a Trillo, y después de algunos días de tomar las aguas mezcladas con suero de cabra, empezó a mejorar y pudo retirarse a la corte, según dice el cronista, lleno de consuelo. Esto sucedía en 1768.

El viajero, cuando lo llamaron a cenar, ciento setenta y tantos años más tarde, iba pensando en lo contento que se habría puesto el barón de Mesnis después de su visita a las termas de Trillo.

En el comedor había dos hombres, viajeros de comercio, según averiguó después, tomando café. Estaban ya cenados, pero preferían dejar pasar un rato antes de irse a la cama. Uno de los viajeros, el más viejo, leía un periódico que se llama Nueva Alcarria. El otro, el joven, apuntaba sus cuentas en un cuaderno. El viajero se sentó delante de su plato de huevos fritos con chorizo.

—Buenas noches.

—Que aproveche, buenas noches.

—¿Ustedes gustan?

—Gracias, ya hemos cenado.

Los viajeros dejaron, uno, la lectura, y el otro, su escritura, y miraron para el viajero. Los dos tenían ganas de preguntar, sobre todo el joven, pero al principio, esa es la verdad, no se decidieron. El viejo tenía un aire taciturno, sombrío, preocupado. El joven, por el contrario, era un hombre locuaz, bajito de estatura, servicial, que procuraba hacerse simpático. Se llamaba Martín y era representante de una fábrica de alpargatas con piso de cáñamo o goma, a elegir. El viajero supo más tarde que el viajante de más edad solía trasladarse de un lado a otro en coche de línea y, cuando no podía, a pie. Martín, en cambio, andaba siempre en bicicleta y tenía un concepto deportivo de la existencia.

—Con mí corcel de acero en buenas condiciones —llegó a decirle al viajero— soy capaz de ir a vender alpargatas al fin del mundo.

El viajero no lo había dudado ni un solo momento.

—Y para correr cualquier artículo, hay que echarle simpatía y aguantar; mucha simpatía y mucho aguante, si no, no hay nada que hacer.

—¿Y usted no vende más que alpargatas?

—No, señor, yo vendo todo lo que falta. ¿Que en un pueblo no tienen botones, o algodón de zurcir, o papel de cartas? Pues yo voy, escribo una tarjetita postal a la casa, y otra cosa. Corriendo un solo artículo no sacaría uno para los gastos.

Al comedor se entra por la cocina. En la cocina cenaban, cuando entró el viajero, la posadera y los suyos.

—En estos pueblos son muy zorros, ¿sabe usted?

El viajante, mientras hablaba, estaba liando un pitillo de la petaca del viajero.

—En cuanto que uno se duerme en las pajas ya le están haciendo la cusca. Pero eso no viene mal, así se va uno espabilando.

El viajante chupa del pitillo y ladea la cabeza. El otro viajante dobló ya su periódico y mira en silencio.

—Porque España es un pueblo muy inculto, aquí no hay cultura, hay mucho analfabeto. Yo, aquí donde usted me ve, tengo tres años del bachiller. Pero no me quejo; voy viviendo, y con eso ya me conformo. Ya me haré rico alguna vez si puedo, y si no, pues mire..., ¡de tal día en un año! Ahora procuro hacer vida sana y tomar bien el aire, ya sabe usted lo que se decía antiguamente: para tener la mente sana hay que tener el cuerpo sano. Yo me eduqué en los salesianos; algunos compañeros míos son ahora médicos o aparejadores y viven como príncipes. No los trato porque no me da la gana; cuando los salude quiero ser tanto como ellos y tener mi casa como Dios manda, yo soy muy orgulloso.

—Es verdad.

—Pues claro que sí, una gran verdad. De los mismos materiales nos han hecho a todos.

El viajante, después de su confesión, pregunta al viajero, como quien no quiere la cosa:

—¿Y usted?

—Pues yo, ¡ya ve!

—Cuando me dijeron que había un señor nuevo, pensé si sería de la fiscalía.

—Pues no, gracias a Dios no soy de la fiscalía.

El viajante está algo desorientado.

—Porque viajante no será, vamos, digo yo. Nos hubiéramos encontrado en otras partes.

—Claro.

Asoma la posadera con unos plátanos de postre y una taza de café, y el viajero le pregunta por un guía que lo lleve a través de las Tetas de Viana, por cualquier mozo que sepa el camino y ponga una caballería para cargar el equipaje. La posadera piensa un momento.

—¡Como no quiera llevarse a mi Quico!

—¿Quién es su Quico?

—Mi hijo mayor; tiene ya dieciocho años.

Después de llegar a un acuerdo con la posadera, el viajero se va a dormir. Con él sube Martín, las dos camas están en la misma alcoba.

—¿Adonde va a ir usted?

—Pues no lo sé fijo. A lo mejor voy a Budia, a lo mejor a Pareja.

Ya en la cama y con la luz apagada, el viajante pregunta:

—¿Y le es igual ir a un sitio que a otro?

—Pues, la verdad, sí. ¿Qué más me da?

Al cabo de un rato, después de dar la última vuelta antes de cerrar los ojos, el viajante vuelve a preguntar:

—Oiga usted, perdone la curiosidad, ¿usted cuando come huevos fritos toma siempre cinco?

El viajero no contesta, hace que está dormido. Fuera, en medio de un silencio impresionante, ruge, monótona, la cascada del Cifuentes.

## VII DEL TAJO AL ARROYO DE LA SOLEDAD

El viajero se levanta a las seis. Está amaneciendo. El viajero ha descansado bien, ha dormido toda la noche de un tirón. Se lava, se viste, dobla su manta, se echa el morral al hombro y sale. Martín, que se ha despertado, le saluda:

- Buenos días.
- Buenos días, ¿qué tal se ha descansado?
- Bien, ¿y usted?
- Bien también, ¿no se levanta?
- Pues no, todavía no, ¡como voy en bicicleta!
- Claro.

A la puerta está Quico, con la mula, esperando al viajero. Quico es un muchacho fuerte, muy lavado y muy peinado, que lleva una camisa limpia, una camisa inmaculada. La madre de Quico se ha levantado a preparar al hijo y a hacer el desayuno al viajero.

La mula de Quico se llama Jardinera, y es castaña, joven, no muy grande; parece una mula de buena clase.

El viajero y su compañía cruzan el Tajo y se meten por un sendero de cabras que sube al montecillo de la Dehesa. Quico le explica al viajero que, según dicen, el monasterio de Óvila se lo llevaron los americanos piedra a piedra, antes de la guerra civil.

En el monte de la Dehesa la vegetación es dura, balsámica, una vegetación de espinos, de romero, de espliego, de salvia, de mejorana, de retamas, de aliagas, de matapollos, de cantueso, de jaras, de chaparros y de tomillos; una vegetación que casi no se ve, pero que marea respirarla. No hace todavía calor aunque el día se anuncia bueno. El aire es transparente. El Tajo, que de cerca es un río turbio y feo, desde lejos parece bonito, muy elegante. Viene haciendo curvas y se ve desde muy lejos, siempre rodeado de árboles. La leprosería aparece a su orilla en primer término. La forman varios pabellones grandes y alguna que otra casa más pequeña. Quico le explica al viajero lo que van viendo: esto es esto, esto es aquello, esto es lo de más allá. Después sonríe para decir, con la mirada triste:

- Pobre gente, ¿verdad?
- Sí...
- Poca suerte han tenido éstos, ¿verdad?
- Sí...

A los pies del viajero, del lado de acá del río, va la carretera de Azañón y de Peralveche y del Recuenco.

- Por ahí también se va a Viana y a La Puerta y a los baños de Mantiel.
- Y por aquí.

—Sí, por aquí, también. Por aquí hay un atajo que lleva todo derecho hasta Viana.

El viajero quiere aprovechar la fresca, y el que la mula lleva su morral, y camino seguido, sin pararse o parándose muy poco, sólo unos instantes, de tarde en tarde, para mirar el paisaje.

Marchando por la Entrepeña el viajero ve una hermosa decoración, una decoración teatral de grandes piedras abruptas y peladas y de árboles muertos, partidos por el rayo. Una rapiña vuela con su gazapo entre las

garras. Un lagarto inmenso, un lagarto verde, amarillo y rojo, sale huyendo desde los mismos pies del viajero.

Al salir al terreno llamado de la Fuente de la Calinda, aparecen erizadas, violentas, las Tetas de Viana.

El viajero se siente poeta y tira de lápiz.

*Por las Tetas de Viana,  
el mulo, el paisaje y yo.  
Son las seis de la mañana.  
Silba un jilguero en la rama  
de la zarza. Se quedó,  
de pie sobre la solana,  
una liebre casquivana  
viendo la estampa pagana  
del mulo, el paisaje y yo.  
Son las seis de la mañana  
en mi reló.*

Su verso se lo dedicó a una moza, ya no tan moza, andariega y silvestre, con la que tuvo amores; unos amores que tampoco viene a cuento traerlos aquí:

*A la arriera  
garrida,  
una extranjera  
en la vida,  
Valvanera  
consentida  
por un marido capón.*

La Fuente de la Calinda es un monte bajo y pedregoso, con mucha caza. Una bandada de perdices levanta el vuelo, raso, torpón, de pájaro poco fogueado, a poco pasos del grupo.

Quico y el viajero hacen el primer alto, echan un trago, fuman un pitillo y charlan.

—Aquí mataron una vez a uno.

El viajero piensa que el sitio está bien elegido, realmente es un sitio muy apropiado.

—¿Sí?

—Sí, señor. Primero le tiraron con postas y después lo dieron lo menos veinte navajazos.

—¡Pues lo debieron dejar bueno!

—Sí, señor, lo dejaron muerto. El muerto era uno de Sotoca.

—¿Y el que lo mató?

—Eso no se sabe, ¡cualquiera lo sabe!

Un nido de avispas zumba en el hueco de un árbol.

—Al muerto le llevaron los cuartos y le cortaron las orejas.

—No está mal.

—Pues no sé, según cómo se mire. Antes era costumbre, según dicen.

—¿Y ahora?



—No, yo creo que ahora pasan ya menos cosas.

Tras la Fuente de la Calinda se caminan los montes de las Acacias, unos cerrillos bajos que van a dar al llano del Olivar Hueco. A las faldas de las Tetas de Viana hay unos prados de yerba tierna, verde, rodeados de zarzas y de espinos.

—El atajo sigue todo por aquí, por la izquierda. Para subir a las Tetas hay que salirse del atajo. La de allá tiene una escalera de madera hasta arriba de todo; durante la guerra fue un observatorio. ¿Quiere usted que subamos?

—No, no, por aquí vamos bien.

Las dos Tetas son casi exactamente iguales vistas desde el norte, quizás la de poniente sea algo más alta. Tienen forma de cucurucho cortado antes de la punta y terminan, cada una, en una mesa de bordes rocosos y cortados a pico que deben ser difíciles de escalar.

Al llegar a la vertiente, el viajero se encuentra ante una vista hermosa al principio y un poco desolada, más allá.

Del atajo empiezan a salir caminos, algunos casi borrados. La mula anda con cuidado, con mucha atención, y a su pisada ruedan, a veces, las piedras. A mitad de la ladera, bajando, está la fuente del Pilón. Al viajero le hubiera gustado refrescarse un poco. El calor aprieta ya y Quico y el viajero van sudando gordos goterones por la cabeza.

—¿Nos lavamos un poco?

—Espere usted, ahí abajo está la fuente de San Juan, que es mejor.

Poco después aparece, escondida entre unos árboles, en un recodo del sendero, la fuente de San Juan. El viajero se refresca, desnudo de medio cuerpo y después se pone al sol a secar. Quico se ha mojado los brazos y la frente.

—El agua es muy traidora; a veces coge uno lo que no tiene.

Las Tetas, desde el sur, son mucho más feas, aparecen desgarradas, deformes, como torcidas.

La mula, descargada del equipaje, muerde los helechos de la fuente. Pasan muy altas unas avutardas, un grupo de seis o siete. Croan las ranas, y las lagartijas, que asoman, extrañadas, por los huecos de las piedras, miran un momento y huyen veloces después.

Bajando por un barranco llega el viajero a Viana de Mondéjar, un pueblo color amarillo recostado sobre un monte romo, casi negro.

El viajero no entra en Viana, se queda a las puertas, comiendo con Quico a la sombra de un grupito de álamos escuálidos que hay a la orilla del Solana, un riachuelo casi sin agua que viene arrastrando su miseria desde la sierra de Umbría Seca.

*Sin agua va el arroyo,  
sin casta el toro,  
sin sombra crece el chopo  
color de oro.  
Bajo las Tetas duermen,  
cada mañana,  
las casas de Viana,  
color de plomo.*

Después de comer, el viajero, que ha vuelto al terreno llano, despide a Quico y a su mula Jardinera, se echa a la sombra y se tapa los ojos con el sombrero. Poco más tarde está profundamente dormido, con un sueño suave, fresco, confortador.

Cuando se despierta se incorpora, se estira un poco, carga con su morral y sigue para adelante. Ha debido pasar bastante tiempo porque Quico y su mula Jardinera están ya al otro lado de las Tetas, no se les ve por lado alguno.

Un mujer lava en silencio, con la cabeza al aire bajo un sol de justicia. Es el mediodía. El silencio es completo, no se oye más que el ligero rumor del Solana con un incesante croar sirviéndole de fondo.

Hasta La Puerta el camino va siempre a orilla, o casi a orilla, del arroyo; algunas veces se aparta un poco y entonces, entre el arroyo y el camino aparecen las huertas. Para entrar en el pueblo se cruza un puente de piedra, pequeño, gracioso. El Solana pasa por debajo y se cuele después entre dos grandes grupos de rocas en forma de sierra o, mejor aún, de cresta de gallo. El porqué del nombre del pueblo está claro.

*La trucha en el regato  
y el gallo en el tejado.  
Arde en la primavera  
de color de cristal,  
la antigua carbonera  
de carbón vegetal.*

El viajero entra en el pueblo y busca la posada. En la posada no hay nada que comer. Pregunta en algunas casas del pueblo y en todas le responden lo mismo. El viajero, que ya venía algo cansado, se acaba de rendir subiendo y bajando por el pueblo. El alcalde le dice que un pan sí podrá darle.

—Somos pobres, usted lo puede ver, pero nadie que ha pasado por La Puerta se ha ido sin un pan. ¿En la posada le han dicho que no hay nada?

—Sí, señor.

—Es que ya no es posada, ¿sabe usted? A veces tienen a alguien, pero ya no es posada.

El alcalde y el viajero van al ayuntamiento, una cuadra desmantelada con una pequeña oficina en un rincón. Los hombres del pueblo están reunidos en el ayuntamiento, sentados en el suelo o recostados sobre la desportillada pared. Cuando llega el alcalde se levantan y se descubren; cuando el alcalde se sienta, ellos se sientan también y se cubren de nuevo. Cuando alguno habla, habla de pie, llevándose la mano a la gorra.

El alcalde es un hombre de unos cuarenta años, fuerte y ancho de espaldas. Los vecinos de La Puerta viven del carbón vegetal y de cultivar las huertas; hay también algo de pesca. El viajero observa que casi todos tienen los ojos azules. En la región los llaman pantorrilludos:

*Los de la Puerta,  
pantorrilludos,  
siete pares de medias  
llevan algunos.*

El viajero, mientras los de La Puerta hablan de sus cosas, piensa que lo mejor será descansar unas horas y marcharse a otro lado. Cuando acaban, el viajero habla con el alcalde.

—El caso es que Budia queda algo largo.

—No importa. Yo pagaría un carro, si alguien quiere llevarme.

El viajero vuelve a la posada, a dormir algunas horas, si puede. El alcalde quedó en mandarle el carro hacia las seis o siete de la tarde, cuando empiezan a volver del campo.

El viajero se mete en la cocina. Su morral está casi exhausto: quedan en él un huevo duro y dos naranjas. La mujer de la posada le ofrece unos trozos de carne de cabra cocida y un vaso de leche, también de cabra. El viajero piensa en las fiebres de Malta y en aquello de que más cornadas da el hambre y come todo lo que le da la dueña; la carne es dura y seca, casi inmasticable, y la leche tiene un sabor áspero, montaraz, dulzón. Rodean al viajero, mientras come, un grupo de tres o cuatro perros flacos, entristecidos, y otros tantos gatos huraños, de mirar salvaje, que no se acercan, que bufan constantemente y se muerden unos a otros. En un rincón de la cocina se ve una tinilla de barro, para hacer lejía. Macizos cucharones y pucheros de cobre adornan las paredes. En un ángulo se ve el anuncio de una pana sobre los colores nacionales y un ¡Viva España! Agachada ante el hogar, una mujer joven, bellísima, con una niña ya mayorcita en brazos, prepara su comida. La niña se llama Rosita.

La mujer de la posada se ha sentado en una banqueta baja, de madera, y habla con el viajero.

—¿Es usted viajante?

—No, señora.

—¿Es usted cómico, como se suele decir?

El viajero hace unos visajes con la cara y las dos mujeres empiezan a reírse. Sigue un poco más y las mujeres se ríen ya a carcajadas, dándose palmadas en los muslos y diciendo: ¡Pare, pare! El viajero se levantó y dio dos volatines por encima de la artesa, haciéndose el cojo. Las mujeres están ya rojas, congestionadas, muertas de risa. Al viajero también le dio la risa cuando estaba en cuclillas encima del banco, rascándose la cabeza como un mono. La niña Rosita se echó a llorar. Los gatos huyeron despavoridos y los perros ladraban desde el zaguán.

—Pues no, señora, tampoco soy cómico.

—Pues podría usted ganarse muy bien la vida haciendo esas caras.

—Sí, puede ser.

El viajero termina de comer y se echa a dormir la siesta en una habitación inmensa, destartalada, en una cama con cinco colchones de paja y grande como una plaza de toros. En la alcoba hay seis o siete baúles de lata de colores, alzados del suelo con unos tacos y cubiertos con colchas rameadas, color naranja y azul. Hay también una mesa de camilla en cueros, dos espejos con marco dorado y multitud de cromos de anuncio y de fotos de un barbudo teniente de la guerra de Cuba. Los cromos son muy variados: un sultán de turbante blanco con uña esmeralda en medio, anuncia una marca de café; una gitanaza morena y de ojos profundos y soñadores, unos abonos de superfosfato; una palomita volando sobre los tejados de una ciudad, una tienda de comestibles de la capital: Productos finos del Reino y

Ultramar. Redondea la decoración un mapa de Europa, de tiempos del Imperio Austro-Húngaro, con las banderitas de todas las naciones pintadas al borde y las de España y Francia en el centro formando pendant sobre una orla que dice: Liberte, Egalité, Fraternité, y sobre un lema que reza: Visitez le Maroc.

El viajero se descalza apoyándose en un sillón frailuno que parece un trono. A su lado hay un aguamanil flaco como una araña, con la palangana llena de largos, olorosos, sedosos pelos de mujer. A poco de fijarse, el viajero descubre que el sillón frailuno lo usan de sillón de barbería. En un papel rayado, clavado con cuatro chinches a la pared, el viajero lee un aviso escrito en tinta y con letra muy cuidada: Barbería de La Puerta. Precio por cada servicio. Afeitado, 0,75. Corte, pelo raso, 0,75. Ídem para atrás o raya, 1,00. Ídem a la parisién, 1,50. Servicio de brillantina, 0,25. Fricción colonia, 0,50. Señoras, corte de pelo, 1,00. La Puerta, 1.º de enero de 1945. El Oficial, Pablo Balcón. Servicio permanente de barbería de 11 mañana a 11 de la noche. Día en semana, jueves.

El viajero se sube a la cama de un salto, se tapa y pronto se duerme. Antes se ha fijado en el suelo de piedra, en las gruesas vigas de castaño del techo y en la sólida, claveteada puerta de madera.

A las seis el viajero se levanta, se lava en el zaguán, en un cubo profundo, de agua muy fresca, que le sacó la dueña de la posada, se viste y sale. Ante el portal están el alcalde y el hombre con el carro de mula que le ha buscado. El alcalde de La Puerta está en todo, no se le escapa detalle, es un alcalde ejemplar; él y el de Pastrana, al que el viajero conocerá días más tarde, son los dos mejores alcaldes de la Alcarria.

El viajero, antes de echar el morral en el carro, apalabra el viaje.

—Un poco caro me parece.

El hombre del carro había pedido cien pesetas.

—Piense usted que tendré que dormir en Budia; a la hora que llegaremos no me podré poner en camino para la vuelta. No quiero venir rodando.

—¡Aun así!

El alcalde interviene y el hombre va bajando hasta sesenta pesetas.

De La Puerta sale el viajero por la vega del Acorbaíllo. Va reclinado, casi echado en el carro, guareciéndose del sol bajo una manta que le sirve de toldo y le da un calor asfixiante. El viajero va hablando con el del carro, que va sentado y con las piernas fuera. El mulo es un mulo de labranza; se ve que no está acostumbrado al carro, que no le tiene afición, y se mete en la cuneta en cuanto el hombre se descuida y tira coces al aire cuando le arrear con la tralla.

—En Budia encontrará usted de todo; todos estos pueblos son muy pobres; aquí no hay más que para los que estamos, y no crea usted que sobra. Budia es un pueblo muy rico; allí el que más y el que menos maneja sus cuartos.

—¿Y Cereceda?

—Como nosotros; Cereceda es también muy pobre. Queda detrás de esos montes.

El camino va, desde la salida de La Puerta, con el Solana a la izquierda; a la altura de Cereceda, que queda detrás de la Peña del Tornero, se cruza un puentecillo y el río sigue paralelo hasta que cae en el Tajo, dejando a Mantiel al sur, a una legua de Cereceda, otra de Chillaron del Rey y dos de

Alique y de Hontanillas, todo por sendas de herradura. El viajero, que va caminando por el hocino del Solana, no ve ninguno de estos pueblos. Mientras echa un pitillo con el del carro, se entera de que a los de Cereceda les llaman pantorrilludos, igual que a los de La Puerta; a los de Mantiel, miserables y rascapieles; a los de Chillaron, tinosos; a los de Alique, tramposos, y a los de Hontanillas, gamellones, porque, para no ensuciar el plato, comen en el gamellón del puerco.

Al viajero se le ocurre pensar que, con el morral vacío, lo más prudente es no subir los montes en busca de estos pueblos.

—¿Y a los de Budia?

—Pues esos no tienen nombre; a esos les decimos budieros.

Al borde del camino se ven zarzales, matas de espino y flores de cornicabra. Por el sur aparece ahora el monte Aleja y por el norte el terreno llamado de la Nava. Poco después se cruza el Tajo y se camina a su orilla durante media hora. Al cabo de este tiempo sale de la carretera un ramal que va a Durón y a Budia y que llega, más arriba, hasta Brihuega e incluso sale, más arriba todavía, a la carretera general de Zaragoza. Siguiendo la orilla del Tajo va el camino de Sacedón, con un ramal a Pareja, a orillas del arroyo Empolveda.

El viajero se ha bajado del carro para estirar las piernas un poco. Al pasar por Durón, que queda a la izquierda, un poco desviado, empieza a oscurecer.

*Por el monte Trascastillo  
llega un hombre hasta Durón.  
Lleva ya mucho camino  
entre espalda y corazón.  
Camina como un suspiro,  
le loquea la razón.  
Dice llamarse Camilo  
y ser su pueblo Padrón.  
Al hombro lleva el hatillo  
y a remolque, la ilusión.  
Por el monte Trascastillo  
llega un hombre hasta Durón.*

En la carretera hay un pequeño grupo de casas. A sus puertas descansan unos hombres, unas mujeres y una nube de niños. Por el paso del Tirador —una garganta estrecha y escurrida entre los montes Trascastillo, a la izquierda, y Castillo de Maraña, a la derecha— sorprenden la marcha del viajero cuatro o cinco chispas, muy seguidas, que alumbran los montes y chascan en los oídos como látigos. Retumba la tronera y, mientras pasa una tortísima bocanada de aire caliente, el viajero y el carretero tienen que sujetar el carro para que no se vuelque. El mulo, que se llama Morico, se espanta, relincha, tira coces, sin ton ni son, y recula. El hombre lo contiene a palos y a insultos. Empieza a llover torrencialmente y los dos hombres se guarecen bajo el carro, que han metido en la cuneta, y se arrebujan en las mantas.

Cuando escampa un poco es ya la noche cerrada. El cielo está despejado y sin una nube. El mulo está empapado, brillante a la luz de la

luna, como si lo hubieran untado con aceite. Está también tranquilo, reposado, recién refrescado.

El viajero no llega a Budia hasta la medianoche. Entra en la plaza y lo miran como un bicho raro. Budia es un pueblo donde la gente no se acuesta pronto, donde los mozos se meten en las tabernas a jugar al dominó, sin preocuparse de la hora.

El viajero entra en la posada con el hombre del mulo detrás. El viajero ha invitado a cenar a su acompañante, pero su acompañante rehusa.

—No se moleste; ya he traído.

El hombre lleva el mulo a la cuadra, le da un cubo de agua y un brazado de pienso, saca la merienda del fardalejo, se la come y se tumba en el zaguán, envuelto en la manta mojada, a esperar que amanezca.

El viajero, en la posada, tiene poco éxito.

—¿Puedo cenar?

—No hay nada, ¡como no compre usted algo!

El viajero piensa que a aquellas horas, poca cosa va a encontrar.

—Bueno. Tratare de buscar huevos y leche.

La posadera lo mira de arriba abajo. El viajero debe inspirarle poca confianza, porque le dice:

—Pues yo no se lo puedo hacer; esto ya no es posada.

El viajero se marcha con el rabo entre piernas, cariacontecido; va pensando en el alcalde de Cork. A la puerta tropieza con Martín, el viajante del que se hizo amigo en Trillo.

—Pensé que caería usted por aquí, pero ya me parecía tarde.

—Pues aquí estoy. Oiga, ¿conoce usted a alguien que pudiera arreglarme una cena, aunque no sea muy buena?

—No se ocupe de eso, véngase conmigo.

Martín, que es un hombre que sirve para todo, lleva al viajero a una taberna, habla con la tabernera y regresa con una sonrisa de triunfador.

—Ya está. Yo le acompañaré mientras cena.

En tanto se prepara la mesa, Martín, que en Trillo se ha enterado de más cosas de las que se figuraba el viajero, explica a un pollo con corbata de lacito quién es el recién llegado. El pollo escucha con atención y hace gestos de asentimiento con la cabeza; después se vuelve al viajero y le dice:

—Ya sé yo lo que va a hacer usted, ¡ese libro, forrado de azul, que lleva un escudo y que es donde vienen todos los alcaldes y todos los comerciantes de la provincia! ¡Pues no es ninguna tontada, se lo aseguro!

El viajero agradece las amables frases del pollo con una sonrisa.

Después de cenar, el viajero invita a una copita a Martín. Martín toma anís y el viajero coñac.

Regresan a la posada y, a la puerta, Martín le dice:

—Usted callado, ¿eh?

—Entendido.

Martín habla con la posadera y la posadera mira para el viajero. Después sale, vuelve al rato y dice:

—Ya tiene usted la cama. Ésta le dirá.

Ya en la cama, el viajero no puede creer en tanta felicidad. Se fuma un pitillo, apaga la luz, da una vuelta y cierra los ojos para dormir.

Martín, desde la cama de al lado, estaba diciendo:

—Y si llega usted al Campo de Criptana pregunte por el Herrerillo, dígame usted que va de parte mía, de parte de Martín el del gobierno militar de Madrid; él ya sabe.

La habitación está herméticamente cerrada, como una caja, sin ventilación alguna, sin un tragaluz siquiera, y el viajero no se despierta hasta las diez. Martín ya no está en la cama, pero regresa al poco rato.

—He venido por aquí de vez en cuando, a ver si se había despertado usted. Yo he andado por ahí realizando mis pequeñas operaciones mercantiles. ¡Hay que saber espabilarse!

Martín toma aire para continuar.

—Qué, ¿se ha descansado?

—Pues, hombre, sí. Estoy nuevo. Anoche estaba ya un poco harto.

—Bueno, para qué acordarse, ¡eso ya pasó!

Martín, sin duda alguna, es un estoico.

El viajero sale a la calle con Martín y recorre el pueblo. La plaza parece la de un pueblo moro; la fachada del ayuntamiento está enjalbegada y tiene una galería con unos arcos graciosos en la parte alta. Entran en la plaza ocho o diez mulas trotando, sin aparejo alguno, conducidas por un mozo de blusa negra y larga tralla; beben, durante largo rato, en el pilón y después se revuelcan sobre el polvo, con las cuatro patas al aire. Un hombre viejo está sentado al sol, bajo los soportales.

Budia es un pueblo grande, con casas antiguas, con un pasado probablemente esplendoroso. Las calles tienen nombres nobles, sonoros — calle Real, calle de Boteros, calle de la Estepa, calle del Hastial, calle del Bronce, de la Lechuga, del Hospital—, y en ellas los viejos palacios moribundos arrastran con cierta dignidad sus piedras de escudo, sus macizos portalones, sus inmensas, tristes ventanas cerradas.

El viajero se acerca a casa del médico, a hacerle una visita. El médico vive en la plaza, en una casa de dos plantas, limpia, ordenada, con buenos muebles, con grabados franceses por las paredes. El médico de Budia es el padre de un amigo del viajero. En el vestíbulo de la casa hay un piano. Una criada de luto, joven aún, le abre la puerta.

—Voy a llamar al señor; él se alegrará de que le traiga noticias del señorito Alfredo.

El médico no se hace esperar. Se llama don Severino y es un viejo simpático, hablador, jovial; lleva al viajero adentro y le convida a galletas y a jerez; galletas, una lata honda, eterna; jerez, una botella.

—Si se acaba, ya pediremos más.

El médico y el viajero hablan del pueblo. El médico tiene publicado un libro que se titula: Datos para el estudio médico-topográfico de la villa de Budia, por Don Severino Domínguez Alonso, médico titular de la misma. El libro está impreso en Guadalajara, en 1907, en el Establecimiento Tipográfico de Antero Concha, plaza de San Esteban (Correos), número 2.

El viajero hojea el libro y en él se entera que Budia está acostada sobre el cerro de Cuesta Cabeza y que los dos montes llamados de Propios se utilizan para pastos y leña. Budia es pueblo con mucha agua, aunque no tanta como Cifuentes. El agua de la fuente de la Tobilla se usa para combatir las afecciones del estómago; para beber, la de la fuente Nueva, y la del arroyo de la Soledad para cocer las legumbres. La del Cuerno, aunque

es la mejor, se emplea para regar los sembrados porque es de difícil canalización, costaría mucho dinero.

Don Severino ofrece buen tabaco habano al viajero.

—El estómago es el barómetro del orden.

—Claro.

—Antes, los jornaleros salían una vez al año y volvían bien nutridos y con cien pesetas cada uno. Entonces —añade don Severino con el gesto añorante— comían como ingleses.

El viajero está encantado; el jerez, las galletas y el tabaco le han sentado muy bien.

—Aquí los indígenas toman el aguardiente en ayunas; dicen que es bueno para matar las lombrices.

Por la abierta ventana del comedor se cuele un gato negro, grande, de pelo reluciente.

—El café lo suelen usar como medicamento.

El viajero, sentado a la mesa de don Severino, se hubiera estado toda la vida.

—Por aquí hay más de setecientas especies aromáticas diferentes; esa es quizá la causa de la calidad de la miel.

—Claro...

Al viajero le invade un sopor peligroso. En la mecedora del médico de Budia se está demasiado bien. Hacia el mediodía sale de nuevo a la calle, con ánimo de echarse al campo en seguida. El sol cae de plano sobre la plaza; no se ve más que alguna sombra pequeña debajo de los aleros de los tejados. Una vieja hace punto al sol, sentada en una silla baja, mientras un chiquillo muy pequeño juega con la tierra, a su lado.

*Un anciano se rasca  
la panza al sol.*

*El alcalde y el vino  
van de camino.*

*Una mula se come  
la tierna flor.*

*Al alcalde, un vecino  
le llama albino.*

*Un can hambriento huele  
la buena olor.*

*Un fraile teatino  
y don Severino.*

*Cruje el pan en el horno  
para el señor.*

*Se cae el palomino  
desde un balcón.*

Pasa por la plaza un mendigo adolescente, tonto, a quien falta un ojo. Camina rígido, hierático, con lentitud, y va rodeado por dos docenas de muchachos que lo miran en silencio. El tonto tiene una descalabradura, aún sangrante, en la cabeza, y un aire de una profunda tristeza, de una inusitada tristeza en todo su ademán. Anda arrastrando los pies, apoyado sobre un



bastón de cayado, con el espinazo doblado y el pecho hundido. Con una voz chillona, cascada, estremecedora, el tonto canta:

Jesús de mi vida,  
Jesús de mi amor,  
ábreme la herida de tu corazón.

Una mujer con un niño a cuestas se ha asomado a un portal.  
—¡Lástima no reventases, perro!

VIII  
DEL ARROYO DE LA SOLEDAD AL ARROYO EMPOLVEDA

El viajero, antes de comer, sale de Budia a orilla del arroyo de Lapelos, que va a dar al Tajo. Había pensado volver a Durón por el mismo camino por el que subiera hasta Budia, pero cambia de parecer y se mete por el monte, a veces por sendas casi borradas, para acercarse hasta El Olivar. Después bajará otra vez hasta Durón a tomar la carretera.

El Olivar está a media legua de Budia, monte arriba. Es un pueblo miserable, perdido en la sierra, en tierra de lobos y rodeado de barrancos.

Un pastor guarda la majada en el hocino de un arroyo. Es un hombre cincuentón, barbaján, con la piel curtida, que habla poco al principio, hasta que se va animando. Se llama Roque y ha cazado un guarduño a palos, un guarduño que enseña al viajero.

—¿Cuánto me da?

—Pida usted.

—No, yo no pido.

El hombre tira el guarduño.

—Ya me dará algo, si se lo quiere llevar.

—¿Hacen dos duros?

El pastor abre unos ojos de asombro.

—¡Vengan!

El viajero saca dos duros, se los da al pastor y toca el guarduño con el pie.

—Ya es mío.

—Espere usted que se lo desuelle. Así pronto hiede.

El pastor le quita la piel con maestría, en un abrir y cerrar los ojos. Después le da tres o cuatro navajazos en el pecho en carne viva y se lo tira a los perros, que lo devoran con ansia, gruñendo sin parar un momento.

El viajero, que ha repostado en Budia, abre el morral para comer.

—¿Se puede beber esta agua?

—Yo no he reventado.

El viajero abre una lata de escabeche y se la ofrece al pastor.

—Ya he comido.

—No importa.

—Bueno.

El pastor se la come y después se bebe el aceite.

El viajero abre otra lata; se equivocó al pensar que con aquella iba a haber bastante para los dos. La lata decía por fuera, entre otras cosas: Peso neto, 750 gramos. Después bebe un cuenco de leche que le da el pastor.

—Nunca falta una artuña que nos mantenga.

Sobre el hocino hay un balcón natural desde el que se ve el Tajo. El viajero sube con el pastor, y las ovejas, mientras tanto, se quedan con los perros.

—No se ha de perder ninguna, descuide usted.

Todo el gobierno es cosa del adalid.

El viajero y el pastor, en la subida, cambian un trozo de cecina por dos naranjas. Después beben un trago de la cantimplora.

—Bonita vista.

—Sí, eso dicen. Oiga, ¿usted es de Guadalajara, por un casual?

—No, ¿por qué?

—Por nada; todos los de Guadalajara, cuando suben hasta aquí, dicen lo mismo.

El viajero hace como que no oye y se pone a hablar de lo bueno que debe ser el terreno de orillas del río.

—Sí, señor, ¡ya lo creo! Ese terreno sí que es bueno; aquí, ¿sabe usted?, lo pobre es la sierra; en cuanto que usted baja hasta el lano ya empieza a encontrarse un terreno muy alegre, muy agradecido.

—¿Y lo cultivan bien?

—Sí, señor, sí, tan bien como en cualquier lado, por no decir mejor.

El viajero, mientras baja, hablando y fumando un pitillo con el pastor, ve a lo lejos un niño con aire salvaje, con el pelo cayéndole sobre la nuca y el pecho al aire. El niño está parado, de pie sobre una piedra, a unos cien pasos de distancia. El viajero lo llama y el niño ni se mueve, ni contesta. El pastor aconseja al viajero que lo deje.

—No le haga caso, yo lo conozco bien. Ése es uno de El Olivar que le dicen Saturnino. Anda siempre por ahí, a ver lo que caza. Es un chico muy guitarra, muy retoriquero; es un buen pardal. Yo, el año pasado, a poco más lo derribo de un cantazo. Me faltaron dos corderuelos de socesto y para mí que fue él quien se los llevó.

—¿Y está siempre en el monte?

—Sí, señor, siempre; es igual que un garduño, hasta tiene el pelo del garduño. Pero lo que yo digo, ya lo domarán en las quintas. Vamos, si está apuntado; ése, a lo mejor, ni está apuntado.

El viajero, de vuelta a la majada, se despide de su amigo Roque y sale en busca de Durón. El pueblo no se ve hasta que se está encima. El viajero se ha desviado un poco y llega al pueblo por el monte de Trascastillo, a cuya falda va el paso del Tirador, por donde cruzó el día anterior, ya de noche, camino de Budía. La ladera del Trascastillo es muy escarpada, casi cortada a pico; hay un momento en que parece que se va a poder dar un salto hasta el monte Castillo de Maraña. La bajada hay que hacerla con calma, para no rodar y romperse las costillas, y el viajero, hacia mitad del camino, se sienta a descansar un rato. Por el paso del Tirador, al lado de la carretera, corre el arroyo de la Soledad, con unas praderitas a las márgenes, casi tapadas por la arboleda; es un paisajito muy bucólico que parece sacado de un tapiz.

Durón es un pueblo que está en tres pedazos, dos en la ladera, y otro, más pequeño, a orilla del camino que tomará el viajero y al lado de la huerta.

A la puerta de las casas el viajero ve, como la tarde anterior, el mismo grupo de hombres y de mujeres, la misma turbulenta nube de niños. Durón es un pueblo donde la gente es abierta y simpática y trata bien al que va de camino; al viajero se le muestra curiosa e incluso amable. Es gracioso observar lo distintos que son, a tan escasa distancia unos de otro, los budieros de los durones; en Durón la gente habla y ríe y se muestra propicia.

—Si llega usted a Pareja no deje de subir a Casasana, es mi pueblo.

Quien habla es una mujer joven, madre de un niño de dos años que se sube a un carro que allí hay, en la cuneta, se cae, llora un poco, se vuelve a subir, vuelve a caerse, llora otro poco y, según explican al viajero, se pasa así la tarde. De vez en cuando la madre le da un azote en el culo y entonces el niño llora más fuerte durante unos momentos, da un paseíto gritando por entre la gente y, como es natural, se sube de nuevo al carro.

—Mi madre es la que tiene la posada, dígame usted que me ha visto y que estoy bien, que estamos todos bien. Mi hermano es concejal en Casasanas y se llama Fabián, Fabián Gabarda, apúntelo usted no se le vaya a olvidar.

Cuatro o seis chopos delgados como silbidos se cimbrean a la brisa de la tarde.

Un viejo medio desdentado, con gafas, boina y cayado, con barba de seis días y la chaqueta de pana echada sobre el hombro, a la torera, habla con el viajero.

—Y entonces, usted, mozo, ¿vive en Madrid?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted al Ramiro, el del instituto oftálmico?

—No, señor.

—¿Y al Julián?

—No, al Julián tampoco lo conozco.

El viejo de las gafas mira al viajero con desconfianza, como diciendo: No; éste no viene de Madrid. ¡Dios sabrá de dónde ha salido! Si viniese de Madrid conocería al Ramiro y al Julián; los conoce todo el mundo.

El viejo mira para el suelo y da unos golpecitos a los cantos con el bastón. Después levanta la cabeza de nuevo y habla.

—Yo estuve en Madrid el año que acabó la guerra; fui a operarme unas cataratas. Me acompañó mi hijo Paco, yo no me podía valer. Ahora está en el campo; si usted se aguarda un poco lo podrá conocer; ya no creo que tarde. Yo ya no voy al campo, ya no valgo; estuve yendo más de cuarenta años, sin dejar un día, hasta que me rendí.

El viejo sonrío.

—El tiempo acaba con todo, ya ve usted. Cuando me quedé inútil, mi hijo Paco andaba por los doce años aún no cumplidos. Le di la herramienta y le dije: Aquí tienes los aperos; el campo ya sabes dónde está. El hijo es bueno y, desde entonces, es el que lleva todo. Nosotros, ¿sabe usted?, somos los dos solos; la madre murió cuando nació el muchacho. Al Paquito más le vale trabajar lo que es suyo; vamos, es lo que pienso yo.

El viajero bebe un cuenco de leche de oveja, que le ha ofrecido una de las mujeres. Después se despide y se va. El camino se ha hecho para andar y el sentarse al borde del camino, a hablar con la gente, acaba enviciando.

A poco de salir de Durón, antes de llegar el empalme del Tajo, se le echa la noche encima. La oscuridad llega de prisa, casi precipitadamente.

En el empalme, una pareja de la guardia civil le pide los papeles.

—¿Adonde va usted de camino a estas horas?

—Quería acercarme hasta Pareja.

—¿Hasta Pareja? Se va a tirar toda la noche andando; hay más de tres leguas, cerca de cuatro.

¡Allá usted! La documentación está en regla...

El viajero y la guardia civil andan juntos durante una hora, hasta el puente.

—Nosotros nos quedamos. A Pareja se va todo seguido. En el primer cruce tire usted a la derecha, en el segundo métase a la izquierda.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Los tres hombres se sientan a fumar un pitillo. Los guardias son simpáticos. Uno es viejo y bigotudo, con aire de guardia civil de tiempos de

García Prieto, y cuenta chistes verdes, de una procacidad trasnochada. El otro es joven, casi barbilindo, ponderado, serio, silencioso. A la luz de la luna, el grupo tiene, probablemente, un aire extraño y fantasmal.

—¿Le molesta a usted, Torremocha? Si le molesta, me callo.

En las palabras del guardia civil de los mostachos queda temblando como un vago deje de burlona y cachondilla ironía.

—No, señor Pérez, siga usted.

El señor Pérez se siente en la obligación de explicar:

—Es que aquí al amigo Torremocha, ¿sabe usted?, se le tomaron las aficiones con el Glorioso Movimiento Nacional. Cambió el servicio de los santos por el servicio de las armas, y para mí que se quedó entre Pinto y Valdemoro.

El guardia Torremocha calla, pero en su silencio no hay nada de conformidad.

—¿Usted leía el Muchas gracias?

—Algunas veces.

—¡Vaya revista! ¡Qué repajoleros, qué cosas se les ocurrían! ¿Y la Crónica?

—También de vez en cuando.

—Yo entonces estaba destinado en Carabanchel y en cuanto que se terciaba, ¡zas!, me plantaba en Madrid y me iba de cabeza al Eslava o al Martín.

¡Ahora estoy hecho un carcamal!

El guardia Pérez se atusa el bigote y chupa del pitillo. Con el mosquetón en bandolera y pidiendo la cédula a los caminantes por las carreteras de la Alcarria, el guardia Pérez es un hombre que vive de recuerdos.

Kilómetro y medio o dos kilómetros más adelante, en el cruce que lleva a Chillaron del Rey, el viajero desdobra su manta y se echa a dormir al borde de la carretera, al pie de un espino. No hace frío ninguno. La noche está en calma y estrellada. Una lechuza silba desde un olivo y un grillo canta entre los cardos. El viajero, que está cansado, pronto se duerme con un sueño tranquilo, profundo, reparador...

Se despierta aún de noche, bebe un trago de vino, se come dos naranjas y un tranco de pan, y echa a andar, quizá más fuerte que nunca, sin notar ni el morral, ni las piernas, ni el camino.

Le sorprende el primer claro del amanecer a la vista ya de Pareja, en un terreno de buena vega y bien cultivada, en un campo rojo de arcilla, lleno de huertas entre las que se ve, de vez en cuando, algún ladrillar con las gentes ya afanadas al trabajo.

Pareja es un pueblo industrial y grande, con casas nuevas al lado de otras en ruinas y una fonda en la plaza principal. La plaza es amplia y cuadrada, y en el centro tiene una fuente de varios caños, con un pilón alrededor, y un olmo añoso

—olma le llaman, porque es redondo-, copudo, matriarcal, un olmo tan viejo, quizá, como la pie dra más vieja del pueblo.

*Una fuente en la plaza  
y una olma vieja.*

*Una cigüeña pasa  
sobre Pareja.*

En torno a la fuente, las mujeres aguardan para llenar sus cantarillos y sus botijos. Las mujeres llevan el cántaro en la cadera y una caña hueca al hombro; la caña la usan para guiar el agua que cae de la fuente, a dos varas del borde del pilón. Las mujeres de Pareja tienen una rara maestría en cazar —o mejor, en pescar— el agua sin que se les caiga ni una gota.

El viajero entra en la fonda; quiere desayunar algo caliente, lavarse y después sentarse a descansar un rato. La fonda tiene unas mecedoras que cautivan y unas chicas coloradas, simpáticas, gorditas, que ríen mientras trajinan afanosas de un lado para otro; llevando unos cacharros, vaciando un orinal, limpiando el polvo de los muebles, haciendo una cama, fregando el suelo, todo al mismo tiempo, todo en desorden, todo con alegría. Una de las chicas se llama Elena y la otra María. El viajero, mientras ve hacer a Elena y a María, nota que le invade un sopor optimista. El desayuno, realmente, está muy bueno. Chillan los gorriones en el olmo de la plaza, ante el balcón abierto lleno de macetas de geranios, y un canario amarillo canta en su jaula, erizando las plumitas de la garganta. Un gato duerme al sol, dentro del cuarto, en la esquina de la este rilla de esparto, y un niño pequeño mea gloriosamente, desafiadoramente, desde el balcón.

En la habitación de al lado, por la puerta abierta, se ve un mocito raquítico y gesticulante, un mocito epiléptico y quizá medio chiflado, que está sentado en una silla baja, con las piernas mal gobernadas envueltas en una manta. Al viajero le invade, de repente, el remordimiento de conciencia.

A la plaza llega, entre una nube de polvo y una bandada de chiquillos, un autobús canijo, bullidor y saltarín, que se detiene unos minutos, para que se baje la gente, y se marcha después por el camino de Escamilla, alborotando como un condenado. Al cabo de un rato, cuando ya debe ir el autobús muy lejos, todavía se le oye renquear cuando se callan, un instante, los gorriones del olmo.

A la plaza llega un viejo que toca una campanilla. La gente le hace corro y el viejo se sube a unas piedras. En la mano izquierda lleva unos papelillos y con la derecha acciona y gesticula como un agitador político. El viajero, que está muy cómodo en su mecedora, no quiere levantarse para escuchar; se conforma con coger al vuelo, de cuando en cuando, algo de lo que el viejo dice. El mocito canijo, que debe estar ya muy harto de su silla, no puede levantarse para oír; como a la fuerza ahorcan, se aguanta y mira para la plaza con un gesto de envidia, estúpido y bestial.

El viejo, que lleva birrete de terciopelo verde y gasta barbita blanca, pregona su mercancía. Tiene voz de gato o de mujer y se desgañita para que lo oigan mejor. Es pequeño y encorvado y parece judío. Entrecortadamente, el viajero entiende el discurso del buhonero.

—¡La oración de la Virgen del Carmen y El sepulcro o lo que puede el amor! ¡El bonito tango del brigadier Villacampa y las canciones de la Parrala y la Pelona! ¡Las décimas compuestas por un reo estando en capilla en la ciudad de Sevilla, llamado Vicente Pérez, corneta de la Habana! ¡Siento renacer en mí tu amor al saber que volverás!, la última creación de la Celia Gámez. ¡Las atrocidades de Margarita Cisneros, joven natural de Tamarite! ¡A cinco! ¡Compre usted la bonita copla de moda, a cinco!

El mocito anormal hace gestos al viajero para que le haga caso. El viajero le dice: ¿Qué quieres?, pero no entiende lo que quiere porque el muchacho casi no sabe hablar.

Cuando llega hasta su silla, el muchacho le pregunta tartamudeando y muy azarado:

—Oiga, ¿ése es de aquí?

—No, hijo, ése no es de aquí; ése es de Priego.

—Ya me parecía; yo no lo había visto nunca.

Una cigüeña pasa, volando, muy bajo, sobre el olmo.

—Oiga, ¿me da usted un pitillo?

—Tómalo.

—Oiga, si vienen mis hermanas y ven humo, usted dice que es suyo, ¿eh?

—Bueno.

La cigüeña lleva una culebrita de agua en el pico y desaparece por encima de las casas.

Pareja es un pueblo donde la gente tiene ideas. Un rico, dos o tres años atrás, plantó judías en lugar de cebada. Echó un bando diciendo que a todo el que quisiera trabajar para él poniendo judías, le pagaba a veinte céntimos el golpe. El golpe significa lo mismo que el agujero y cada surco tiene seis golpes. Ofreció también que por escavar cada golpe con el escavillo, daría un céntimo. Cuando llegó la cosecha y echó cuentas, se encontró con que se había gastado treinta mil pesetas y había sacado judías por valor de mil.

La cigüeña volvió a pasar sobre el olmo, en sentido contrario.

A la hora del almuerzo, el viajero comió con apetito y muy abundantemente. Elena y María eran dos buenas amas de casa. El viajero comió sopas de ajo, con dos huevos escalfados, pescadilla frita, que estaba algo pasada, y una pierna de corderito con ensalada de tomates y lechuga.

Después, el viajero charla un rato con Elena y con María. Elena y María son dos chicas trabajadoras, honestas, sanas de cuerpo y de alma, complacientes, risueñas, muy guapas; en Pareja todas las mujeres son muy guapas. Elena y María son, sin duda, un buen partido para cualquiera. A Elena le gusta la cocina y a María, los niños. A Elena le gustan los hombres morenos y a María los rubios. A Elena le gustan los bailes en la plaza y a María, los paseos por la vega. A Elena le gustan los perros y a María los gatos. A Elena le gusta el cordero asado y a María, la tortilla francesa. A Elena le gusta el café y a María, no. A Elena le gusta la misa mayor y a María, no. A Elena le gusta leer el periódico y a María, no: a María le gusta leer novelas donde se diga que una muchachita campesina, que era bellísima, se casa con un duque joven y hermoso, y tienen muchos hijos, y viven felices, y encienden la chimenea por el invierno, y abren los balcones de par en par, por el verano.

El viajero, mientras oye hablar a Elena y a María piensa, deleitosamente, en la poligamia. Hace buena temperatura y el estómago está lleno de nobles y antiguos manjares, de bocados históricos y vetustos como campos de batalla. Si no fuera porque se ha propuesto —y no hay, o no debe haber, quien lo apee de la burra— no dormir nunca dos días seguidos en un mismo pueblo, el viajero hubiera sentado sus reales en Pareja, en la fonda de la plaza, y no se hubiera movido de allí en los días de su vida. Hay, a veces,

temibles sensaciones de bienestar capaces de derribar montañas; contra ellas hay que luchar con valor, como contra un enemigo. Después, cuando pasa el tiempo, se nota como una gotita de acíbar en el corazón...

El viajero, con tanta felicidad, acaba durmiéndose en la mecedora. Elena y María, que son discretas, lo han dejado solo; pero el viajero, entre sueños, las adivina hablando —a Elena, con su voz de niño; a María con su voz de niña— de sus aficiones, de sus ligeros pesares, de lo caro que se está poniendo todo.

Cuando se despierta, ya el sol se ha puesto y las primeras sombras caen sobre el olmo de la plaza. El viajero ha debido dormir muchas horas. Nota un ligero escalofrío, se levanta y cierra el balcón. Después se sienta de nuevo y fuma un cigarrillo. Nadie viene y la habitación está casi a oscuras. Sale al pasillo, da dos palmadas, se abre la puerta de la cocina que ilumina todo el rellano de la escalera, y se oye una voz que dice: ¡Va! Quien dio la voz fue Elena; quien acude es María.

—¿Llamaba usted?

—Sí, hija. ¿Dónde está la luz?

—Está ahí, pero espere usted; en ese cuarto no hay bombilla.

El viajero se calla y María también. María había dicho que aquel cuarto estaba sin bombilla, con una tristeza inmensa y hasta temblándole un poco la voz. El viajero sonríe. María se vuelve a la cocina. El viajero está indeciso unos momentos. Cuando llega a la cocina se encuentra a María, hecha un mar de lágrimas, sentada en una banqueta baja al lado del fuego. Elena, que está pelando una cebolla, mira al viajero con un mirar feroz, insospechado. Los ojos le brillan como si tuviera calentura y el seno le palpita con violencia.

—¿Qué ha dicho usted a mi hermana?

Su voz, antes bellamente opaca, suena ahora con un timbre metálico odioso.

—Yo...

Elena le interrumpe, no le deja hablar.

—Usted coge su morral y se va. ¡Como hay Dios!

Me debe usted catorce pesetas.

El viajero, cariacontecido, se fue a dormir a un tejár, a orillas del arroyo Empoveda. En el tejár vivía un hombre solo, un hombre que no se andaba con rodeos.

—¿Viene usted con buen fin?

—Con el mejor fin del mundo, se lo juro.

—¿Trae usted armas?

—No, señor: este cuchillo de monte. Lo llevo siempre encima, es una promesa.

—Pues siga usted con él; ese cuchillo no corta.

—Gracias.

—No hay que darlas. ¿Vamos a ser amigos?

—Eso es lo que voy buscando.

—Pues espere usted un momento, que vamos a echar un trago.

El hombre descolgó la bota de la pared.

—Tome usted.

—Usted primero.



—No; primero usted, yo soy el amo.

El viajero echó un trago de vino, áspero y dulzón, y pasó la bota al hombre.

—Oiga usted: a mí no me gusta preguntar más de lo necesario, pero, ¿por qué no se quedó usted en el pueblo?

El viajero no sabe qué contestar y disimula.

—Pues ya ve usted, manías... Estoy ya un poco harto de pueblos y de posadas.

El hombre ríe.

—¡Pues aquí tenemos una muy buena!

—¿En Pareja?

—Hombre, claro, no va a ser en Madrid. La posada de la plaza tiene fama de ser muy buena.

El viajero le mira.

—Sí, eso me han dicho.

El hombre volvió a reír, echó otro trago y suspiró.

—Bueno, ¡qué voy a decir yo! ¡Bien se habla de que el amor lo ve todo con buenos ojos! Una de las chiquitas de la posada, la María, ¡es lástima que no la conociera usted!, se va a casar conmigo para la primavera, si Dios quiere. Yo ya lo estoy deseando porque ¡dormir aquí, pudiendo hacerlo en la posada!

A la luz del candil, la faz del hombre parecía la de un bienaventurado. Con la imaginación poblada de dorados proyectos, el hombre del tejar semejaba un angelito grandullón, tosco y bebedor de vino tinto: un angelito al que la gracia alumbrase por dentro.

El viajero tuvo que vencerse un poco.

—Pues que sean ustedes muy felices.

—Gracias; eso espero.

IX  
CASASANA. CÓRCOLES. SACEDÓN

A Sacedón, desde Pareja, se va por la misma carretera por donde el viajero llegó el día anterior, en sentido contrario, y al llegar al cruce, poco antes de la desembocadura del arroyo Empolveda en el río Tajo, se tira a la izquierda, hacia el sur, a buscar la carretera de Guadalajara a Cuenca; Sacedón se encuentra en seguida yendo hacia Cuenca.

También se puede ir hacia el otro lado, esto es, dando la espalda al Tajo, por Escamilla y Millana, cruzando los Altos del Llano, a buscar a la altura de Alcocer la misma carretera general; se pasa por Córcoles y a Sacedón, que tarda algo más en aparecer, hay que ir a buscarlo caminando hacia Guadalajara.

Por donde, desde luego, no se va es cortando por Casasana. Desde Pareja a Casasana no hay carretera ni camino vecinal y hay que subir el fuerte repecho por un sendero de cabras, a veces casi borrado.

No hay que decir que el viajero fue, naturalmente, por Casasana. Tenía que saludar a Fabián Gabarda, el hermano de la mujer que se encontró en Durón.

Casasana es un pueblo subido encima de un monte, el cerro de la Veleta, un poco por el lado contrario que es más tendido. Casasana no se ve hasta que ya se está encima. Es un pueblo minúsculo, con escaso cultivo y mucho ganado vacuno; ochenta y tantas vacas. En Casasana fue el único pueblo de la Alcarria en el que el viajero encontró vacas de leche blancas y negras, de raza holandesa, como las de Santander. Estaban, por lo general, algo flacas, pero en seguida se echaba de ver que eran de buena raza.

El atajo por el que se sube hasta Casasana, el atajo de Roblegila, es endemoniado, lleno de piedras como un canchal, y muy pino.

El sol pega con fuerza y el morral pesa más de lo que conviniera. La cuesta fatiga y, a mitad de camino, el viajero, que va sudando, piensa que lo mejor será hacer un alto para reparar las energías. Un viejo pastor está sentado al sol, muy envuelto en una manta, que le tapa hasta la cabeza. El viajero se le acerca.

—Buenos días.

—Y frescos nos los da Dios.

—¿Frescos?

—Deje de caminar y lo verá.

Desde aquella altura, desde donde aún no se ve Casasana, se divisa un panorama amplio y hermoso, muy variado, con grandes piedras peladas y una vegetacióncilla raída, en primer término, con las tierras rojas y blancas de Pareja, al pie, y con las verdes márgenes del Tajo a la izquierda, muy lejos.

Efectivamente, allí corre un vientecillo fino que estremece. El viajero siente un escalofrío y vuelve a echar a andar. Casasana pronto se encuentra, no más remontar el último repecho.

*Un prado  
y un olivar.  
Granado  
está el tomillar.*

*Parado  
como en su altar  
—¡ay, Casasana,  
serrana,  
moza lozana!—,  
el ganado  
caballar.*

Casasana tiene un color entre verdinegro y gris azulado, muy bonito. Dos niñas están sentadas al sol, cuidando una vaca, al pie del viejo castillo moro, en una de cuyas fachadas está el juego de pelota. Cuando pasa el viajero se levantan y se le quedan mirando con los ojos fijos, extáticos. Van vestidas pobremente y tienen unos ojos negros, hondísimos, llenos de encanto y de nobleza. El viajero pregunta lo que ya sabe:

—Oír, niñas, ¿este pueblo es Casasana?

—Sí, señor, ¿cuál va a ser? Una mujer pasa.

—Oiga, señora, ¿dónde está el parador? —En Casasana no tenemos parador, señor.

La mujer tiene también los ojos y el pelo negros y una hermosura primitiva, de vieja estampa, como todas las del pueblo.

—En Durón me encontré a una de Casasana que está casada allí, que me dijo que preguntase por su madre. Su hermano es concejal.

—¿La Carmen Gabarda?

—Sí.

—Pues yo le llevaré. Su madre es la de la posada.

El viajero, que ya había averiguado que mesón es una palabra desconocida en la Alcarria, aprende a distinguir entre parador y posada. El parador es una posada con cuadra. En Casasana hay posada, pero no hay parador.

La madre de Carmen Gabarda acoge al viajero con ciertas reservas. En los pueblos suelen recibir bien al que va de paso, pero con alguna frialdad. Están escamados y hacen bien. Ha habido quien llegó pidiendo de comer por misericordia —y un saquito de judías para su mujer enferma, por amor de Dios— y después tiraron de documentación de agentes de la fiscalía y levantaron acta.

Fabián Gabarda no está en casa, está en el campo. El campo de Casasana da, entre otras cosas —trigo, cebada, centeno, avena, judías, garbanzos, de todo y todo en pequeña cantidad—, unas aceitunas pequeñas y muy sabrosas, que la gente come con gusto. A Fabián Gabarda lo van a buscar y pronto viene. Es un hombre joven, bajo y delgado, fibroso y duro, que tiene unas manos como tenazas.

Es obsequioso y afable, y no fuma ni bebe. En Casasana hay muchos mozos que no fuman ni beben; el viajero piensa que esto es algo que no debe ser muy frecuente en España.

El viajero se lava un poco en el portal de la posada, mientras le preparan la comida. A través de un tabique se oye cantar a las niñas de la escuela. La escuela de Casasana es una escuela impresionante, misérrima, con los viejos bancos llenos de parches y remiendos, las paredes y el techo con grandes manchas de humedad, y el suelo de losetas movedizas, mal pegadas. En la escuela hay —quizás para compensar— una limpieza

grande, un orden perfecto y mucho sol. De la pared cuelgan un crucifijo y un mapa de España, en colores, uno de esos mapas que abajo, en unos recuadritos, ponen las islas Canarias, el protectorado de Marruecos, y las colonias de Río de Oro y del golfo de Guinea; para poner todo esto no hace falta, en realidad, más que una esquina bien pequeña. En un rincón está una banderita española.

En la mesa de la profesora hay unos libros, unos cuadernos y dos vasos de grueso vidrio verdoso con unas florecitas silvestres amarillas, rojas y de color lila. La maestra, que acompaña al viajero en su visita a la escuela, es una chica joven y mona, con cierto aire de ciudad, que lleva los labios pintados y viste un traje de cretona muy bonito. Habla de pedagogía y dice al viajero que los niños de Casasana son buenos y aplicados y muy listos. Desde afuera, en silencio y con los ojillos atónitos, un grupo de niños y niñas mira para dentro de la escuela. La maestra llama a un niño y a una niña.

—A ver, para que os vea este señor. ¿Quién descubrió América?

El niño no titubea.

—Cristóbal Colón.

La maestra sonríe.

—Ahora, tú. ¿Cuál fue la mejor reina de España?

—Isabel la Católica.

—¿Por qué?

—Porque luchó contra el feudalismo y el Islam, realizó la unidad de nuestra patria y llevó nuestra religión y nuestra cultura allende los mares.

La maestra complacida, le explica al viajero:

—Es mi mejor alumna.

La chiquita está muy seria, muy poseída de su papel de número uno. El viajero le da una pastilla de café con leche, la lleva un poco aparte y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Rosario González, para servir a Dios y a usted.

—Bien. Vamos a ver, Rosario, ¿tú sabes lo que es el feudalismo?

—No, señor.

—¿Y el Islam?

—No, señor. Eso no viene.

La chica está azarada y el viajero suspende el interrogatorio.

El viajero almuerza pronto, a eso de las once, y después se va a una taberna, a una de las escasísimas tabernas que hay en Casasana, a charlar con algunos hombres que han hecho un alto en el trabajo. La gente de Casasana es muy trabajadora, tanto, que les llaman cuculilleros (por cuculilleros) porque, para poder madrugar y marchar al campo en seguida, duermen, según se murmura, en cuculillas: en cuculillas, como dicen ellos.

El viajero busca un hombre con una caballería que le lleve el equipaje hasta Sacedón y, después de muchos cabildeos y de muchas idas y venidas, queda apalabrado con un mozo al que dicen Felipe el Sastre. Felipe no es sastre, ni su padre ni su abuelo tampoco, pero lo cierto es que, por Dios sabrá qué misteriosas razones, en el pueblo no lo conocen más que por Felipe el Sastre. Hacia el mediodía, el viajero, con Felipe el Sastre y el burro Lucero cargado con los bártulos, sale de Casasana a tomar el camino de los Chinarras que le llevará hasta Córcoles.

Fabián Gabarda y tres o cuatro amigos más le acompañan hasta la vega de Valdeloso, a la salida del pueblo. Hace un día espléndido, algo nuboso y no de demasiado calor, y el viajero, desembarazado del equipaje, camina con soltura y con alegría.

El camino de los Chinarros va describiendo curvas, todo cuesta abajo, hasta Córcoles, y durante el trayecto el viajero va hablando con Felipe de lo hermoso que está el campo y de lo bien que se presenta el año.

—Falta hace.

—Verdaderamente.

Felipe es un enamorado del campo y de la agricultura, tiene sanos pensamientos antiguos y un sabio conocimiento de lo que se trae entre manos.

—¿Verdad, usted, que esto, así mirado, parece Galicia?

Por Córcoles, el grupillo pasa entre los muros, cubiertos por la yedra, de un convento en ruinas, rodeado de olmos y de nogueras. En el claustro abandonado pacen dos docenas de ovejas negras. Cuatro o seis cabras negras trepan por los muros deshechos, aún milagrosamente en pie, y una nube de cuervos, negros también, como es natural, devoran entre graznidos la carroña de un burro muerto y con los ojos abiertos y el cuerpo hinchado al sol.

*Verde está el campo de anís.*

*Un águila color gris*

*vuela sobre el camposanto.*

*Sobre la flor del acanto*

*una vieja se hace pis.*

*Azul, el campo de anís.*

El viajero no entra en Córcoles; el pueblo queda enfrente y a la izquierda, algo apartado de la carretera. El viajero toma hacia la derecha, hacia Sacedón. El sol, a medida que se ha ido bajando al llano, ha empezado a apretar y el viajero busca una sombra para sentarse a descansar un rato, echar un trago, comer un bocadito y fumar un pitillo.

Se ven campos de anís, de un verde brillante, y olivares aún jóvenes, bien cuidados, de un verde ceniciento. La agricultura de Córcoles es rica y próspera, y el pueblo vive bien desde que le compraron las tierras, ciertamente por mucho menos de lo que valían, al conde de Arcentales; ahora, en Córcoles, todos son propietarios y cada cual vive de lo suyo. La gente habla con cariño y con respeto del conde de Arcentales, y está contenta con la compra.

—Entonces, ese señor hizo un mal negocio vendiendo.

—No, señor, ni malo ni bueno. El señor conde no quiso hacer un negocio, quiso favorecer al pueblo. En lo que hemos salido perdiendo es en que ahora ya casi no viene por aquí. Antes venía todos los años y mandaba amasar pan y matar carne para todo el mundo.

Felipe se lamenta de que el terreno de Casasana es peor.

—Este es otra cosa, es más alegre, más agradecido. Allí nos desriñonamos sobre la tierra para no salir jamás de pobres. Claro que si no trabajásemos, sería peor, ¿no le parece a usted?

—Sí.

Felipe se queda triste, pensativo.

—¡Menuda suerte tuvieron estos!

—Sí, no fue poca.

Felipe levanta la mirada.

—¿Pues sabe lo que le digo? Pues que mejor para ellos y que Dios se la conserve; yo no soy como otros, yo no soy envidioso.

Entre la carretera y el pueblo hay unas huertas bien cuidadas. Algunos hombres trabajan inclinados sobre el suelo y otros descansan a la sombra de un árbol, al lado de las mulas desuncidas.

—Si este terreno fuera mío, yo no descansaría nunca; casi ni para dormir.

Felipe es un hombre lleno de empuje, hubiera hecho un buen emigrante y, quizás, un buen colonizador.

—¿Usted es de terreno rico o de terreno pobre?

—Más bien de terreno rico.

—¿De la parte de Valladolid o Salamanca?

—No, de más arriba; de la parte de Galicia.

Felipe chascó los dedos.

—¡Eso sí que es gloria!

—¿Usted la conoce?

—No, pero he oído hablar mucho de ella; yo hice la guerra con gallegos. ¿Conoce usted a uno que se llama Pepito Ferreiro?

—No, a ése no le conozco.

—Pues éramos muy amigos; ése y yo andábamos siempre juntos y el día que me dieron a mí el tiro; también se lo dieron a él; fue en la sierra de Alcubierre, en Zaragoza.

—¡Caray! Oiga, y los gallegos, ¿qué le parecemos?

—Buena gente, muy trabajadora y muy leal. Y, sin embargo, ya ve usted, por aquí, por Castilla tienen ustedes mala fama.

—¡Que le vamos a hacer!

—No es por halagar, pero yo me creo que eso no es más que la ignorancia.

—¡Quién sabe!

A medida que el viajero se va acercando a Sacedón, va viendo aparecer los viñedos y los bueyes tirando del arado. Pasan carros de mulas para arriba y para abajo y, de vez en cuando, cruza un camión cargado hasta los topes; a veces la guardia civil detiene algún camión; el estraperlo suelen llevarlo debajo de la carga.

El terreno se va poblando y, a legua y media aún de Sacedón, se empieza el viajero a encontrar con las gentes que vuelven del campo, caminando por la cuneta en grupos de tres o cuatro, con la azada al hombro, el perrillo detrás y, algunos, con la dorada calabaza en bandolera o colgada del cinturón. Es la caída de la tarde y, al final, el tránsito de la carretera parece el de una calle de la ciudad, solo que todos en la misma dirección. A la entrada del pueblo hay una hermosa avenida de olmos y olmas. Los olmos son los que acaban en punta y las olmas son las que tienen un ramaje copudo, redondo, maternal.

En Sacedón se mete el viajero por el atajo del camposanto, camino que pronto desaparecerá bajo las aguas de un canal ya empezado a construir. A la izquierda, conforme se sube, queda la fábrica que dicen la Orujera,

echando humo, como una máquina de tren, por su alta chimenea. Sacedón, que está rodeado de campos de trigo verde y lozano, parece un pueblo importante y muy industrial. El caserío se extiende bastante y la torre de la iglesia destaca airosa sobre todo él.

En el frontón los mozos se ejercitan en el juego de pelota a mano. Hay bastante gente mirando, pero nadie, salvo dos o tres muchachos muy jóvenes, anima con sus gritos a las parejas. Los espectadores se limitan a mirar, en silencio pero con mucha atención, y a fumar pitillos. Como siempre pasa, hay un jugador zurdo —al que, como es natural, llaman el Zurdito— que es el mejor de todos; el viajero, profano en este juego, piensa que debe desorientar mucho que el otro le juegue a uno a contrarias.

*Le pegan a la pelota  
los mozos en el frontón.  
Un cura y un escribano  
toman el último sol.  
Unos gitanos discuten  
a gritos, sin ton ni son.*

Al llegar el viajero a la plaza es ya casi de noche.

*Por la Entrepeña se marcha  
—sangre de alacrán— el sol.  
Yo no dan a la pelota  
los mozos de Sacedón.  
El viajero entra en el pueblo  
casi, casi, de rondón.  
Tiene hambre y lo que busca  
va a toparlo en el mesón:  
una botella de vino  
y unas magras de lechón.*

Unos feriantes de larga tralla y gorra de visera ! de color malva o rosa pálido, guardan una piara de dos docenas de cochinitos negros como el carbón y bullidores como criaturas. Los cochinitos andan por el par de meses y están recién destetados; caen tres, y casi cuatro, en arroba, y piden por ellos de ciento cuarenta a ciento setenta duros, según sea hembras o machos. Aunque parezca raro, las hembras valen menos que los machos. Se suelen comprar para la matanza, porque el cerdo es la flor de la maravilla: en siete meses se ponen, con un poco de suerte, en once o doce arrobas y en ochocientos duros.

*Un feriante de tralla,  
fiero bigote y bastón,  
vende puercos a cien duros  
a un hombre de posición.  
Otro feriante lo mira  
las manos en el blusón,  
y en su mirar se adivina  
bastante mala intención.*

*Dos guardiaciviles hablan,  
quizás, del escalafón.  
Un fotógrafo ambulante  
gestiona una ampliación.  
Unos niños de doce años  
se ensucian en un rincón.  
Una muchacha soltera  
los mira desde el balcón.  
Sobre una ventana cuelgan  
dos perdices y un pichón.*

El viajero se sienta en un poyo de la plaza, dando espalda a la posada donde después dormirá, a descansar un rato al fresco y a hablar con Felipe el Sastre.

—¡Aquí sí que hay riqueza!

—Sí, eso parece.

—¡Vaya si la hay! En Sacedón no es como en otros pueblos; aquí, quien más quien menos, todos se van a dormir con la panza llena.

Al rato llega el autobús; ninguno de los pueblos que el viajero conoció, salvo Guadalajara, tiene ferrocarril. El autobús abre sus puertas y la gente se tira abajo con una prisa tremenda; se conoce que iban muy mal. Una bandada de mozas y de chiquillos rodea a los viajeros entre un guirigay ensordecedor. El pasaje del autobús es variopinto: una interminable familia de gitanos, unos niños pálidos y flacuchines que vienen a pasar unos días con los tíos del pueblo, unas campesinas ricas y bien vestidas, algún tratante de larga blusa negra y pañuelo de seda al cuello.

El viajero piensa que lo más prudente, por si acaso, será acercarse a la posada a disponer la cena y apalabrar la cama. La posada es un caserón grande, con mucho fondo. Sobre el arco del portal se lee:

Parador; en una esquina, en un pequeño letrero de loza: Calle del Doctor Ramón y Cajal, y encima de los balcones y cogiendo toda la fachada,

Posada de Francisco Pérez. Francisco Pérez ya se ha muerto y la posada la regenta ahora su hijo Antonio Pérez. El viajero siente que el dueño actual no haya puesto su nombre en la fachada; a una jornada de Pastrana le hubiera hecho cierta ilusión dormir en una posada que se llamase Posada de Antonio Pérez.

En el zaguán, el viajero se topa con Martín, el viajero de comercio que conoció en Trillo y volvió a ver en Budia.

—Creí que no llegaba usted.

—Pues aquí me tiene.

—Yo estoy aquí desde ayer.

—Sí, pero usted vino en bicicleta. ¿Tendré cama?

—Sí, venga a ver al ama; yo ya la previne de que usted vendría.

El ama es una mujer joven y gorda, sana como la misma salud y colorada como una manzana.

—Ya me dijo aquí que iba a venir usted.

El viajero sonrió al viajante. El ama continuó:

—Lo que aquí no encontrará usted son refinamientos; pero limpieza y buena voluntad, sí.

—Muy bien.



—Y de cenar, ¿qué quiere usted? Poco tengo, pero de todo puede disponer: unos huevos, una ternera muy buena, unas truchas, algo de la matanza, unas patatas para adornar... De postre, puede usted tomar piña de frasco o unas guindas en aguardiente; si quiere algo de fruta, también le podré dar, y si le gusta el queso, malo será que no quede un poco por ahí. De vino no tengo mucho, debe quedar algo de rioja embotellado.

El viajero está espantado, atónito. La mujer habla como disculpándose: se debe creer que en su casa ha entrado un duque. Sin duda alguna, el viajante le había hecho un cartel espléndido. Lo malo de que lo tomen a uno por rico viene a la hora de pagar.

Mientras se prepara la cena, el viajero y su amigo Martín se van a un café a tomarse un vermú. El café está de bote en bote, la atmósfera se podría cortar con un cuchillo. En algunas mesas se juega al dominó y en otras al naípe. Dos solitarios echan en un rincón una partida de ajedrez; tienen un aire grave, solemne, displicente. A su lado, en silencio, están tres o cuatro mirones con cara de cobistas; cuando uno de los jugadores saca un pitillo, el mirón más próximo se lo enciende; cuando avisa, con un gesto ambiguo, al camarero, el mirón que antes lo nota se encarga de chistar con fuerza, airadamente; cuando un peón, o un alfil, o un caballo ruedan debajo de la mesa, el mirón de turno se apresura a recogerlo. Así da gusto.

El viajero está incómodo en el café.

—En cuanto nos tomemos el vermú nos vamos, ¿le parece?

—Como usted guste.

En la calle, a la luz del escaparate de un bazar, unas niñas cantan al corro: Yo soy la viudita del conde Laurel, quisiera casarme y no tengo con quién.

En el portal del parador está Felipe el Sastre hablando con unos arrieros. Al burro le ha dado una brazada de pienso y lo ha dejado en la cuadra. Cuando el viajero entra, Felipe el Sastre se le acerca.

—Bueno, yo ya me podré marchar.

—No, hombre, ahora no. Descanse un poco y váyase de madrugada. Yo le invito a cenar.

—No se moleste, yo he traído algo.

—¡Qué más da! Guárdese para el camino. Ahora cena usted con este amigo y conmigo.

—Bueno, ¡si usted lo manda!

Felipe el Sastre, el viajante Martín y el viajero cenaron en un comedor chiquito, reluciente, bien puesto; en un comedor que, según se echaba de ver, no se abría sino en señaladas ocasiones. Durante la cena se metió en el comedor un tratante pelirrojo, patilludo y miope, como de unos cincuenta años, que se encaró con el viajero y le espetó a boca jarro:

—Oiga, ¿usted no vende chapetas para las gaseosas?

—No, yo no.

—¿Y no las ha vendido nunca?

—No, señor, yo jamás he vendido chapetas para las gaseosas.

El hombre hizo un gesto de resignación, dio media vuelta y se marchó. El ama explicó después al viajero que, dos o tres años atrás, al hombre de las patillas y de las gafas, que tenía una fabriquita de espumosos en Priego de Cuenca, le habían colocado una partida de cinco mil chapetas todas oxidadas.

—El viajante de las chapetas era así como de su parecer, alto y con el pelo castaño.

Después de la cena opípara, el viajero enciende un puro que no tira. Le pone camiseta, pero el puro sigue sin tirar. En vista de eso lo deja casi entero, en un cenicero de metal, con una escena del Quijote en relieve, que está lleno de colillas. Están un rato de charla de sobremesa y el viajero ayuda a su amigo el viajante a trazar su próximo itinerario sobre la guía Michelin. El viajante está encantado.

—Con mi burra de acero yo llego hasta Siberia. Ya lo tengo pensado: o me hago rico o reviento.

Felipe el Sastre se despidió para irse a dormir un rato y los otros dos amigos salieron a dar una vuelta por el pueblo.

—¿Tomamos café?

—Bueno, lo que usted diga.

Tomaron café de pie, en el mostrador del café.

—Ahora, si usted quiere, podemos ir a saludar a un amigo mío. Es muy buen chico y no lo veo desde hace tiempo.

—Muy bien, vamos allá.

El amigo de Martín tenía un alquiler de bicicletas. Martín hizo la presentación:

—Aquí, un señor de Madrid; aquí. Paco, al que le decimos el Piñón Libre. Este chico bien entrenado sería un Delio Rodríguez.

Paco, el Piñón Libre, estaba rodeado de amigos en su tienda. Era un poco un héroe popular, y sin duda, uno de los mejores ciclistas de la provincia.

La tertulia hablaba de la Vuelta a España.

—Carretero ya no es el que fue, ya lo vemos, y Delio..., pues mira, a fuerza de coraje, se va imponiendo. Lleva buenos compañeros, eso es todo; el que corre solo es un desgraciado, para eso más vale quedarse en casa.

El viajero asiente a todo con la cabeza.

Sacedón es un pueblo donde la gente trasnocha, por lo menos en este tiempo. Son ya las doce dadas cuando los amigos se vuelven a la posada, y en los poyos de la plaza y a las puertas de las casas se ven aún grupos de gentes que toman el fresco en silencio.

En el zaguán de la posada duermen, envueltos en sus mantas, diez o doce muleros y tratantes; en un rincón ronca el dueño de la fábrica de espumosos y, poco más adelante, hecho un ovillo, descansa Felipe el Sastre.

En la cocina todavía se siente trajinar. El ama y dos criadas van y vienen de un lado para otro, secando platos, colocando las cosas en su sitio. Al lado del fuego bajo, ya casi consumido, un hombre dormita y un gato duerme. Los cucharones de cobre relucen, desde la pared, limpios como la patena, y la batería de aluminio forma, ordenada por tamaños, en el vasar.

El viajero da las buenas noches al ama y sube a su habitación. Martín se escabulle y se va; según al viajero le pareció entender, un poco al vuelo, en el alquiler de bicicletas, Martín era un hombre de cierta fortuna con las mujeres. El viajero se lo dio a entender, medio en broma, y Martín se esponjó como un palomo; no cabía en su pellejo.

La habitación del viajero era exterior, con un gran balcón que daba a la plaza —mejor dicho, a la calle del Doctor Ramón y Cajal—, con dos camas y

un lavabo. En el suelo, al lado de su cama, el viajero encontró, bien ordenado, su equipaje. Sobre la mesa de noche había un bonito verre d'eau con florecitas azules de tallo marrón y hojas verdes, y debajo de la cama asomaba un bacín de loza monumental, un bacín de cinco cuartillos. El viajero miró debajo de la otra cama y vio una bacinilla pequeña, medio desportillada, ruin, canija, sin lustre.

Ya acostado, el viajero fumó un pitillo y después apagó la luz. Estaba cansado y no tardó en dormirse. La cama estaba limpia y el colchón era espléndido, y el viajero durmió suavemente, sin sobresaltos ni pesadillas, durante nueve horas seguidas.

La otra cama seguía intacta. Martín, por lo visto, no había marrado el golpe.

Al bajar a desayunar, el viajero se encontró a Martín, muy bien afeitado y muy bien peinado, con camisa limpia y los zapatos lustrosos, que estaba sentado en el comedor leyendo el periódico.

—Yo leo siempre este periódico, trae muchas noticias de por aquí. El periódico era El Alcázar, de Madrid, edición para Guadalajara.

Martín, muy diligente, se acercó a la cocina a decir que trajeran el desayuno. Sobre la mesa estaba el cenicero de metal, que ahora aparecía recién limpió, y en medio del cenicero, solitaria y orgullosa, como una reina, la colilla de puro que el viajero había dejado la noche anterior; realmente, la colilla era impresionante. Durante el desayuno —huevos fritos con torreznos, café con leche con pan y mantequilla, y fruta— el viajero habla con Martín.

—¿Qué tal anoche?

Martín sonríe con un gesto de colegial picardeado y no responde. Antes de salir, el viajero se llega a la cocina, a ver al ama.

—Oiga, señora, yo me voy a dar una vuelta por la calle y después me marcharé de Sacedón. ¿Quiere usted darme la cuenta?

—Sí, señor; aquí la tengo apuntada, son cincuenta y cinco pesetas.

—No, apúnteme todo, la cena de los dos amigos de anoche y el desayuno de hoy del señor Martín; ya le dije que yo invitaba.

—Sí, señor, ya está apuntado todo: treinta y seis pesetas las cenas, un duro las camas y doce pesetas los dos desayunos; de servicio le he puesto dos pesetas para redondear. ¡ El viajero miró la cuenta, por hacer algo, y pagó.

Quiso dar un duro de propina y no se lo cogieron.

—¿Puedo dejar aquí el macuto, hasta que venga a recogerlo?

—Sí, señor; yo se lo guardaré en la cocina.

El viajero salió a pasear un poco por el pueblo.

Sacedón es un pueblo hermoso y de calles anchas, abiertas. Hay varias casas de tres pisos y muchos comercios bien abastecidos. Martín le explica cuáles comercios son clientes suyos y cuáles no.

Un pellicero tiene de muestra, en su puerta, un garduño disecado, relleno de paja. El pellicero es un viejo zorro, mañoso y con mucha recámara. Es afable y sonriente, pero no suelta prenda.

—Ahora no es como antes; ahora, para malcomer, hay que sudarlas.

Se llama Pío y, por mal nombre, le dicen tío Gato. Es pequeño de estatura, duro de barba y bisojo de mirar; lleva un duro mandil de correjel y se toca con una boina capona y cochambrosa. Su tienda es pequeña también y maloliente, destartalada y revuelta. Colgada de la pared duerme la

garatura; sobre una mesa descansa la estira de cobre, esperando la flor del cordobán que se ha de comer; por los bordes de unas turmas de toro disecadas asoman sus orejas el descamador, el escalpelo y el debó; las vasijas de la garrobilla y del tanino reposan en un rincón.

—¿Se trabaja mucho?

—Nada, no haga usted caso, casi no se puede ni ir tirando.

Después Martín explica al viajero que el tío Gato, en el pueblo, tiene fama de rico e incluso de millonario.

Un tonto está sentado al sol, hartándose de albarícoques.

—Mire usted ése; ése sí que entiende la vida.

—¡Hombre, regular!

Al llegar a la plaza, el viajero ve el autobús que se apresta a la salida, y tiene un mal pensamiento. Recoge su morral y se despide del ama de la posada.

—¿Se va usted contento?

—Sí, señora, muy contento.

—¿Le hemos servido bien?

—Muy bien, sí, señora.

—Bueno, pues ya sabe usted dónde nos deja.

—Descuide, no lo olvidaré.

—¿Se va usted en el coche de línea?

El viajero se sonroja.

—Sí, pero nada más que un poco.

—¿Hasta el empalme de Tendilla?

—Eso, hasta el empalme de Tendilla.

X  
UN VIAJE EN AUTOBÚS

*Viajando en autobús, el vuelo es gallináceo.*  
JOSÉ PLA

El autobús va hasta los topes y al viajero le hacen un hueco en la última Ría de asientos, entre unos gitanos. En la Alcarria, el viajero se encontró gitanos por todas partes, gitanos que viven en paz y buena armonía con los payos, gitanos trabajadores y buenos artesanos —chumajarós que ponen bien la suela de los zapatos, petalarós que cantan martinetes en la fragua, cascaroberós que fabrican los más relucientes calderos, bajirinanós que construyen livianas y resistentes cestas—, gitanos sedentarios que se inscriben en el registro civil, van a las quintas y viajan en coche de línea, gitanos que lo único que no hacen es casarse fuera de su raza.

El viajero, al intentar acomodarse, pisa sin querer a una gitana jovencilla, muy guapa. La mujer da un grito.

—¡Mal puñetaso te pegue un inglés borracho, esaborío!

Cuando el autobús echa a andar, la gente se va acoplando. El acoplamiento es, a veces, doloroso.

—¡Que me aplasta usted a la criatura!

El hombre, haciendo equilibrios, responde sin mirar; aunque quisiera, no podría volver la cabeza.

—Échela usted en la baca, señora, y cálese.

—Tendremos que esperar a agosto, que por ahora lo llevo dentro.

No más salir del pueblo, unas criadas empiezan a alborotar: ya irán así todo el camino. Antes de llegar al Tajo, una señora gorda dice perdone, y les vomita por encima a un guardia civil, a su señora y a un niño de pecho que llevaba al brazo. El niño iba dormidito, pero, como es natural, se despierta y empieza a gritar; el niño grita como si lo estuvieran matando; la cosa, como dice muy bien un joven de corbata de lazo y flexible verde claro, no era para tanto.

Las criadas cantan sin descanso, pero cambian constantemente de canción. Empezaron por Amapola, lindísima Amapola, y después siguieron con Dónde estarán nuestros mozos, con Rosa de Madrid, la flor de Chamberí, con la marcha de Adis-Abbeba en un arreglo especial, y con Pelona, sin pelo.

Al lado del chófer va un brigada de la guardia civil, un sargento de caballería y un señor serio y enlutado, con aire de curial.

La gente habla de los pantanos que están haciendo en el Tajo y en el Guadiela. Según aseguran, van a ser algo muy importante. Al salir de Sacedón se ve la sierra de San Cristóbal, de color verde oscuro y no muy alta. Un pastor cuida de sus cabras en un terreno que las aguas se tragarán. Al pie de la sierra han levantando unas fábricas de cemento, destinadas a surtir el pantano.

El viajero, de haber ido a pie, hubiera podido cruzar por el atajo de la Entrepeña, que también desaparecerá bajo las aguas.

El joven del lazo y el flexible explica al viajero, forzando mucho la postura para poder mirarle, que, ¡hay que ver!, que el pantano de Entrepeñas y el del Guadiela irán minados por un túnel para nivelarse “mutuamente”. El

viajero le dice que sí, no muy convencido; en realidad, que los pantanos de Entrepeñas y del Guadiela se nivelen o no, es algo que le coge bastante de refilón.

No más cruzar el Tajo aparecen unas casas recién construidas; son los almacenes y las viviendas de los ingenieros: tienen un aire triste y estadístico, un vulgar aire de fabricación en serie. La carretera es una continua curva y la señora mareada tiene ya dos imitadoras que asoman medio cuerpo por las ventanillas. Las señoras, para llegar hasta las ventanillas, tuvieron que pasar por encima de los viajeros.

Como para compensarse de tanto potaje devuelto, el viajero, a la vista aún del Tajo y con el recuerdo puesto en el Jarama, en el Henares, en el Tajuña, en los ríos que cruzó, se divierte en componer, colgadas de la memoria, unas coplillas espirituales.

Por el Jarama  
*va un negro toro.*  
Una señora  
*y un caballero.*  
*Muy de mañana*  
*el río es de oro.*  
*Corre la aurora*  
*por el sendero.*  
*El río Henares*  
*lleno de agua.*  
*Un caballero*  
*y mía señora.*  
*Negros pesares*  
*y alba la enagua.*  
*¡Vuele el sombrero,*  
*cante la alondra!*  
*Pasa el Tajuña*  
*lindando huertas.*  
*Una señora*  
*y un caballero.*  
*Gata garduña,*  
*la barbechera.*  
*Marca una hora*  
*sobre el pañuelo.*  
*El río Tajo*  
*como un lebre.*  
*Un caballero*  
*y una señora.*  
*Ni alto ni bajo:*  
*plomo y cordel.*  
*Sobre el estero*  
*va una amazona.*

Al cruzar por Auñón las criadas van cantando lo de Rosa de Madrid. Una gorda, cachonda y descarada, grita: ¡Viva mi novio! Las otras, que parecen

más honestas, no gritan más que ¡Viva mi pueblo!, o ¡Viva yo!, que es un viva que nunca falta.

El paisaje es, en general, verde y con árboles, y así sigue hasta después de Albóndiga, hacia la casilla de peones camineros que hay en el cruce de la carretera que va a Fuentelaencina, donde empieza otra vez la meseta.

Albóndiga es un pueblo de adobes colgado sobre el río Arles, que baja desde el pico Berninches, en la sierra que hay detrás de El Olivar.

El viajero pregunta al cobrador cómo debe hacer para ir a Pastrana.

—Pues puede usted venirse hasta el empalme de Tendilla y allí esperar al otro coche, el que viene de Madrid.

—¿A qué hora pasa?

—A eso de las siete o siete y media de la tarde.

Cómo son las once de la mañana y de Tendilla al empalme no habrá, según el mapa, mucho más de una legua, el viajero decide apearse en Tendilla, para ver un poco el pueblo y almorzar, y después acercarse dando un paseíto hasta el cruce.

Dos o tres kilómetros antes de llegar a Tendilla, y a mano izquierda de la carretera, hay unas ruinas corrientes; el viajero no sabe si serán históricas, lo que sí sabe es que le parecieron poco interesantes.

Al pueblo, y a orillas del arroyo que lleva su mismo nombre, se entra por una alameda muy bonita y bastante frondosa.

Los gitanos van durmiendo y, al querer apearse, el viajero tiene que despertarlos para pasar.

—Adiós, señores, buen viaje.

—Adiós, hombre, que le vaya bien.

El viajero, al ponerse de pie en el suelo, nota que tiene las dos piernas dormidas y que casi no puede andar. Le duelen los riñones y la ropa la tiene toda torcida, toda fuera de su sitio. El autobús ha parado frente a una taberna y el viajero entra a tomarse un vaso y colocarse, poco a poco, la ropa donde debe ir.

Tendilla es un pueblo de soportales planos, largo como una longaniza y estirado todo lo largo de la carretera. En este pueblo es donde tiene un olivar el escritor don Pío Baroja, para poder tener aceite todo el año.

El viajero habla con las chicas de la taberna.

—¿Conocen ustedes a Pío Baroja?

—No, señor.

—¿Y no saben quién es?

—No, señor, tampoco.

La madre, que ha salido de la cocina, interviene.

—Sí, hijas, sí; ese señor es el señorito de la Eufrasia, es el que ha comprado ese terreno del sendero de Moratilla, el que está dando con el del tío Pierdecarros.

—¡Ah, sí! Pero ese señor no viene nunca por aquí, debe ser ya muy viejo; el secretario dice que es un señor muy importante, de lo más importante que hay.

El viajero, después de un rato de charla, sale a dejar el equipaje en algún lado y a ver el pueblo. Pasa por delante de un parador que tiene un letrero de tabla, colgado de un balcón; el letrero dice: Parador Antiguo de Juan Nuevo. El viajero entra, pero a recibirlo no sale nadie más que una perra ruin y flaca que le ladra desconsideradamente y le enseña los dientes. El viajero

espera a que venga alguien o a que la perra se calle, pero ni la perra deja de ladrar ni el ama acaba de acudir. El viajero entra un poco en el portal y da dos palmadas. La perra se enfurece aún más y se le tira a morderle en las piernas. El viajero dio un paso atrás y le soltó semejante coz que por poco la mata contra el muro. ¡Pobre animalito, qué patada llevó! La perra empezó a aullar y salió cojeando y derrengada. A los aullidos salió una mujer.

—¿Qué le ha hecho usted a la Perrita?

—¡Cállese, señora, y déjeme en paz! ¿Puedo comer?

—No hay nada de comer, ¡largo de aquí! ¡Si no se va usted llamo a mi Juan y ya verá como lo echa a usted a palos!

—¡No grite, señora, que no es para tanto! No llame usted a su Juan, que ya me voy.

*Ladra el can del señor Juan  
Nuevo, el del Parador  
Viejo, donde un “no, señor”  
dan a quien les pide pan.*

El viajero, de nuevo en la carretera y guiado por un niño, se fue al otro extremo del pueblo, a una fonda muy peripuesta, con baldosines en el suelo y retratos con marco dorado en las paredes. La patrona era una señora muy amable, y quedó en prepararle una perdiz al viajero para almorzar. El viajero salió al corral, sacó un cubo de agua del pozo y empezó a lavarse un poco. En el corral había muchas aves y de todas clases: palomas, dos docenas de gallinas, otros tantos patos, seis o siete pavos y dos gansos hermosos. Cuando el viajero estaba inclinado, refrescándose un poco la nuca, uno de los gansos le dio semejante picotazo en las posaderas que no le arrancó un pedazo de la carne blanda porque midió mal las distancias y pinchó en hueso. El viajero se dio un susto mayúsculo —porque nadie espera, mientras se lava, recibir semejante mordisco en el trasero— y soltó un grito algo destemplado. El corral se alborotó: las palomas levantaron el vuelo; las gallinas y los patos empezaron a huir de un lado para otro, despavoridos; los gansos graznaban como condenados; la patrona acudió a ver qué pasaba, y el viajero, con un palo en una mano y la otra en el dolor, estaba en dudas sobre si huir o arremeter contra su enemigo.

—¿Qué ha pasado?

—Pues ya lo ve, señora, que si me descuido no vuelvo a sentarme en la vida.

—Un ganso, ¿verdad?

—Sí, señora, un ganso.

—Claro, ¡como no lo conocen! ¿Le ha hecho sangre?

El viajero se palpó un poco.

—No, señora, parece que no.

Los pavos fueron los únicos que mantuvieron la calma.

El viajero salió y se puso a pensar que, en aquel pueblo, los animales eran de una bravura quizás excesiva. A lo mejor, esa copleja que empieza diciendo: No compres mula en Tendilla, está inventada para prevenir a los arrieros de una muerte a coces. ¡Quién sabe! Por lo menos, su anónimo autor se cura en salud y advierte, poco más abajo, que la mula saldrá falsa.



El viajero fue a dar un paseo hasta que fuese la una, para comer. En el camino del cementerio se encontró con unos muros muy bonitos, cubiertos de yedra por algunas esquinas, restos de un antiguo convento. A su lado y en una pequeña explanada, había una cruz de piedra, no alta pero sí airosa. Desde allí se divisaba bien toda la vega de Tendilla, con sus olivares en la ladera y sus huertas en el llano, al lado de la carretera y del arroyo.

Después de almorzar, el viajero salió andando despacio hacia el empalme. No se cruzó con un alma en la legua que anduvo, ni vio nada especial que llamara su atención. El terreno, por aquella parte, es pardo, monótono y aburrido, y la gente parece haberse dado cita para no ir.

En el empalme de Tendilla hay un merendero con un emparrado y un porche todo cubierto de enredadera florecida, fresca y aromática. Tienen botellas de cerveza fría —que refrescan metiéndolas en el pozo, dentro del cubo, y teniéndolas allí guardadas horas y horas— y buen chorizo y buen pan para merendar. Aquella tabernita de en medio del campo era realmente algo muy parecido al paraíso terrenal.

Al viajero le sacaron una silla de tijera, de lona, al emparrado, y allí comió pan con chorizo, bebió su cerveza, descabezó un sueñecito y esperó al autobús que había de llevarlo a Pastrana.

La dueña del merendero era muy amable y sabía bien el oficio, y el viajero, tumbado en una chaise-longue y, para colmo, en día descansado, se sintió feliz, notó que le invadía la imaginación una nube de dorados pensamientos y se acabó durmiendo como un bendito, quién sabe si hasta con la sonrisa en los labios.

De su dulce sueño lo despertó el autobús, que llegó con más de media hora de adelanto sobre el horario normal. Del autobús se apearon los que debían esperar a que llegase el que iba a Sacedón, y ¡ casi la mitad de las plazas quedaron vacías.

El coche de línea tiró por la carretera de Fuentelviejo, porque su camino de siempre, otra carretera que queda a la derecha, estaba estropeada, e incluso cortada en algunos trozos, por la inundación. Fuentelviejo es un pueblo pequeño y típico, muy bonito. En él se apea un matrimonio joven, de recién casados, que había pasado la luna de miel en Guadalajara.

A los lados del camino se ven cuevas con un asiento hecho en la misma tierra y un porchecillo de ramas secas. El terreno es ondulado y verde. Al llegar a la desviación que lleva a Moratilla de los Meleros, el autobús se para para que se bajen tres o cuatro personas que han de subir andando el kilómetro escaso que les separa del pueblo.

—¡Ha habido suerte viniendo por aquí! —les dice el chófer.

—Hombre, ¡no iban a ser todo desgracias con la inundación!

Hasta Hueva la carretera discurre ya entre huertecillas trabajadas muy curiosamente. Hueva tiene la torre de la iglesia torcida, como la de Pisa. El autobús va ya casi vacío y la gente empieza a ordenar sus bultos, sus maletas, sus bolsas, sus capachos.

—¿Es usted de Pastrana?

—No, señor.

—¿Viajante, quizá?

—Tampoco, no señor.

—¡Ah! ¿Entonces va usted a visitar algún preso?

## XI PASTRANA

A Pastrana llega el viajero con las últimas luces de la tarde. El autobús lo descarga a la entrada del pueblo, en lo alto de una cuesta larga y pronunciada que no quiere bajar, quizás para no tener que subirla a la mañana siguiente, cargado de hombres y de mujeres, de militares y paisanos, de baúles, de cestas, de cajones, de morrales y de sombrereras.

Es mala hora para entrar en el pueblo y el viajero decide buscarse un alojamiento, cenar, echarse a dormir y dejarlo todo para el día siguiente. La luz de la mañana es mejor, más propicia para esto de andar vagando por los pueblos, hablando con la gente, mirando para las cosas, apuntando de cuando en cuando alguna nota o alguna impresión en un cuadernito. Por las mañanas parece, incluso, como que la gente mira al forastero con mejores ojos, recela menos, se confía antes, se muestra más dispuesta a facilitarle algún dato que busca, un vaso de agua que pide, un papel de fumar que precisa. La gente, por la noche, está cansada, y la oscuridad, además, la vuelve recelosa, desconfiada, precavida. A la mañana, en cambio, sobre todo cuando el verano está ya cerca y los días son más largos, la luz más clara y la temperatura más benigna, la gente parece como si fuera más bondadosa y más acogedora, y los pueblos tienen otra cara más alegre, más optimista, más jovial.

La noche parece haber sido hecha para robar sigilosamente, con paso de lobo, el saquito de peluconas que cada familia guarda en el fondo del arca, entre las sábanas de holanda, los membrillos y los mantones de Manila, y la mañana, por el contrario, parece haber sido dispuesta para pedir limosna cordialmente, descaradamente, con la sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Me da usted una perra?

—Dios le ampare, hermano.

—Es lo mismo, otro me la dará.

Es malo entrar por primera vez en un pueblo, en una casa, por la noche: el viajero, sobre esto, tiene su experiencia y sabe que siempre le fue mejor en los pueblos en los que entró con luz.

Pensando en esto baja, sin mirar demasiado para los lados, hasta la plaza. Busca una posada y en la plaza, sin duda, podrán darle razón. Lo que quiere no es mucho y lujos no necesita. Pastrana es un pueblo grande y probablemente con media docena, entre fondas, posadas y paradores, de sitios donde elegir.

En la plaza se ven grupos de hombres que charlan y de muchachas que pasean rodeadas de guardias civiles jóvenes que las requiebran y les hacen el amor. Pastrana es un pueblo que aloja un destacamento grande de la guardia civil. Unos niños juegan al balón en una esquina y unas niñas, en la otra, saltan a la comba. Se ve algún pollo de corbata y alguna tobillera de tacón. Las luces eléctricas han empezado a encenderse y de un balcón próximo sale el estentóreo ronquido de una radio.

El viajero se acerca a un grupo.

—Buenas tardes.

—Muy buenas.

El interpelado es el alcalde. El viajero y el alcalde, al cabo de un rato de conversación, se dan cuenta de que son amigos. Nadie los ha presentado, pero no importa. Tampoco saben cómo se llaman, aun que piensan que la cuestión tiene fácil arreglo. El viajero da su nombre y el alcalde el suyo: el alcalde se llama don Mónico Fernández Toledano, y es abogado y administrador del conde. El conde, naturalmente, es el conde de Romanones.

Don Mónico es un hombre inteligente y cordial, más bien grueso, algo bajo, lector empedernido, conversador ameno y, según propia confesión, poco aficionado a escribir cartas. Don Mónico es un alcalde antiguo, que rige el pueblo en padre de familia y que tiene un sentido clásico y práctico de la hospitalidad y de la autoridad. El viajero piensa que así como es don Mónico, debieron haber sido los corregidores de tiempos atrás, que no sabe si fueron buenos o malos, pero que a todos se los imagina rectos, enamorados y patriarcales.

Don Mónico quiere enseñar algo del pueblo al viajero, pero el viajero, que siente como una remota superstición, se resiste.

—Mañana lo vemos, ahora estoy algo cansado.

—Como quiera. Entonces nos acercamos a tomar un vermú.

En el casino, que está en la plaza, el alcalde y el viajero se sientan mano a mano en una mesa. El viajero deja su morral en el suelo y el alcalde llama al conserje, le pide dos vermús y unas aceitunas, le ordena que lleve el equipaje a la fonda y que diga que preparen cama para uno y cena para tres, y le dice que mande a buscar a don Paco.

La gente que está jugando su partida saluda con la cabeza al alcalde y mira, de paso, para el viajero.

Los vermús y las aceitunas no se hacen esperar, y don Paco llega con presteza. Don Paco es un hombre joven, atildado, de sana color y ademán elegante, pensativo y con una sonrisa voladamente, levemente, lejanamente triste.

—¿Me llamabas?

—Sí, te quiero presentar: aquí, un amigo que anda haciendo un viaje por estas tierras; aquí, don Francisco Cortijo Ayuso, mi teniente-alcalde.

Don Paco es médico, su conversar es discreto, su mirada llena de profundidad, sus juicios serenos y atinados.

—¿Y qué le parece esto?

—Aún no lo he visto. Prefiero verlo mañana por la mañana, con la luz del día.

—Sí, yo también pienso que así es mejor.

Don Mónico, don Paco y el viajero hablaron largamente de muchas cosas, de todo lo que se les ocurrió, y se tomaron juntos muchos vermús y muchas aceitunas con tripa de pimiento. Cuando se levantaron ya no quedaba nadie en el casino, y cuando se sentaron a cenar, en la fonda, ya casi no tenían ganas de comer...

A la mañana siguiente, cuando el viajero se asomó a la plaza de la Hora, y entró, de verdad y para su uso, en Pastrana, la primera sensación que tuvo fue la de encontrarse en una ciudad medieval, en una gran ciudad medieval. La plaza de la Hora es una plaza cuadrada, grande, despejada, con mucho aire.

Es también una plaza curiosa, una plaza con sólo tres fachadas, una plaza abierta a uno de sus lados por un largo balcón que cae sobre la vega, sobre una de las dos vegas del Arles. En la plaza de la Hora está el palacio de los duques, donde estuvo encerrada y donde murió la princesa de Éboli. El palacio da pena verlo. La fachada aún se conserva, más o menos, pero por dentro está hecho una ruina. En la habitación donde murió la Éboli — una celda con una artística reja, situada en la planta principal, en el ala derecha del edificio— sentó sus reales el Servicio Nacional del Trigo; en el suelo se ven montones de cereal y una báscula para pesar los sacos. La habitación tiene un friso de azulejos bellísimos, de históricos azulejos que vieron morir a la princesa, pero ya faltan muchos y cada día que pase faltarán más; los arrieros y los campesinos, en las largas esperas para presentar las declaraciones juradas, se entretienen en despegarlos con la navaja. En la habitación de al lado, que es inmensa y que coge toda la parte media de la fachada, se ven aún los restos de un noble artesonado que amenaza con venirse abajo de un día para otro.

En el patio cargan un carro de mula; unas gallinas pican la tierra y otras escarban en un montón de estiércol; dos niños juegan con unos palitos, y un perro está tumbado, con gesto aburrido, al sol.

El viajero no sabe de quién será hoy este palacio —unos le dicen que de la familia de los duques, otros que del Estado, otros que de los jesuitas—, pero piensa que será de alguien que debe tener escasa simpatía por Pastrana, por el palacio, por la Éboli o por todos juntos.

En este palacio fue donde quiso hacer un museo de Pastrana el que fue párroco de la villa don Eustaquio García Merchante. Material para el museo había suficiente y, además, ya se seguiría buscando algún otro. La base del museo la formaría la famosa colección de tapices de Alfonso V de Portugal.

La idea de don Eustaquio no tuvo la acogida que mereciera, el proyecto no prosperó, y Pastrana se quedó sin museo, se está quedando sin palacio y vio volar los tapices, que hoy están en Madrid. Don Eustaquio dejó constancia de su tentativa en un libro titulado Los tapices de Alfonso V de Portugal que se guardan en la extinguida Colegiata de Pastrana. Establecimiento tipográfico Editorial Católica Toledana. Calle de Juan Labrador, número 6. 1929.

Ahora, como decimos, los tapices ya no están en la extinguida colegiata de Pastrana. Los pastraneros los reclaman, un día y otro, pero sus voces caen en el vacío. Su argumento no tiene vuelta de hoja —devuélvanos lo que es nuestro—, pero se les contesta con que en Pastrana no hay un buen sitio donde tenerlos y que en la sacristía donde se mostraban se estaban echando a perder.

El viajero piensa que este es un pleito en el que nadie le ha llamado, pero piensa también que con esto de meter todas las cosas de mérito en los museos de Madrid, se está matando a la provincia que, en definitiva, es el país. Las cosas están siempre mejor un poco revueltas, un poco en desorden; el frío orden administrativo de los museos, de los ficheros, de la estadística y de los cementerios, es un orden inhumano, un orden antinatural; es, en definitiva, un desorden. El orden es el de la naturaleza, que todavía no ha dado dos árboles o dos montes o dos caballos iguales. Haber sacado de Pastrana los tapices para traerlos a la capital ha sido, además, un error: es mucho más grato encontrarse las cosas como por

casualidad, que ir a buscarlas ya a tiro hecho y sin posible riesgo de fraude. En fin...

De la plaza de la Hora se sale por dos puertas. La de la izquierda, dando la espalda a la fachada del palacio, lleva al barrio morisco del Albaicín; la de la derecha, da paso al barrio cristiano de San Francisco.

El viajero sale a caminar la ciudad y anda por las calles de los viejos nombres, por las calles alfombradas de guijarrillos menudos, ante las casas de puertas claveteadas de gruesos hierros y de balcones adornados con macetas de geranios, de claveles, de esparraguera y de albahaca. Pastrana es una ciudad con calles de nombres hermosos, llenos de sugerencias: calle de las Damas, del Toro, de las Chimeneas, calle de Santa María, del Altozano, del Regachal, calle del Higueral, del Heruelo, de Moratín.

Moratín escribió en Pastrana El sí de las niñas, y se casó en segundas nupcias; de su casa también se hubiera podido conservar alguna cosa.

El viajero, en la plaza de los Cuatro Caños, se encuentra con una fuente esbelta, en forma de copa, cubierta por una losa hendida por los años y rematada por un peón de ajedrez. De la fuente no mana el agua y en las grietas de la losa nacen unos yerbajos desgarrados. Para que se pueda sacar una fotografía, el alcalde ordena que se dé agua a los caños, y el alguacil, entonces, va a buscar un hierro y los desatasca. Algunas mujeres aprovechan para llenar sus cántaros y sus botijos.

El pórtico de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción tiene una orla de rosas de té. La iglesia está cerrada y el cura no aparece en su casa, ha salido a darse un paseito. Después de mucho buscar y mucho preguntar, se encuentra al sacristán. El sacristán y el viajero recorren la iglesia, que debió tener su importancia. El sacristán es muy erudito y va explicando al viajero una porción de cosas que pronto se le olvidan. En la iglesia está enterrado el ermitaño Juan de Buenavida y Buencuchillo, que debió ser todo un personaje y a quien se dice que van a beatificar; el viajero piensa que el ermitaño gastaba un hombre sobrecogedor de romance de ciego, un nombre más propio de un bandolero o de un señor de horca y cuchillo que de un presunto beato.

La iglesia es muy histórica y está cargada de recuerdos de pasadas grandezas, pero al viajero se le ocurre que, sin duda, lo más hermoso que tiene es su pórtico y su rosal de rosas de té. En tiempos tuvo un coro de cuarenta y tantos canónigos y racioneros, y hoy, quién sabe si por no haber sabido guardar, el coro está vacío, sin un solo hombre.

Pastrana recuerda, de una manera imprecisa, a Toledo y, algunas veces, a Santiago de Compostela. Con Toledo tiene puntos de contacto ciertos, evidentes: una callecita, un portal, una esquina, el color de una fachada, unas nubes. Con Santiago de Compostela tiene cierta vaga semejanza en el sentir. El viajero no sabe explicarlo de otra manera.

Pastrana, que fue una ciudad de gran tradición eclesiástica, está hoy despoblada de clérigos. Su cabildo, según dicen, sólo tuvo igual en el de Toledo, y su convento de carmelitas descalzos fue fundado por Santa Teresa y tuvo de huésped a San Juan de la Cruz.

Hoy, el cabildo desapareció y el convento no tiene ninguna importancia.

El convento se ve desde la plaza de la Hora, en la confluencia de las dos vegas del Arles, en un alto.

El viajero, con sus dos amigos, baja por la carretera y tira después por un senderillo a coger al convento por el lado contrario. Hay que subir una rampa muy escarpada y, para criar fuerzas, el grupo se sienta a la puerta de una casa, una antigua fábrica de papel de tina, a la sombra de una añosa noguera. Pocos pasos más allá, un mendigo pintoresco se despioja al sol. En cuanto divisa a los tres hombres, se levanta y se acerca a pedir limosna. Se toca con una boina a la que los años han hecho una visera, y lleva los pantalones y la chaqueta colocados directamente sobre el curtido y duro cuero. Con la chaqueta suelta y el pecho al aire, el tío Remolinos parece un viejo guerrero en desgracia, un derrotado capitán que ya nada cree, ni nada espera, ni a nada, ni aun al frío, teme. Va sucio y sin afeitar, pero en su cara se adivina aún cierta noble y escéptica socarronería. El tío Remolinos es un mendigo antiguo, lleno de empaque y de conformidad, un mendigo que sabe su papel, que jamás se apuró, jamás trabajó y jamás puso mala cara a la vida.

Al convento del Carmen se sube por la cuesta que lleva a la ermita de San Pedro de Alcántara; debajo queda la gruta de San Juan de la Cruz, y a la derecha, como una proa, la ermita de Santa Teresa. Todos estos lugares son muy literarios y están adornados con huesos de personas, con relojes de la vida y con inscripciones alusivas a la brevedad de nuestras horas y a la que nos espera. Verdaderamente, para una persona un poco aprensiva o un poco nerviosa, una visita a estos lugares no debe tener lo que se suele decir efectos terapéuticos. La gruta de San Juan está medio hundida y su boca aparece casi cubierta por la maleza; dejarla como la usara el santo, es cosa que se arreglaba con dos vigas; a las yerbas se las raía con fuego en media, hora.

El convento aparece a cien pasos, o aun menos, de las ermitas. Hoy pertenece a los franciscanos. Al viajero y a sus amigos les acompaña un fraile sano y de buen color, que fuma cigarrillos de noventa.

El viajero, que tiene su pequeña historia familiar relacionada con la Orden, habla con el fraile.

—Yo tengo un tío abuelo o bisabuelo que fue franciscano, que martirizaron los infieles en Damasco. Hoy es ya beato, hace ya muchos años que lo es.

—¿Cómo se llamaba?

—Fray Juan Jacobo Fernández.

—No lo conozco.

Al fraile no parece importarle mucho el tío beato del viajero.

—Ahora tenemos que poner tejas nuevas, y para el año, si Dios quiere, arreglaremos un poco la galería.

El fraile, el viajero y sus amigos recorren el convento y llegan a la biblioteca.

—Aquí tenemos cuatro o cinco incunables; para evitar que se estropeen los hemos mandado encuadernar.

El fraile muestra al viajero los incunables, con las márgenes de las páginas comidas, un dedo por cada lado, por la guillotina del encuadernador.

—Tenemos también un museo de historia natural, luego lo verá usted. Está muy desordenado; cuando estuvieron aquí los rojos lo desbarataron todo.

Desde la terminación de la guerra civil habían transcurrido ya siete años.

La comitiva, camino del museo de historia natural, entra en una clase. Los educandos se ponen en pie. Es curioso observarlos: los hay de todos los pelos, de todas las cataduras y de todas las edades.

—Aquí, de donde tenemos más animales es de las islas Filipinas.

En el museo está todo revuelto y cubierto de polvo. Es una tristeza, pero una tristeza que, probablemente, se podría arreglar en un mes metiendo allí a un perito que fuese colocando las cosas en su sitio, y a una criada con una escoba en la mano.

El fraile habla de las desdichas del convento con cierta indiferencia, un poco como sin darse cuenta de que son realmente desdichas y, lo que es peor, desdichas que fácilmente podrían dejar de serlo.

El convento es un convento hermoso y lleno de tradición, y al viajero se le ocurre pensar que es una pena que, como Pastrana, no levante cabeza.

En el libro de don Eustaquio, que está escrito en una bella prosa gramatical, se entona la lamentación de las glorias perdidas y se canta la loa de los tiempos pasados, de los tiempos que, para don Eustaquio, cualesquiera que hayan sido, fueron mejores.

“Pastrana es hoy un pueblo desmedrado.

Sí; ya no rechinan sobre sus goznes las puertas de la fortaleza que en otros tiempos custodiara desde la ronda de palacio el vigía nocturno; ni el aire marcial de apuestos soldados enciende en himnos belicosos el espíritu guerrero de los siglos medievales.”

El viajero cree que don Eustoquio exagera. Pastrana, sin vigías, ni aires marciales, ni espíritu guerrero, ni Edad Media, es una ciudad como todas las ciudades, bella como pocas, y que sube y baja, crece o se depaupera, según los hados se le muestren propicios o se le vuelvan de espaldas. En Pastrana podría encontrarse quizá la clave de algo que sucede en España con más frecuencia de la necesaria. El pasado esplendor agobia y, para colmo, agosta las voluntades; y sin voluntad, a lo que se ve, y dedicándose a contemplar las pretéritas grandezas, mal se atiende al problema de todos los días. Con la panza vacía y la cabeza poblada de dorados recuerdos, los dorados recuerdos se van cada vez más lejos y al final, y sin que nadie llegue a confesárselo, ya se duda hasta de que hayan sido ciertos alguna vez, ya son como un caritativo e inútil valor entendido.

Hay quien dice que Las hilanderas de Velázquez, representan un telar de Pastrana. Es muy probable que sea así, pero el viajero piensa que a Pastrana le hubiera venido mejor conservar su telar que un cuadro extraordinario de su telar que, para colmo, tampoco está en Pastrana.

Frente al convento, en el cerro La Cuesta de Valdeanguix, están las cuevas del Moro, largas y profundas, alguna hasta de sesenta metros. El viajero ni sube al cerro ni desciende a las cuevas. Pastrana es mucho pueblo para pateárselo entero en un solo día, y el viajero no se encuentra con ánimo para dar ni un solo paso más.

Ya en la posada de la plaza, extiende el mapa sobre la mesa del comedor, grande como una mesa de consejos, y se pone a pensar. Al sur, en una revuelta del Tajo, está Zorita de los Canes, la que Alvar Fáñez mandó.

Don Mónico ha salido ya y don Paco está asomado al balcón, mirando para la vega. El viajero se levanta, bebe un traguito de coñac, enciende un

pitillo y se asoma también al balcón de la plaza, sobre la que se columpia un aire transparente y un poco cansado. Mira para la derecha, para la fachada del palacio, que está en línea con la de la fonda y ve, casi al alcance de la mano, la reja que guardó a la princesa de Éboli. El viajero, que es también español, como cualquier pastranero, se estremece al pensar que al otro lado del tabique vivió las malas horas y acabó muriendo aquella dama enigmática, bella, tuerta y, al parecer, cachonda, que tanta influencia tuvo y tan de cabeza trajo a los poderosos. El pueblo, en Pastrana, la llama, desgarradamente, la puta; el pueblo de Castilla es institucional y sacramental y hay dos cosas que no perdona ni por error: el que los ricos se salten los mandamientos de la ley de Dios, y el deleite de llamar siempre, con toda crueldad, al pan, pan, y al vino, vino.

—¿Le ha gustado la villa?

—Mucho. Pastrana es una gran ciudad, quizás un poco dormida.

Don Paco sonríe, pensativo. Está un breve rato en silencio y vuelve la cabeza hacia el viajero.

—Tenemos aún tres horas de luz. ¿Quiere que saque el coche y nos acerquemos a Zorita?

—Sí, ¡ya lo creo que quiero!

La excursión a Zorita es breve y deleitosa. Al viajero se le hace extraño viajar descansadamente y con rapidez. Sobre el mapa, se había acostumbrado a medir las distancias en horas de andar y el camino hasta Zorita, calculado según ese uso, le hubiera llevado un día entero caminando a orillas del Arles hasta su desembocadura en el Tajo, sin toparse con un solo pueblo.

*Pasa el Tajo por Zorita,  
como un sultán.*

*El campo, una señorita  
que brinda el pan.*

*El cielo va de levita  
o de mackferlán.*

*Ya no hay ley de la gravitación sideral:*

*el castillo de Zorita*

*aún no dio el tantarantán;*

*un duendecillo lo habita...*

*El sexto, larán, larán.*

Zorita de los Canes está situada en una curva del Tajo, al lado de los inútiles pilares de un puente que nunca se construyó, rodeada de campos de cáñamo y echada a la sombra de las ruinas del castillo de la orden de Calatrava. Del castillo quedan en pie algún muro, dos o tres arcos y un par de bóvedas. Está estratégicamente situado sobre un cerrillo rocoso, difícil de subir. En su ladera, por la parte de atrás, dos pastorcitos guardan un rebaño de cabras; uno de los pastorcillos, sentado sobre una piedra, graba una cayada de fresno a punta de navaja, mientras el otro, sentado sobre la verde yerba, se ensaya en sacar silbos de una flauta de caña.

El castillo debió ser una verdadera fortaleza.

Ahora, los arcos y las bóvedas aparecen desaplomados y amenazan venirse al suelo de un día para otro.



La gente de Zorita es amable, y lista. Según le dice don Paco al viajero. Zorita es un pueblo donde la vacunación no es problema; se le anuncia que se les va a vacunar, se les habla de las excelencias de hacerlo y de los peligros de dejarlo, se les marca una fecha, y el pueblo, cuando llega el momento, se presenta en masa. Con un médico y un practicante, el pueblo queda vacunado entre una mañana y una tarde. ¡Así da gusto!

Los habitantes de Zorita de los Canes son de raza rubia, como los alemanes o los ingleses. Tienen el pelo rubio y los ojos azules, y son altos y bien proporcionados. Las muchachas se peinan con raya al medio y el pelo recogido en dos trenzas; van muy limpias y relucientes y, sobre la piel blanca, les resalta el sonrosado color de las mejillas.

Zorita es un pueblo que vive en familia y en paz y en gracia de Dios.

Enfrente de Zorita, al otro lado del río, se ven los restos de la ciudad visigoda de Recópolis, y en sentido contrario, sobre la carretera que va a Albacete, se adivina Almonacid de Zorita, el pueblo donde, hace ya más de un cuarto de siglo, estuvo de boticario el poeta León Felipe.

Don Paco y el viajero salen de Zorita casi de noche; han merendado en una taberna donde no querían cobrarles más que el vino —porque lo otro era de la despensa— y se han entretenido hablando con la gente.

En el viaje de regreso el viajero, sentado junto a don Paco, va pensando que su excursión por la Alcarria ha terminado. La idea le produce alegría, por un lado, y tristeza, por otro. Ha aprendido muchas cosas y, sin duda, le han quedado otras muchas por aprender. Caminó por donde quiso y, por donde no quiso pasar, dio la vuelta...

El traqueteo del coche le produce sueño. Da dos cabezadas y reclina su cabeza sobre el hombro de don Paco, el médico, el hombre que sonríe siempre con una sonrisa velada, levemente, lejanamente triste.

Al llegar a la plaza de la Hora, el viajero se despierta.

—¿Ha descabezado usted un sueñecito?

—Sí, señor; usted perdone que me haya apoyado en su hombro.

En la plaza, los hombres charlan en grupo y las chicas pasean rodeadas de guardiaciviles con gorrito cuartelero, de guardiaciviles jóvenes que las piropean y las enamoran. Unos niños juegan a pídola en una esquina, y unas niñas, en la esquina contraria, saltan a la pata coja. Cruza algún señorito con corbata, y ríe una muchacha airosa, muy mona, calzada con fino zapatito de tacón alto. Por el monte del Calvario cae la noche sobre Pastrana.

*Por la plaza de la Hora,  
se pone el sol.*

*Enlutada, una señora  
vela al Señor.*

*Suena triste una campana  
con suave amor.*

*Por el cielo de Pastrana  
vuela el azor.*

Empiezan a encenderse las luces eléctricas, y el altavoz de un bar suelta contra las piedras antiguas el ritmo de un bugui-bugui.

Don Mónico, don Paco y el viajero se meten en el casino a tomarse un vermú y unas aceitunas con tripa de anchoas...

En el camino, del 6 al 15 de junio de 1946.

En Madrid, 16, 17, 20, 22 y 26 de junio de 1946, y 25 a 31 de diciembre de 1947.